

LOS  
**INQUILINOS DE MALORIA.**

(Reimpreso de "Dublin University Magazine").

**Una novela**

**POR**

**JOSEPH SHERIDAN LE FANU,**

AUTOR DE "TÍO SILAS", "GUY DEVERELL", "LA CASA  
JUNTO A LA IGLESIA", ETC. ETC.

**EN TRES VOLÚMENES.  
VOL. II.**

**LONDRES:  
TINSLEY BROTHERS, 18, CATHERINE ST., STRAND.  
1867.**

[ *Se reserva el derecho de traducción.* ]

**LONDRES:  
BRADBURY, EVANS Y CO., IMPRESORAS, WHITEFRIARS.**

---

**CONTENIDO.**

CAP.	PÁGINA
<u>Yo</u> . —EN THE OAK SALÓN — UN ENCUENTRO Y UNA PARTIDA	1
<u>II</u> . —JUDÆUS APELLA	12
<u>III</u> . -SEÑOR. LEVI VISITA A LA SRA. MERVYN	21
<u>IV</u> . -SEÑOR. BENJAMIN LEVI RECONOCE UN CONOCIMIENTO	32

<a href="#">V</a> . —UN CONSEJO DE TRES	44
<a href="#">VI</a> . -SEÑOR. LLEGA DINGWELL	56
<a href="#">VII</a> . -SEÑOR. DINGWELL SE HACE CÓMODO	68
<a href="#">VIII</a> . —EL ALOJADOR Y SU DAMA	76
<a href="#">IX</a> . —DONDE EL SR. DINGWELL LE PONE LA MANO AL PÓKER	87
<a href="#">X</a> . —CLEVE VERNEY VE EL CHATEAU DE CRESSERON	102
<a href="#">XI</a> . —LA VIENE Y HABLA	112
<a href="#">XII</a> . —CLEVE VERNEY TIENE VISITANTE	125
<a href="#">XIII</a> . —LA REV. ISAAC DIXIE EMPIEZA A UNA MISIÓN	136
<a href="#">XIV</a> . SOBRE EL ESTANQUE DE HERRING	146
<a href="#">XV</a> . -SEÑOR. CLEVE VERNEY VISITA EL TRIBUNAL DE ROMERO	157
<a href="#">XVI</a> . —EN LA BIBLIOTECA DE LORD VERNEY	176
<a href="#">XVII</a> . —UN OVACIÓN	191
<a href="#">XVIII</a> . —AÑOS AMIGOS EN EL VERDE	205
<a href="#">XIX</a> . —VANE ETHERAGE SALUDA A SEÑOR VERNEY	222
<a href="#">XX</a> . —REBECCA MERVYN LEE SU CARTA	235
<a href="#">XXI</a> . —POR RAIL A LONDRES	252
<a href="#">XXII</a> . —BOLA DE LA DAMA DORMINSTER	264

---

[Pg 1]

## LOS INQUILINOS DE MALORIA.

---

### CAPÍTULO I. EN EL SALÓN DE ROBLE: ENCUENTRO Y DESPEDIDA.

"GOSSIPING lugar Cardyllian es," dijo la señorita Anne Sheckleton, después de haber pisado un poco en silencio. "Qué tonterías dice la gente. Nunca escuché nada parecido. ¿Alguna vez escuchaste un galamathias así?"

La joven que caminaba a su lado respondió con una risita fría:

—Sí, supongo que sí. Creo que todos los pueblos pequeños del campo lo *son* — dijo ella.

"And that good old soul, Mrs. Jones, she does invent the most absurd gossip about every body that imagination can conceive. Wilmot told me the other day that she had given her to understand that your father is a madman, sent down here by London doctors for change of air. I[Pg 2] make it a point never to mind one word she says; although her news, I confess, does amuse me."

"Yes, it is, very foolish. Who are those Etherages?" said Margaret.

"Oh! They are village people—oddities," said Miss Sheckleton. "From all I can gather, you have no idea what absurd people they are."

"He was walking with them. Was not he?" asked the young lady.

"Yes—I think so," answered her cousin.

Then followed a long silence, and the elder lady at length said—

"How fortunate we have been in our weather; haven't we? How beautiful the hills look this evening!" said the spinster; but her words did not sound as if she cared about the hills or the light. I believe the two ladies were each acting a part.

"Yes," said Margaret; "so they do."

The girl felt as if she had walked fifty miles instead of two—quite worn out—her limbs aching with a sense of fatigue; it was a trouble to hold her head up. She would have liked to sit down on the old stone bench they were passing now, and to die there like a worn-out prisoner on a march.

Two or three times that evening as they sat unusually silent and listless, Miss Anne Sheckleton[Pg 3]Se asomó por encima de las gafas, bajó un momento su trabajo, con una triste pregunta, a la cara, y pareció a punto de hablar. Pero no había nada que invitara a hablar en el rostro de Margaret, y cuando habló no había ninguna referencia al tema sobre el que a la señorita Sheckleton le hubiera gustado hablar.

Así que, al fin, cansada, con una sonrisa pálida y errante, besó a la amable solterona y le dio las buenas noches. Cuando llegó a su habitación, sin embargo, no se desnudó, pero después de cerrar la puerta, se sentó en su pequeño escritorio

y escribió una carta; Rápida y resuelta, la pluma se deslizó sobre la página. Nada añadido, nada borrado; cada línea permaneció como ella la escribió primero.

Después de colocar esta carta en su sobre y dirigirla a "Cleve Verney, Esq., Ware", abrió la ventana. El aire estaba templado; nada de la agudeza que suele dar a las noches en esa época del año, un gélido anticipo del invierno. Así que sentada junto a la ventana, que, colocada en uno de los frontones de la vieja casa, da una vista de las tierras altas de Cardyllian, y a la izquierda, del mar y las montañas brumosas, se sentó allí, apoyada en su mano .

Aquí, con la carta en su regazo, estaba sentada, pálida como un suicida meditando, y mirando soñadora el paisaje. Es, a veces, un poco[Pg 4] incidente de juego secundario, o vacilación momentánea del semblante, que da todo su carácter y fuerza a una situación. Ante la retina de Margaret siempre se veía una imagen, la de Cleve Verney tal como lo veía hoy, mirando bajo el sombrero de Agnes Etherage, con interés, a los ojos, mientras él hablaba y caminaba a su lado, en el Green of Cardyllian. .

Por supuesto que hay profecías falsas y verdaderas en el amor; tanto las ilusiones como las inspiraciones y las insinuaciones imaginarias pueden inducir a error. Pero Margaret no podía dudar aquí. Todo el tiempo que ella sonrió y asumió su tono y moda habituales, sintió una agonía en su corazón.

La señorita Fanshawe no confiaría a nadie su secreto. Ella no era como otras chicas. Algo del espíritu ardiente de su ascendencia sureña que había heredado. Se puso el chal y el velo que se había puesto ese día, abrió la puerta del vestíbulo y, a las dos, cuando Cardyllian estaba encerrado en el sueño más profundo, se deslizó por sus calles vacías, hasta el pequeño pórtico de madera, sobre el cual ese días que había leído "post-oficina", y se coloca en ella la carta que mañana siguiente hizo bastante un poco de sensibilidad en la Oficina de Correos *círculo* .

Bajo el terrible silencio y la oscuridad de la vieja avenida, llegó de nuevo a la puerta del vestíbulo de Malory. Ella se detuvo por un momento en los escalones[Pg 5] mirando hacia el mar, creo que hacia Ware, pálida como un fantasma, con una mano delgada apretada y una tristeza salvaje en el rostro. Creo que a ella le importaba muy poco si se descubría o no su excursión. El mensajero había volado de su mano vacía; su voz no pudo recordarlo, o retrasarlo por una hora, bastante irrevocable, y todo había terminado.

Entró al pasillo, cerró y atrancó la puerta de nuevo, ascendió a su habitación y permaneció despierta, durante la larga noche, con la mano bajo la mejilla, no aturdida, sin soñar, sino en una apatía helada, en la que veía a con una claridad desesperante.

Al día siguiente, Cleve Verney recibió una nota de una mano que no conocía; pero habiendo leído —no podía equivocarme— una nota fría, orgullosa, con una gentil crueldad, terminando todo entre ellos, de manera bastante decisiva, y sin dignarse una razón para ello.

Me atrevo a decir que Cleve no pudo describir con mucha precisión los sentimientos con los que leyó esta carta.

Cleve Verney, sin embargo, podría ser tan impetuoso y temerario también, en ocasiones, como otras personas. Había algo de rabia en su alma que exploraba todas las consecuencias. ¿Podría imaginarse la temeridad más audaz que la suya?

Justo enfrente de Ware hasta el embarcadero de Malory[Pág. 6]manejaba su yate, audazmente, en mar abierto, a plena luz del día. Hay, en la Dower House, una habitación larga y baja, revestida de paneles negros brillantes desde el suelo hasta el techo, y que en los viejos tiempos se llamaba la sala de roble. Tiene dos puertas, en uno de sus lados largos, la más alejada cerca de las escaleras, la otra cerca de la puerta del pasillo.

Subió la avenida, subió los escalones, entró en el vestíbulo y, arriesgándose, entró en esta habitación y caminó Cleve Verney, sin encontrar interrupciones ni siquiera observación. *Fortuna favet fortibus*, así *reza* la leyenda en letras doradas descoloridas, bajo el oscuro retrato de Sir Thomas Verney, con su armadura, fijado en el panel de la sala. Así había demostrado con su descendiente.

Favorecido por la fortuna, sin haber conocido a un ser humano, y dirigido por la misma divinidad al parecer, había entrado en la habitación que he descrito; y en el otro extremo, sola, esperando a la señorita Sheckleton, que la acompañaría en un pequeño paseo por el bosque, estaba la señorita Fanshawe, vestida para su paseo.

Cleve entró pálido de agitación; se acercó a ella rápidamente y se detuvo en seco, diciendo:

"He venido; estoy aquí para preguntar, ¿cómo pudiste ... Dios mío? ¿Cómo *pudiste* escribir la carta que enviaste esta mañana?"

La señorita Fanshawe estaba apoyada un poco contra el[Pg 7] marco de la ventana de roble, y no cambió esta pose, que era altiva y casi hosca.

" *Por qué* escribí esa carta, *nadie* tiene derecho a preguntarme, y no diré más de lo que contiene la carta". Hablaba con tanta frialdad y tranquilidad que casi parecía una tristeza en su tono.

"No creo que pueda decirlo en serio", dijo Cleve, "estoy *seguro de* que no puede; no es *posible* que piense que alguien usaría otro así, sin una razón".

" *No sin una razón*", dijo.

"Pero yo digo, seguramente tengo derecho a escucharlo", instó Cleve. "¿Es justo condenarme, como lo hace su carta, sin ser escuchado, y castigarme, por ignorancia?"

" *No por ignorancia*; en este momento, *conoces* perfectamente el motivo", respondió la niña, y sintió como si sus grandes ojos color avellana iluminaran todos los laberintos oscuros de su cerebro, y revelaran todos los secretos que acechaban allí.

Cleve se sintió un momento avergonzado y desvió la mirada. Eso era cierto. Él *lo* sabía; no podía dejar de adivinar la causa. Llevaba toda la mañana maldiciendo su mala suerte y preguntándose qué maligno capricho la habría llevado, de todos los tiempos y lugares, en ese momento, al Verde de Cardyllian.[Pg 8]

In the "Arabian Nights," that delightful volume which owes nothing to trick or book-craft, and will preserve its charm undimmed through all the mutations of style and schools, which, projecting its images from the lamp and hues of a dazzling fancy, can no more be lectured into neglect than the magic lantern, and will preserve its popularity while the faculty of imagination and the sense of colour remain, we all remember a parallel. In the "Sultan's Purveyor's Story," where the beautiful favourite of Zobaïde is about to make the bridegroom of her love quite happy, and in the moment of his adoration, starts up transformed with a "lamentable cry," and hate and fury in her aspect, all about an unfortunate "ragout made with garlic," and thereupon, with her own hand and a terrible scourge, lashes him, held down by slaves, into a welter of blood, and then orders the executioner to strike off, at the wrist, his offending hand.

"*Yes!* you *do* know, self-convicted, *why* I think it better for both that we should part now—better that we should thus early be undeceived; with little pain and less reluctance, forget the precipitation and folly of an hour, and go our several ways through life apart. You are fickle; you are selfish; you are reckless; you are quite unworthy of the love you ask for; if you are[Pg 9] trifling with that young lady, Miss Etherage, how cruel and unmanly! and if *not*, by what right do you presume to stand here?"

Could he ever forget that beautiful girl as he saw her before him there, almost terrible—her eyes—the strange white light that seemed to flicker on her forehead—her attitude, Italian more than English, statuesque and wild?

On a sudden came another change, sad as a broken-hearted death and farewell—the low tone—the fond lingering—of an unspeakable sorrow, and eternal leave-taking.

"In either case my resolution is taken. I have said *Farewell*; and I will see you no more—no more—never."

And as she spoke, she left the room by the door that was beside her.

It was a new sensation for Cleve Verney to feel as he did at that moment. A few steps he followed toward the door, and then hesitated. Then with a new impulse, he did follow and open it. But she was gone. Even the sound of her step was lost.

He turned back, and paused for a minute to collect his thoughts. Of course this must not be. The idea of giving her up so, was simple nonsense, and not to be listened to.

The door at which the young lady had left the[Pg 10] room but two or three minutes before, now opened, and Miss Sheckleton's natty figure and kind old face came in. Quite aghast she looked at him.

"For God's sake, Mr. Verney, why are you here? How *can* you be so rash?" she almost gasped. "You *must* go, *instantly*."

"How could you advise the cruelty and folly of that letter?" he said, impetuously.

"What letter?"

"Oh! Miss Sheckleton, do let us be frank; only say what have I done or said, or thought, that I should be condemned and discarded without a hearing?"

Hereupon Miss Sheckleton, still urging his departure in frightened whispers, protested her innocence of his meaning, and at last bethought her of persuading him, to leave the house, and meet her for the purpose of explaining all, of which he soon perceived she was honestly ignorant, in their accustomed trysting-place.

There, accordingly, among the old trees, they met, and discussed, and she blamed and pitied him; and promised, with such caution as old ladies use in speaking for the resolves of the young of their own sex, that Margaret should learn the truth from her, although she could not of course say what she might think of it, taking[Pg 11] as she did such decided, and, sometimes, strange views of things.

So they parted kindly. But Cleve's heart was disquieted within him, and his sky this evening was wild and stormy.

---

## CHAPTER II.

### JUDÆUS APELLA.

ON the stillest summer day did you ever see nature quite still, even that circumscribed nature that hems you round with densest trees, as you lounge on your rustic seat, in lazy contemplation, amid the shorn grass of your flower-beds, while all things are oppressed and stifled with heat and slumber? Look attentively, and you will see a little quiver like a dying pulse, in the hanging flower-bells, and a light faint tremble in this leaf and that. Of nature, which is, being interpreted, life, the law is motion, and this law controls the moral as well as the physical world. Thus it is that there is nowhere any such thing as absolute repose, and everywhere we find change and action.

Over Malory, if anywhere, broods the spirit of repose. Buried in deep forest—fenced on one side by the lonely estuary—no town or village lying beyond it; seaward the little old-world[Pg 13] road that passes by it is quite forsaken by traffic. Even the sound of children's laughter and prattle is never heard there, and little but the solemn caw of the rooks and the baying of the night-dog. Yet chance was then invading that quiet seclusion with an unexpected danger.

A gentleman driving that day to the "George Inn" at Cardyllian, from a distant station on the Great London line, and having picked up from his driver, a Cardyllian man, all he could about Malory, and an old Mrs. Mervyn who lived there, stopped suddenly at the corner of the old road, which, two miles below Cardyllian, turns off inland, and rambles with many pleasant windings into the road that leads to Penruthyn Priory.

This gentleman, whose dress was in the cheap and striking style, and whose jewellery was conspicuous, was high-shouldered, with a very decided curve, though not exactly a hunch. He was small, with rather long arms. His hair, whiskers, and beard were glossy black, and his features Jewish. He switched and twirled a black walking-cane, with silver knobs on it, in his hand, and he had two or three rings on his fingers.

His luggage had gone on to the "George," and whenever opportunity occurred along that solitary road he renewed his inquiries about[Pg 14] Malory, with a slight peculiarity of accent which the unsophisticated rustics in that part of the world had never heard before.

By this time it was evening, and in the light of the approaching sunset, he might now, as the view of the sea and the distant mountains opened, have enjoyed a

pleasure for which, however, he had no taste; these evening glows and tints were to him but imperfect light, and he looked along the solemn and shadowy hills as he would have run his eye along the shops in Cheapside—if with any interest, simply to amuse himself with a calculation of what they might be worth in money.

He was now passing the pretty church-yard of Llanderris. The gray head-stones and grass-grown graves brought home to him no passing thought of change and mortality; death was to him an arithmetical formula by which he measured annuities and reversions and policies. And now he had entered the steep road that leads down with an irregular curve to Malory.

He looked down upon the grand old wood. He had a smattering of the value of timber, and remembered what a hit Rosenthal and Solomons had made of their purchase of the wood at East Milton, when the railway was about to be made there; and what a nice bit of money they had [Pg 15] made of their contract for sleepers and all sorts of other things. Could not Jos. Larkin, or some better man, be found to get up a little branch line from Llwynan to Cardyllian? His large mouth almost watered as he thought of it; and how that eight or nine miles of rail would devour every inch of timber that grew there—not a branch would be lost.

But now he was descending toward Malory, and the banks at the right hand and the left shut out the view. So he began to descend the slope at his leisure, looking up and about him and down at the worn road for material for thought, for his mind was bustling and barren.

The road is not four steps across. It winds steeply between high banks. Over these stoop and mingle in the perspective, the gray stems of tall ash trees mantled in ivy, which here and there climbs thickly among the boughs, and makes a darker umbrage among the foliage of the trees. Beneath, ascending the steep banks, grow clumps of nettles, elder, hazel, and thorn. Only down the slope of the road can the passenger see anything of the country it traverses, for the banks out-top him on either side. The rains have washed its stones so bare, wearing a sort of gulley in the centre, as to give it the character in some sort of a forest ravine. [Pg 16]

The sallow, hatchet-faced man, with prominent black eyes, was walking up this steep and secluded road. Those sharp eyes of his were busy. A wild bee hummed over his head, and he cut at it pleasantly with his stick, but it was out of reach, and he paused and eyed its unconscious flight, with an ugly smile, as if he owed it a grudge for having foiled him. There was little life in that secluded and dark track. He spied a small dome-shaped black beetle stumbling through the dust and pebbles, across it.

El hombrecillo se acercó y lo miró con sus ojos penetrantes y una sonrisa agradable. Se inclinó. La punta de su pálida nariz estaba justo encima. Al otro lado del desierto, el escarabajo se afanaba. Su camino fue una línea recta. El hombrecito miró al otro lado para ver a qué apuntaba o dónde estaba su casa. No había nada en particular que pudiera percibir en la hierba y las malas hierbas en el punto marchito que estaba tendiendo en línea recta. El escarabajo se desplomó y tropezó con una pequeña gota de arcilla, recuperó los pies y la dirección, y avanzó pesadamente en línea recta. El hombrecito puso su bastón, apuntando hacia abajo, ante él. El escarabajo lo rodeó con cuidado y avanzó pesadamente en la misma dirección. Luego, el de ojos negros y nariz larga lo golpeó suavemente en la cara, y una y otra vez, sacudiendo[Pág. 17]él de esta manera o de aquella. Aun así, como un boxeador, se recuperó entre asaltos y siguió adelante en su antigua línea. Entonces el hombrecillo le dio un golpe más fuerte, que lo envió a un par de pies, de espaldas; derecha e izquierda se desplomaron y tantearon las cortas patas del escarabajo, pero ¡ay! en vano. No podía enderezarse a sí mismo. Trató de tambalearse, pero fue en vano. De vez en cuando venía un galope frenético con sus pequeños pies; estaba batiendo el aire. Esto fue agradable para el hombre de ojos penetrantes, que se inclinó, sonriendo con su boca ancha y mostrando sus colmillos blancos. Me pregunto qué pensó el escarabajo de su suerte, qué pensó de todo esto. Los paroxismos de la esperanza, cuando sus pies trabajaban tan duro, se acortaron. Los intervalos de desesperación e inacción se alargaron. El escarabajo estaba decidiendo que debía acostarse de espaldas y morir lentamente,

Aunque fue agradable presenciar su desesperación, el hombre de ojos prominentes se cansó de la vista, le dio un golpe en la espalda, lo puso de pie y lo miró. El escarabajo pareció un poco molesto por un tiempo, y estoy seguro de que se habría sacudido si hubiera podido. Pero pronto se recuperó, se volvió en su antigua dirección y, como le pareció al[Pág. 18]observador, marchaba tropezando con indomable perseverancia hacia el mismo punto. No sé nada de los hábitos de los escarabajos. No puedo adivinar por qué buscó ese lugar en particular. ¿Era simplemente un lugar predilecto, o había una pequeña cría de escarabajos y una esposa esperándolo allí? Un fuerte instinto de algún tipo lo impulsaba y una perseverancia sumamente heroica.

Y ahora supongo que pensó en sus problemas, y que seguramente su viaje estaba a punto de realizarse. ¡Pobre de mí! nunca se logrará. Hay una influencia cercana de la que sospechas que no. La distancia es cada vez menor, la hierba verde, las hojas de dique y las malvas, muy cerca. ¡Pobre de mí! no hay simpatía por su instinto, por el propósito de su vida, por sus labores y esperanzas. *Hay* una simpatía invertida ; simpatía por la dificultad —con "el Adversario" - con la

muerte. El hombrecillo de agudos ojos negros acercó la punta de su bastón a la espalda del escarabajo, habiendo visto suficiente de su peregrinaje, y lo aplastó.

El placer de la malicia es curioso. Hay personas que condimentan sus comidas con sus venganzas, cuyo futuro se hace interesante con la esperanza de que tal o cual persona pueda caer bajo sus talones. Lo que es más agradable, construir castillos en el aire para nosotros, o mazmorras en pandemonio para[Pág. 19]nuestros enemigos? Es bueno para la mitad de la raza humana que la otra no pueda disponer de ellos. Más raro, más grotesco, más exquisitamente diabólico, es ese juego con los misterios de la agonía, esa lujuria de la tortura, que constituyen el deseo y la fruición de algunas almas monstruosas.

Ahora, habiendo terminado la breve vida de ese escarabajo en la oscuridad eterna, y habiendo reducido todos sus pensamientos y anhelos a la cifra, y disuelto su pequeño carácter perseverante y resuelto, para nunca ser recombinado, este joven caballero miró hacia arriba entre las hojas amarillas en las que estaban los pájaros. cantando sus chismes vespertinos, y les obsequió con una imitación mayúscula de un gato montés, seguida de una aún más feliz de un búho chillón, que hizo que todos los gorriones en la hiedra gorjearan en pánico; y habiéndose divertido lo suficiente, estando el sol ahora cerca del horizonte, pensó en su misión en Malory. De modo que marchó silbando un aire de una ópera, lo que, debo admitir, lo hizo con la brillantez y precisión de una pequeña chirimía, en tanto que equivalía a un logro bastante curiosamente bonito.

Un niño montando un burro cansado en Cardyl[Pág. 20]lian, le señaló la puerta del antiguo lugar, y con paso alegre, haciendo girar su bastón y silbando mientras avanzaba, llegó al espacio abierto antes de los escalones de la puerta.

El malhumorado sirviente que por casualidad lo vio mientras dudaba y miraba boquiabierto a las ventanas, salió y lo desafió con tonos y miradas al revés de hospitalario.

"¡Oh! ¿Señora Mervyn?" dijo el; Bueno, ella no vive aquí. Dé la vuelta a esa esquina y verá la casa del mayordomo con una escotilla, puede tocar el timbre y salir, ¿no? camino de regreso. Puedes seguir el camino por la parte trasera de la casa".

Dicho esto, le advirtió perentoriamente con el desprecio de un lacayo por un caballero burlón, y por el hombre cetrino de ojos negros y barba, para nada molesto por ese trato leve, porque había visto todo tipo de aventuras, y había aprendido sin afectación para despreciar el desprecio, dio la vuelta con indiferencia por la esquina de la vieja casa, con un paso algo torpe y desgarrado, sobre el que nuestro amigo bandy se burló con brusquedad.

## CAPITULO III.

### SEÑOR. LEVI VISITA A LA SRA. MERVYN.

Y ahora el extraño estaba de pie frente a la casa del mayordomo, que es un antiguo edificio de piedra, de solo tres pisos de altura, con pocas habitaciones, y pesados conductos de piedra hacia las ventanas, con pequeñas celosías de diamantes en ellas, todas manchadas y grises por el tiempo: anticuarios. asígnelo al período de Enrique VII ... y cuando el caballero judío, con su boca ancha y suelta sonriendo con solitaria expectación, golpeó y sacudió su bastón sobre las tablas de la escotilla, como la gente en los viejos tiempos llamaba "¡casa!" para llamar a los sirvientes, violaba el silencio monástico de un edificio tan antiguo como los frailes de antaño, con sus campanas de maitín y cánticos solemnes.

Una pequeña niña galesa miró por encima de la tosca barandilla y corrió con su mensaje a la señora Mervyn.

"¿Podría subir las escaleras, señor, al salón?" preguntó el niño.[Pág. 22]

Le divirtió la idea de un "salón" en un lugar así, y con una mueca de desprecio subió las escaleras tras ella.

Este salón estaba muy oscuro a esta hora, excepto por la mancha de luz roja que entraba por la celosía y descansaba sobre el viejo armario de enfrente, en el que se encontraba, estante sobre estante, una arboleda de candelabros delf de colores, tazas de té, jarras, hombres, mujeres, teteras y bestias, todo en un estilo del viejo mundo, una decoración que prevalece en las humildes cámaras galesas, y que aquí era una propiedad de la casa, olvidada, supongo, por la gran casa de Verney, y transmitido de inquilino a inquilino, con los muebles de madera.

The flighty old lady, Mrs. Mervyn of the large eyes, received him with an old-fashioned politeness and formality which did not in the least embarrass her visitor, who sate himself down, smiling his moist, lazy smile, with his knees protruded under the table, on which his elbows rested, and with his heels on the rung of his chair, while his hat and cane lay in the sunlight beside him.

"The maid, I think, forgot to mention your name, sir?" said the old lady gently, but in a tone of inquiry.

"Very like, ma'am—very like, indeed—because, I think, I forgot to mention my name to her,"[Pg 23] he drawled pleasantly. "I've taken a deal of trouble—I have—to find you out, ma'am, and two hundred and forty-five miles here, ma'am, and the same back again—a journey of four hundred and ninety miles—is not just nothing. I'm glad to see you, ma'am—happy to find you in your drawing-room, ma'am—hope you find yourself as well, ma'am, as your numerous friends could wish you. My name, ma'am, is Levi, being junior governor of the firm of Goldshed and Levi, well known on 'Change, ma'am, and justly appreciated by a large circle of friends, as you may read upon this card."

La tarjeta que ofreció no hablaba, debe permitirse, de estos amigos admiradores, sino que simplemente anunciaba que "Goldshed y Levi" eran "corredores de bolsa", que seguían su vocación en "Oficinas: 10, Scroop Street, Gimmel Lane", en la ciudad. Y habiendo sostenido esta tarjeta ante sus ojos durante un tiempo suficiente, se la guardó en el bolsillo.

"Verá, señora, he venido hasta aquí para nuestra casa, para preguntarle si le gustaría escuchar algunas noticias de su gobernador, señora."

"¿De quién, señor?" -preguntó la anciana alta, que había permanecido de pie todo este tiempo, como lo había recibido, y ahora lo miraba con ojos, no de sospecha, sino de miedo manifiesto.[Pág. 24]

"De su marido, señora, quiero decir", arrastró las palabras, mirándola con su astuta sonrisa.

"Usted no quiere decir, señor ...", dijo ella débilmente, y entonces sintió un temblor, y se sentó, y sus mismos labios se pusieron blancos, y el Sr. Levi comenzó a pensar "la anciana tenía un aspecto poco común y extraño , "y no le gustó la idea de que" suceda ", en estas circunstancias.

"¡Ahí, señora, no se enfrente! ¿Dónde está el agua? ¡Da-aa-mn la gota!" exclamó, levantando tazas y jarras en una ráfaga. —Yo digo ... Mary Anne ... Jane ... chick-a-biddy ... chica ... mantente viva allí, ¿quieres? gritó el visitante por encima de la barandilla. "Agua, ¿no? ¡La anciana está enferma!"

—Mejor ahora, señor ... mejor ... sólo abra eso ... un poco de aire, por favor — susurró la anciana.

Con un poco de apresuramiento, logró abrir la celosía.

"Agua, ¿quieres? ¡Vaya tiempo que estás en eso, pequeña bestia!" gritó en la cara del niño.

"Mucho mejor, gracias, mucho mejor", susurró la anciana.

"Por supuesto, está mejor, señora. Aquí está en la-a-ast. ¿Tiene un poco de agua, señora? Sí. Déle el agua, pequeño tonto".[Pág. 25]

Bebió un poco.

—Veniendo, está bien —dijo con ternura. ¡Qué ganado son esas viejas! ¡Malditas! Siguió una pequeña pausa.

"¿Un trato mejor ahora, señora?"

"Estoy sorprendido, señor."

"Por supuesto que está sorprendida, señora."

"Y desmayado."

"¿Por qué no, señora?"

La señora Rebecca Mervyn exhaló tres o cuatro grandes suspiros y volvió a parecer una mujer viva.

"Ahora se ve bastante bien" (él lo pronunció ni-i-ishe) "¿no es así? Puedes hacer un track, jovencita; vete, ¿quieres?"

"Me siento mucho mejor", dijo la anciana cuando estaban solas, "te ruego que sigas".

Lo haces, bastante, mucho mejor. ¿ Continúo?

"Por favor, señor."

—Bueno, mira, si lo hago, no debe haber más de eso, anciana. Si no puedes hablar del gobernador, lo dejaremos en paz —dijo Levi con firmeza—.

"Por el amor de Dios, señor, si se refiere a mi marido, dígame todo lo que sabe".

—No es mucho, señora; pero ha aparecido una cala que lo conocía bien.[Pág. 26]

"¿Alguien que lo conocía?"

"Así es, señora." Sopesó si debía decirle que estaba muerto o no, pero decidió que sería más conveniente, aunque menos trágico, evitar surgir una nueva escena como la otra, por lo que modificó su narrativa. "Ha aparecido, señora, y lo conoció muy íntimamente; y tiene un meogny" (así lo pronunciaba caoba) "escritorio suyo, le entregué a cargo, ya que no podía volver a casa en este momento, que contenía una ley papel, señora, entregando a su hijo y al suyo una propiedad en Inglaterra.

"Entonces, ¿no vendrá?" dijo ella.

"No como yo sé, señora."

"Ha estado mucho tiempo fuera", continuó.

"Así que estoy informado, señora", observó.

"Te diré cómo fue y cuándo se fue".

"Gracias, señora", intervino. —He oído ... caso de melancolía, señora; consiguió siete peniques, ¿no es así y no volvió a aparecer?

"¿Siete qué, señor?"

"Siete años, señora; siete penn'orth lo llamamos, señora, familiar."

—No le entiendo, señor; no sé lo que significa; lo vi zarpar. Se fue, se fue, se fue.[Pg 27]

"Apuesto una libra a que sí, señora", dijo el Sr. Levi.

"Sólo para estar por muy poco tiempo; la vela, pude verla muy lejos, qué bonitos se ven en el mar; pero muy solitarios, creo, demasiado solitarios".

"Un toque de soledad, señora", consintió Levi.

"Fuera, en el yate", seguía soñando.

"El yate real, señora, sin duda."

"El yate, lo llamábamos. Dijo que regresaría al día siguiente; y dio la vuelta a Pendillion; al cabo de Pendillion, lo perdí, y nunca volvió; pero creo que lo hará, señor ... ? Estoy seguro de que lo hará, estaba tan confiado; solo sonrió y asintió con la cabeza, y dijo: 'No, no me despediré'. No habría dicho eso si no tuviera la intención de regresar, no podría engañar a un pobre y solitario como yo, que lo adoraba".

"No, él no podría, señora, él no; ningún hombre podría. ¡Traicionar a la chica que lo adoraba! ¡Ba-a-ah! Imposible", respondió el Sr. Levi, y agitó sus brillantes rizados dormilados, y bajó los párpados. , sonriendo. Esta anciana le divertía, su romance era una broma. Pero la luz se estaba volviendo cada vez más oscura, y los negocios no deben esperar a la diversión, por lo que el Sr. Levi dijo:

"Él no es un pollo en este momento, señora - su[Pág. 28]hijo, señora; Me han dicho que tiene veintisiete años, que no tiene gallina, veinte y siete el próximo cumpleaños.

"¿Sabe algo de él, señor? Oh, no, no lo sabe", dijo ella, mirándolo soñadora con sus grandes ojos tristes sobre él.

"¿En broma me dice, señora, dónde fue bautizado y con qué nombre?" dijo su visitante.

Una mirada de duda y miedo apareció lenta y salvajemente en su rostro mientras lo miraba.

"¿Quién es? Le he estado hablando, señor?"

"¡Oh! Sí, más *hermoso*, usted es, señora", respondió él; "Y yo soy el mejor amigo de su hijo, y el suyo, señora; sólo usted me dice dónde encontrarlo, y él es un hombre hecho, durante todo el día".

"¿De dónde ha venido? - un extraño", murmuró.

"Ya *le dije*, señora."

"No lo conozco, señor; no sé su nombre", siguió soñando.

"Benjamín Levi. Te lo *deletrearé*, si quieres", respondió, comenzando a ponerse irritable. "Te dije mi nombre, y te mostré mi ca-a-ard. ¡Bah! Se deshilacha en un extremo, tan rápido como se teje en el otro".

Y de nuevo sostuvo la tarjeta de la firma de Goldshed y Levi, con los codos sobre la mesa, entre[Pág. 29] los dedos de su mano derecha e izquierda, arqueados como un antiguo tablero de la tienda, y parecían saltar elásticamente hacia su cara.

"¡ *Ahí*, señora, ese es el boleto!" dijo él, mirándola.

"Una vez, señor, le hablé de negocios a un extraño, y siempre lo lamenté; hice maldades", dijo la anciana, con un vago remordimiento.

"No soy *un* extraño, señora, le ruego me disculpe", respondió con insolencia; Creo que no sabes ni la mitad de lo que estás diciendo. Goldshed y Levi ... no nos conocen; ¡qué putilla preciosa, yo *nunca* !

"Hice una travesura, señor."

"Sólo quiero saber dónde encontrar a su hijo, señora, si lo sabe, y si no lo dice, *arruinará a* ese pobre jovencito. No es una libra para mí, pero es un trato para él. ", respondió el bondadoso Sr. Levi.

—Lo siento mucho, señor, pero una vez hice travesuras al hablar con un caballero al que no conocía. Lady Verney me hizo prometer, y estoy seguro de que tenía razón, que nunca hablaría de negocios sin antes consultar a alguien. miembro de su familia. No entiendo los negocios, nunca lo hice ", suplicó.

"Bueno, aquí tienes una oportunidad, ¿no entiendes? Pues, no hay *nada* que entender". No es un negocio.[Pág. 30] HIJO ", deletreó" *hijo* . ESPOSO - *uzbaan* 'eso no es asunto - ¡ *pa* -soy yo! ¿*Dónde está* el negocio? ¡Ba-ah! "

-Señor -dijo la anciana, incorporándose-, le he respondido. Se trataba de mi marido, que Dios me ayude, ya hablé antes, e hice travesuras sin saberlo. No hablaré de él a extraños. , excepto lo que Lady Verney aconseja, a cualquier extraño, especialmente a usted, señor.

Se oyó un ruido de pasos afuera, lo que, quizás, modificó la respuesta del Sr. Levi. Estaba muy disgustado, y sus grandes ojos negros miraban con malicia su rostro indefenso.

"¡Ja, ja, ja! Como quiera, señora. No es el turno de un chelín para *mí* , pero usted *arruina* -en la *caca-* o *el* joven, su hijo, para mí, da-a-am, si toco su bushiness de nuevo, si se cae a través de *ahora* , fíjate *que* . por lo tanto, después de haber *arruinado* . su propia carne y sangre, me dice que ir cuando llegué es *Nau-cosa* me-mente eso, pero ru-in para él, aquí está mi sombrero y mi bastón, me voy, solo que te daré una oportunidad más para ese pobre joven, solo un minuto para volver a pensar ". Se había puesto de pie, con el sombrero y el bastón en la mano. —Sólo una oportunidad: enviarás a buscarme de nuevo y no iré. No ... no ... ¡nunca, pa-a-soy!

"Buenas noches, señor", dijo la dama.[Pág. 31]

El Sr. Levi se mordió la uña del pulgar.

"No sabe lo que está haciendo, señora", dijo, intentando una vez más.

"No puedo, señor, no *puedo* ", dijo distraídamente.

"Vamos, piensa, yo *voy* , *voy* ; sólo piensa, ¿qué quieres?"

Él esperó.

"No hablaré, señor."

"¿No lo harás?"

"No señor."

Se demoró un momento, y la luz del sol roja se mostró como un rubor de ira en su rostro cetrino. Luego, con una risa insolente, se volvió, se puso el sombrero en la cabeza y bajó las escaleras cantando.

Fuera de la escotilla, se detuvo un segundo.

"Lo conseguiré todo de otra manera", pensó. "Por aquí", dijo, "¿no? Por el camino de atrás. Buenas noches, estúpido gato loco", y saludó las ventanas de la casa del mayordomo con un violento movimiento de su bastón.

---

[Pág. 32]

## CAPITULO IV.

### SEÑOR. BENJAMIN LEVI RECONOCE UN CONOCIMIENTO.

EL SEÑOR BENJAMÍN LEVI, habiendo doblado la esquina de la casa del mayordomo, se encontró ante dos grandes muelles, pasando por la puerta por la que entró en el patio del establo, en el lado más alejado de la cual había una segunda puerta, que con razón supuso que sería darle acceso a esa avenida secundaria por la que tenía intención de salir.

Echó un vistazo a este gran cuadrilátero, uno de cuyos extremos pasaba por alto la parte trasera de la vieja casa, y ese pintoresco y antiguo refectorio con su tosco tramo de escalones de piedra, desde cuyas ventanas nuestro amigo Sedley había observado a las damas de Malory. mientras se dedican a su trabajo en el jardín.

Había hierba creciendo entre los adoquines y musgo en las paredes, y las puertas del establo se estaban deteriorando sobre sus oxidados goznes.[Pág. 33] Al comentar, como lo haría naturalmente un genio tan práctico, sobre las capacidades circundantes y la decadencia, el Sr. Levi casi había atravesado esta soledad cuando escuchó a alguien llamar: "¡Thomas Jones!" dos o tres veces, y el tono de la voz lo detuvo instantáneamente.

Era un hombre con un giro para los negocios musicales, y no solo incursionó en conciertos y pequeñas especulaciones operísticas, sino que, como tenía un oído musical por naturaleza, tenía una memoria retentiva para las voces, y la facultad de este ciego lo sustituyó aquí, porque, con una maliciosa emoción de asombro y deleite, reconoció instantáneamente esta voz.

La puerta de ese patio más pequeño que está al lado de la casa se abrió ahora, y entró Sir Booth Fanshawe, gritando con mayor impaciencia: "¡Thomas Jones!"

Los ojos de Sir Booth se posaron en la figura del Sr. Levi, que estaba junto a la pared del otro lado, esperando escapar de la observación.

Con el mismo instinto, Sir Booth retrocedió apresuradamente hacia una puerta abierta del establo y el Sr. Levi saltó hacia otra puerta, dentro de la cual, lamentablemente, un perro encadenado, Neptune, dormitaba.

El perro voló a lo largo de su correa en las piernas del Sr. Levi, y el caballero judío saltó más apresuradamente incluso de lo que había entrado.

Al mismo tiempo, el orgullo de Sir Booth disuadió[Pág. 34]Minó *su* vacilación, y avanzó con valentía y dijo:

"Creo que lo conozco, señor, ¿no es así?"

Como todavía había una pequeña distancia entre ellos, el señor Levi fingió miopía y, apretando los párpados, sonrió dubitativo y dijo:

—Creo que no, señor. No, señor, soy un extraño; me llamo Levi, de Goldshed y Levi, y he ido a ver a la señora Mervyn, que vive aquí, acerca de su joven. No lo conozco, señor, no, es un error.

"No, Mr. Levi—you *do* know me—you do," replied Sir Booth, with a grim oath, approaching, while his fingers clutched at his walking-stick with an uneasy gripe, as if he would have liked to exercise it upon the shoulders of the Israelite.

"Oh! crikey! Ay, to be sure—why, it's Sir Booth Fanshawe! I beg pardon, Sir Booth. We thought you was in France; but no matter, Sir Booth Fanshawe, none in the world, for all that little bushiness is blow'd over, quite. We have no interest—no more than your horse—in them little securities, upon my shoul; we sold them two months ago to Sholomons; we were glad to sell them to Sholomons, we were; he hit us pretty hard with some of Wilbraham and Cumming's paper, and I don't care if he never sees a shilling[Pg 35] of it—we would rayther *like* it." And Mr. Levi again made oath to that confession of feeling.

"Will you come into the house and have a glass of sherry or something?" said Sir Booth, on reflection.

"Well, I don't mind," said Mr. Levi.

And in he went and had a glass of sherry and a biscuit, and grew friendly and confidential.

"Don't you be running up to town, Sir Booth—Sholomons is looking for you. Clever man, Sholomons, and you should get quietly out of this country as soon as you conveniently can. He thinks you're in France now. He sent Rogers—you know Rogers?"

He paused so long here that Sir Booth had to answer "No."

"Well, he sent him—a good man, Rogers, you know, but drinks a bit—after you to Vichy, ha, ha, ha! Crikey! it *was* rich. Sholomons be blown! It was worth a pound to see his face—ugly fellow. You know Sholomons?"

And so Mr. Levi entertained his host, who neither loved nor trusted him, and at his departure gave him all sorts of friendly warnings and sly hints, and walked and ran partly to the "George," and got a two-horse vehicle as quickly as they could harness the horses, and drove at great speed to Llywnan, where he telegraphed to[Pg 36] his partner to send a writ down by the next train for Sir Booth, the message being from Benjamin Levi, George Inn, Cardyllian, to Goldshed and Levi, &c., &c., London.

Mr. Levi took his ease in his inn, sipped a good deal of brandy and water, and smoked many cigars, with a serene mind and pleasant anticipations, for, if nothing went wrong, the telegram would be in his partner's hand in ample time to enable him, with his accustomed diligence, to send down a "beak" with the necessary documents by the night train who would reach Cardyllian early, and pay his little visit at Malory by nine o'clock in the morning.

Mr. Levi, as prosperous gentlemen will, felt his solitude, though luxurious, too dull for the effervescence of his spirits, and having questioned his host as to the amusements of Cardyllian, found that its normal resources of that nature were confined to the billiard and reading rooms, where, on payment of a trifling benefaction to the institution, he enjoyed, as a "visitor," the exhilarating privileges of a member of the club.

In the billiard-room, accordingly, that night, was the fragrance of Mr. Levi's cheroot agreeably perceptible, the sonorous drawl of his peculiar accent vocal amongst pleasanter intonations, and his "cuts," "double doubles," and "long crosses,"[Pg 37] painfully admired by the gentlemen whose shillings he pocketed at pool. And it was pleasant to his exquisitely commercial genius to think that the contributions of the gentlemen to whom he had "given a lesson," and whose "eyes he had opened," would constitute a fund sufficient to pay his expenses at the "George," and even to leave something towards his return fare to London.

The invalid who was suffering from asthma in the bed-room next his was disturbed by his ejaculations as he undressed, and by his repeated bursts of laughter, and rang his bell and implored the servant to beg of the two gentlemen who were conversing in the next room to make a little less noise, in consideration of his indisposition.

La manera en que había "macerado" a los caballeros en la sala de billar, a derecha e izquierda, y la incómoda admiración de sus éxitos exhibida en sus rostros inocentes, tenía, sin duda, algo que ver con estas explosiones de alegría. Pero la principal fuente de su diversión era la anticipada sorpresa de Sir Booth, cuando tendría lugar la pequeña visita domiciliaria de la mañana siguiente, y el recuerdo de su propia destreza para desconcertar al baronet.

Así que cayó en un dulce sueño, no atravesado por[Pág. 38] incluso un sueño siniestro, sin saber que el viejo y astuto pájaro por el que se esparció la paja y la olla hirviendo ya había volado con el grito del silbato en las alas del tren nocturno hacia Chester, y desde ese centro a un rincón desconocido, de donde, en uno o dos días más, había volado a algún gallinero continental, que ni siquiera el inteligente señor Levi podía adivinar.

A la mañana siguiente, temprano, las damas se dirigían a Londres, donde debían continuar su viaje y reunirse con Sir Booth en el extranjero.

Por tanto, dos personas quedaron muy decepcionadas al día siguiente en Malory; pero no se pudo evitar. Uno fue Cleve Verney, que probó el inexorable secreto del criado en todos los sentidos, pero en vano; posiblemente porque el sirviente no sabía dónde se había ido "la familia". El otro era el señor Benjamin Levi, a quien le molestaba la duplicidad egoísta de Sir Booth con una exasperación que difícilmente habría sido apaciguada quemando vivo a ese "viejo ladrón mizzled".

El señor Levi voló a Chester con su "pico" en un carruaje de tercera clase, y desde allí irradiaba órdenes telegráficas y súplicas que afectaban a Sir Booth dondequiera que tuviera un amigo, y listo, con una indirecta de los cables, para desatar a su alguacil en su rastrearlo y fijarlo en el suelo, inmóvil como el petrificado[Pág. 39] bruja de Mucklestane Muir, por el hechizo de su leyenda en pergamino.

Pero ningún destello de luz recompensó su labor. Fue suficiente para alterar incluso el temperamento del Sr. Levi, que, en consecuencia, *se* alteró. ¡Haber estado tan cerca! Haber tenido su mano, por así decirlo, sobre el pájaro. Si solo hubiera tenido la escritura en su bolsillo, podría haber dejado caer, con sus propios dedos, el grano de sal en su cola. Pero no iba a ser. En el momento de la posesión, el Sr. Levi fue rechazado. Podía moler maldiciones bajo sus dientes blancos, y ahora no los perdonaba. Algunos de ellos eran, me atrevo a decir, dignos de esa ágil bruja, "Cuttie Sark", mientras permanecía desconcertada en el "llavero" del puente, con la cola cortada de Meggie en su agarre.

Mientras tanto, para Cleve Verney, Malory sufre una plaga repentina. Sus bosques ya no están encantados; ahora está oscuro y vacío. Le duele el corazón cuando lo mira.

Echaba de menos su acostumbrado paseo con las chicas de Etherage. Escribió para decirle al viejo Vane Etherage que estaba sufriendo un fuerte resfriado y que no podía cenar con él, como había prometido. El frío era una mentira, pero ¿estaba realmente bien? ¿Los espíritus no forman parte de la salud? y donde estaban los suyos?

Aproximadamente quince días después, llegó una carta de su [Pág. 40]buena amiga, señorita Sheckleton. Qué deliciosamente interesante, aunque no contenía casi nada. ¡Pero qué interesante! ¡Cuán a menudo lo leyó! ¡Cómo mejoraba cada momento de soledad con una mirada a él!

Era una carta extranjera. Lo publicaría, dijo, un amigo en París. Aún no podía decir, ni siquiera a un amigo tan amable como él, la dirección que los encontraría. Sin embargo, esperaba poder hacerlo *muy* pronto. *Todos* estaban bien. Su joven amiga nunca había aludido desde entonces al tema de la última dolorosa entrevista. *Ella* La señorita Sheckleton no podía, a menos que se presentara una apertura favorable, invitar a una conversación sobre el asunto. Sin embargo, no tenía ninguna duda de que se presentaría una oportunidad. Comprendió el carácter peculiar de su hermosa y joven prima y vio una dificultad, e incluso un peligro, en insistir en la pregunta, posiblemente prematuramente. Cuando él, Cleve, escribiera, lo que ella suponía que haría tan pronto como tuviera su dirección, podía decir exactamente lo que quería que ella dijera. Mientras tanto, aunque como había insinuado antes, la querida Margaret era admirada y *buscada* por un hombre de rango y fortuna, con gran constancia (pensó que no era improbable que Cleve ya sospechara ese asunto), en *su* opinión no había nada. para aprehender [Pág. 41]terminar, al menos ahora, con ese traje de caballero; halagada, por supuesto, debe estarlo por una constancia tan devota; pero apenas pensó que existiera la posibilidad de que el sentimiento se convirtiera en algo más allá de *eso*. Entonces, le pidió a Dios que lo bendiga y le escribió a Anne Sheckleton al pie de la página.

El médico que, confundiendo una queja, administra precisamente el brebaje que debilita el órgano defectuoso o inflama el nervio torturado, comete una crueldad tan inocente como la que la buena señorita Sheckleton practicaba, al final de su carta, con Cleve Verney.

Había creído que él sabía algo del traje al que se refería con el fin de aliviar una ansiedad a la que su reflexiva alusión le presentó, de hecho, por primera vez.

¿Quién era este fiel enamorado? Sabía lo suficiente de los alrededores de Sir Booth Fanshawe, sus amigos e íntimos, como para contar cuatro, cinco o seis posibles rivales. Sabía lo que la perseverancia podía lograr y la ausencia deshacer, y su corazón estaba inquieto dentro de él.

Si hubiera consultado su instinto, habría abandonado Ware inmediatamente, habría seguido hasta el continente y registrado todas las ciudades de Francia; pero no pudo actuar del todo según sus impulsos. Le había dicho a la gente de Cardyll que no dejaría Ware hasta el catorce; no haría ningún comentario[Pág. 42]¿asistir a su repentina partida, inmediatamente después del misterioso revoloteo del pueblo Malory? Sabía qué historias maravillosas podrían surgir en Cardyllian, y cuán seguros estarían, de una forma u otra, de llegar a su tío Kiffyn, y cómo las sospechas de ese estadista podrían avergonzarlo. Entonces, una carta podría llegar fácilmente a Ware mientras estaba fuera y perderse, o algo peor.

De modo que resolvió ocuparse el resto de su tiempo de dónde estaba. En la iglesia de Cardyllian, ¡qué oscura y fría se veía la cavidad del banco de Malory! Los santos y mártires de la gran ventana oriental estaban apagados y no brillaban, y sus glorias no ardían, sino que ardían ese día. Y ¡oh! ¡Cuánto duró el sermón del Dr. Splayfoot! Y cuán vaga era su aprensión del "hilo" con el que la señorita Charity Etherage lo trató desde el porche de la iglesia hasta lo alto de Castle Street.

Se alegró cuando se acercó el día quince, que iba a llamarlo para que se alejara de Ware. Estaba contento de dejar este lugar cambiado, contento de ir a Londres, a *cualquier lugar* .

Justo cuando todo estaba listo para su vuelo en el tren nocturno, en la tarde del 14, para su gran alegría, llegó una carta, una nota, casi, muy breve, de la amable Anne Sheckleton.

*Todos* —subrayado— estaban bien. No hubo[Pág. 43]cosa más, de hecho, pero una revelación satisfactoria, que era la dirección en la que ahora los encontraría.

Así que Cleve Verney hizo el viaje a Londres esa noche con mejor ánimo.

---

[Pág. 44]

## CAPITULO V.

## UN CONSEJO DE TRES.

LOS SEÑORES GOLDSHED y LEVI tienen una elegante oficina en Scroop Street. Como corredores de bolsa, estrictamente, me han dicho que no hacen nada parecido a un negocio tan grande como muchos de sus hermanos. Esos hermanos, en su mayor parte, no están orgullosos de ellos. Su negocio es algo de contrabando. Han sido examinados una o dos veces de manera incómoda ante las comisiones parlamentarias. Han sido manejados salvajemente por el gran Sr. Hackle, el consejero parlamentario. En el gran caso de seguros de "Los ejecutores de Shakerly v. The Philanthropic Union Company," they were hideously mangled and eviscerated by Sergeant Bilhooke, whose powers are well known. They have been called "harpies," "ghouls," "Madagascar bats," "vermin," "wolves," and "mousing owls," and are nothing the worse of it. Some people think, on the contrary, rather the better, as it has helped to advertise them in[Pg 45] their particular line, which is in a puffing, rigging, fishy, speculative, "queerish" business, at which moral stockbrokers turn up their eyes and noses, to the amusement of Messrs. Goldshed and Levi, who have—although the sober office in Scroop Street looks sometimes a little neglected—no end of valuable clients, of the particular kind whom they covet, and who frequent the other office, in Wormwood Court, which looks so dirty, mean, and neglected, and yet is the real seat of power.

The "office" in Wormwood Court is an old-fashioned, narrow-fronted, dingy house. It stands apart, and keeps its own secrets, having an uninhabited warehouse on one side, and a shabby timber-yard at the other. In front is a flagged court-yard, with dingy grass sprouting here and there, and lines of slimy moss, grimed with soot.

The gate is, I believe, never opened—I don't know that its hinges would work now. If you have private business with the firm on a wet day, you must jump out of your cab in the street, and run up through the side door, through the rain, over the puddled flags, and by the famous log of mahogany which the Messrs. Goldshed and Levi and their predecessors have sold, in bill transactions, nearly six thousand distinct times, without ever losing sight of it.[Pg 46]

En la calle este día había un taxi, en esa puerta. El Sr. Jos. Larkin, el abogado de Gylingden, estaba en consulta con la firma. Estaban sentados en "la oficina", la habitación del frente a la que se entra a la derecha desde el pasillo. Una chimenea alta y anticuada corta oblicuamente el ángulo más alejado de la habitación. Está revestido de madera, en diminutos paneles cuadrados, excepto sobre la chimenea, donde un gran panel corre a través y hasta el techo, con el escudo de armas de alguien tallado en relieve. Esta carpintería ha sido pintada de blanco, hace mucho tiempo, pero el tinte ha degenerado a un color crema o beige, y un buen lavado

no le haría ningún daño. El Sr. Levi y otros han escrito pequeñas sumas además de sumas, restas y multiplicaciones. Puede ver el roble original donde se quitó el perchero, cerca de la ventana,

La ventana está cubierta de polvo y suciedad, golpeada por la lluvia en todo tipo de patrones. Una luz escarmentada entra a través de esta pantalla y no se puede ver desde afuera quién está en la habitación.

La gente se pregunta por qué los señores Goldshed y Levi, con una oficina tan bien equipada en Scroop Street, mantendrán esta oficina privada en un estado tan miserable; sin alfombra, solo una tira de casi borrado[Pág. 47]hule sobre el suelo sucio. A lo largo del centro de la habitación se extiende un gran cuadrilátero de caoba, antiguo, abollado y oblongo, lleno de cajones, con manijas de latón sucias, y que tiene a mitad de camino una especie de arco, como un puente debajo de un terraplén de ferrocarril, cubierto con hule de un indistinguible patrón, manchado con viejas manchas de tinta roja y negra, y goteos de lacre, acurrucándose aquí y allá polvorientos, donde los cuchillos de oficina, con dedos juguetones, han marcado su piel. Encima de esto hay dos escritorios torpes. Detrás de uno se sienta el socio menor, en un alto taburete de madera, y detrás del otro, el mayor, en una silla de oficina destartalada, con uno de los ángulos de su peineta sobresaliendo, como la esquina de un sombrero de tres picos, al frente, dividiendo el corto, piernas gruesas del señor Goldshed, cuyos talones estaban plantados en los peldaños, doblando sus rodillas torpes,

Goldshed es el mayor en todos los sentidos. Es calvo, gordo, bajito. Tiene gemas en sus dedos regordetes y cadenas de oro, en bucles y curvas, cruzan el viejo chaleco de terciopelo negro, que siempre está arrugado hacia arriba por la costumbre que tiene de meter sus manos anchas y cortas en los bolsillos de los pantalones.

Al otro lado, reclinándose en su silla,[Pág. 48]y ofreciendo, se adula a sí mismo, un distinguido contraste con la persona vulgar de enfrente, se sentó el Sr. Jos. Larkin, del Lodge, Gylingden. Su cabeza alta y calva estaba un poco echada hacia atrás; un brazo, con su manga negra brillante, colgaba del respaldo de su silla, con sus grandes nudillos rojos cerca del suelo. Sus ojos rosados tenían su expresión mansa y parecida a una paloma; su boca un poco abierta, en reposo; un aire de resignación y bienaventuranza que, junto con su conocida elegancia, sus largos pantalones tintados en lavanda y su chaleco de seda de canalé del mismo tono favorito, presentaban una imagen muy perfecta, en este vulgar escenario judío, de un perfecto cristiano. Caballero.

—Si todo favorece, señor Goldshed, el señor Dingwell puede estar en la ciudad mañana por la noche. Me enviará a buscarme inmediatamente a su llegada, a mis

aposentos, comprende, y yo se lo enviaré a usted y a usted a Mrs. . Alojamiento de Sarah Rumble ".

" *Mish Rumble*", arrastró las palabras Goldshed; "No casado, *una chica, Mish* ."

—Sí, *señora Rumble* —continuó Larkin con gentileza—, no hay nada de malo en decir señora; muchas damas en un puesto de responsabilidad prefieren ese estilo a la *señorita* , por razones obvias.

Aquí Goldshed, que sonreía perezosamente, le guiñó un ojo a su menor, quien devolvió esa señal a salvo,[Pág. 49]porque el señor Larkin, cuyo rostro estaba alzado hacia el techo, había cerrado los ojos. La discreción del casto abogado les divirtió, ya que la señorita Sarah Rumble era una chica trabajadora y preocupada de veinticinco años, taciturna, de rostro moreno y cabellos algo plateados.

"El apóstol nos dijo", continuó el Sr. Larkin, pensativo, "no sólo para evitar el mal, sino la apariencia del mal. Olvidé, sin embargo, que nuestras religiones difieren".

—Sí, sí, nuestras religiones difieren, dice; difieren, Levi, ¿no es así?

"Sí, lo hacen", arrastró las palabras el teólogo.

"Sí, lo hacen; vemos nuestro camino hacia eso", concluyó Goldshed.

Larkin suspiró.

Aquí hubo un breve silencio. El señor Larkin abrió sus párpados rosados y mostrando sus pequeños ojos celestes, mientras mantenía su actitud tranquila y caballerosa.

El miembro más antiguo de la firma miró hacia su escritorio, pensativo, y tomó una vieja gota de lacre con su cuchillo de oficina, y silbó unos pocos compases lentos, y el Sr. Levi, mirando hacia abajo también, garabateó el código de la firma. trece veces, con florituras, en una hoja de papel.

Goldshed trabajó sus rodillas cortas y gruesas[Pág. 50]y sus talones un poco inquietos; la silla de la oficina se estaba volviendo un poco juguetona, al parecer.

—Nishe se está acostando, señor Larkin, y ¡oh, Dios mío! ¡Un montón de delicashy! ¿Qué le parece? —dijo el señor Goldshed, levantando el cuchillo de oficina, con el filo hacia el abogado, y dejándolo caer hacia atrás dos o tres veces, entre su dedo índice y pulgar, dubitativo. "Las fiestas son geniales, lo que hace que sea más delicado, cosquilleante, cosquilleante; ¿de verdad crees que todo está bien?"

"Por supuesto, es claro. Espero, señor Goldshed, no haber aconsejado nunca ningún camino que no fuera así", dijo el señor Larkin con altivez.

"No me refiero a religiosos, la ley te encarna, quiero decir a *salvo*", dijo el Sr. Goldshed, con dulzura.

Un rubor rosa claro tocó la frente calva del abogado.

"Todo lo que está bien, señor, está a salvo; y eso, creo, difícilmente puede estar mal, *espero que* no, por lo que todas las partes se benefician", dijo el abogado.

"Todas las partes están engañadas, excepto nuestras estanterías. Estoy pensando en mi estantería, y en el señor Levi, aquí, y, por supuesto, en *usted*. Mucho de usted", agregó cortésmente.

El Sr. Larkin reconoció su cuidado con una leve y dócil reverencia.

"Son magníficas", repitió el Sr. Goldshed.[Pág. 51]

"Dice que están gordos", repitió el Sr. Levi, cuya mirada grave tenía algo de matón, fijando sus ojos oscuros y prominentes en el Sr. Larkin, y volviendo un poco la mejilla de esa manera también. "Hay un peligro en el manejo de un oleaje, especialmente en ellos".

"Suponga que hay un desprecio?" dijo Goldshed, cuya silla se puso inquieta y requirió administración mientras hablaba.

"Dice un *desprecio*", repitió el Sr. Levi, "o algo peor", y aumentó el énfasis con un juramento.

"Le garantizo dos peniques, Sr. Levi; y por favor, considéreme y *no jure*", instó el Sr. Larkin.

"Si nos garantiza, con un penalti", comenzó el Sr. Levi, quien optó por tomárselo literalmente.

"Le dije *que*, por *supuesto*, Sr. Levi, a modo de ilustración, solamente, nadie, de *curso*, los sueños de garantizar otro sin una consideración adecuada que debería haber esperado que. *Podría* no haber entendido mal de mí que no entiendo. garantías, es un negocio que nunca he tocado. estoy contenido, espero, con los emolumentos de mi profesión, y lo que mi propiedad de la tierra me da. Sólo quiero decir esto, que no *es* ningún riesgo. ¿Qué es lo *que* sabemos de Sr. Dingwell, eso no está perfectamente claro, ¿perfectamente? Desafío al mundo[Pág. 52] *eso*. Si algo fallara, seguramente *nosotros* no tenemos la culpa. Al mismo tiempo, si usted, mirándolo con su experiencia, aprehende

cualquier riesgo, por supuesto, no podría pensar en permitirle continuar. Puedo arreglar esta noche, y tampoco muy lejos de esta casa.

Como concluyó el señor Larkin, hizo un gesto de levantarse.

"¡Ba-ah!" exclamó Levi. "¿No cree que queremos dar marcha atrás en esta transformación, señor Larkin? ¡*No* -o-oh! Ese no es el truco de esta transformación, ¿verdad, gobernador? Él dice que *no*".

"No", repitió Goldshed.

"No, nunca ... ¡de ninguna manera! ¿Lo escuchaste?" reiteró el Sr. Levi. "En por un centavo, en una libra, en un chelín, en mil. ¡Ba-ah! —No, nunca."

"No, de ninguna manera, ¡nunca!" reverberaba Goldshed, en tonos metálicos profundos. "Pero, Levi, ahí, debe mirar una pulgada o dos antes de su nariz — y sho debo — y sho, mi muy buen amigo, el Sr. Larkin, debe *usted* — un poco antes de su nariz. No veo ningún gran peligro. todos sabemos, el Honorable Arthur Verney es *muerto*. Estamos *seguro* de *que* -y todo el resto no vale la ha'pensch extraño en ese libro," y tocando el poderoso libro de contabilidad que yacían cerca de él, en la que millones eran ingresó. "El *resto* es asunto de Dingwell".[Pág. 53]

"Así es, Sr. Goldshed", asintió el Sr. Larkin. "Vamos juntos en esa vista".

"Dingwell be blowed!—what need *we* care for Dingwell?" tolled out Mr. Goldshed, with his ringing bass.

"Ba-ah!—drat him!" echoed the junior.

"Yes—a—quite as you say—but where's the good of imprecation? With *that* exception, I quite go with you. It's Dingwell's affair—not *ours*. *We*, of course, go straight—and *I* certainly have no reason to suspect Dingwell of anything crooked or unworthy."

"Oh, no—ba-ah!—*nothing*!" said Levi.

"Nor I," added Goldshed.

"It'sh delicate—it *izh* delicate—but very promishing," said Mr. Goldshed, who was moistening a cigar in his great lips. "Very—and *no*-thing crooked about it."

"No-thing crooked—*no*!" repeated Mr. Levi, shaking his glossy curls slowly. "But very delicate."

"Then, gentlemen, it's understood—I'm at liberty to assume—that Mr. Dingwell finds one or other of you here whenever he calls after dark, and you'll arrange at once about the little payments."

To which the firm having promptly assented, Mr. Larkin took his leave, and, being a client of [Pg 54] consideration, was accompanied to the shabby doorstep by Mr. Levi, who, standing at the hall-door, with his hands in his pockets, nodded slyly to him across the flagged court-yard, into the cab window, in a way which Mr. Jos. Larkin of the Lodge thought by many degrees too familiar.

"Well—*there's* a cove!" said Mr. Levi, laughing lazily, and showing his long rows of ivory fangs, as he pointed over his shoulder, with the point of his thumb, towards the street.

"Rum un!" said Mr. Goldshed, laughing likewise, as he held his lighted cigar between his fingers.

And they laughed together tranquilly for a little, till, with a sudden access of gravity, Mr. Goldshed observed, with a little wag of his head—

"He's da-a-am clever!"

"Ay—yes—da-a-am clever!" echoed Levi.

"Not as much green as you'd put your finger on—I tell you—no muff—devilish good lay, as *you* shall see," continued Goldshed.

"Devilish good—no, no muff—nothing green," repeated Mr. Levi, lighting his cigar. "Good head for speculation—might be a bit too clever, I'm thinking," and he winked gently at his governor.

"Believe you, my son, if we'd let him—but [Pg 55] we won't—will we?" drawled Mr. Goldshed, jocosely.

"Not if I knows it," said Mr. Levi, sitting on the table, with his feet on the stool, and smoking towards the wall.

---

[Pg 56]

## CHAPTER VI.

### MR. DINGWELL ARRIVES.

MESSRS. GOLDSHED and *Levi* owned four houses in Rosemary Court, and Miss Sarah Rumble was their tenant. The court is dark, ancient, and grimy. Miss Rumble let lodgings, worked hard, led an anxious life, and subsisted on a remarkably light diet, and at the end of the year never had a shilling over. Her Jewish landlords used to pay her a visit now and then, to receive the rent, and see that everything was right. These visits she dreaded; they were grumbling and minatory, and enlivened by occasional oaths and curses. But though it was part of their system to keep their tenants on the alert by perpetual fault-findings and menaces, they knew very well that they got every shilling the house brought in, that Miss Rumble lived on next to nothing, and never saved a shilling, and was, in fact, *their* underfed, overworked, and indefatigable slave.[Pg 57]

With the uncomplaining and modest charity of the poor, Sarah Rumble maintained her little orphan niece and nephew by extra labour at needle-work, and wonderful feats of domestic economy.

This waste of resources Mr. Levi grudged. He had never done complaining of it, and demonstrating that it could only be accomplished by her holding the house at too low a rent; how else could it be? Why was she to keep other people's brats at the expense of Messrs. Goldshed and Levi? What was the workhouse for? This perpetual pressure was a sore trouble to the poor woman, who had come to love the children as if they were her own; and after one of Mr. Levi's minatory visits she often lay awake sobbing, in the terror and yearnings of her unspeakable affection, whilst its unconscious objects lay fast asleep by her side.

Del señor Levi, en su tono habitual, la señorita Rumble había recibido instrucciones completas para la recepción y entretenimiento de su nuevo inquilino, el señor Dingwell. No podía decir cuándo llegaría, ni el día ni la hora; y ya habían transcurrido varios días y no se había producido ninguna llegada. Esa noche había ido a "la tienda", así designada, como si hubiera habido una en Londres, para pagar un chelín y siete[Pág. 58] peniques con mucho cuidado, dejando a su sobrina y sobrino a cargo de la vela y de la casa, y delectando su catecismo para el día siguiente.

Un golpe llegó a la puerta; no es tímido ni amenazante; una especie de doble golpe, entregado con un bastón; en general, una convocatoria aguda pero caballerosa, a la que la pequeña compañía allí reunida no estaba acostumbrada. Los niños apartaron los ojos del libro que tenían ante ellos y miraron la puerta sin responder. Se abrió con un pestillo, que, sin más preámbulos, se levantó, y un señor alto, canoso, encorvado y de piel muy morena, miró inquisitivamente, y dijo, con una sonrisa que no era agradable, y una voz no fuerte pero algo áspera y fría

"¿La señora o la *señorita* Rumble por aquí, queridos?"

"Señorita Rumble, esa es la tía, por favor, señor"; respondió la niña, deslizándose de su silla y haciendo una cortesía.

"Bueno, *ella es* la dama con la que quiero hablar, mi amor. ¿Dónde *está*?" —dijo el caballero, mirando alrededor de la acogedora habitación por debajo de sus cejas blancas con un par de ojos fríos, grises e inquietos.

"Ella es - ella es" - titubeó el niño.

"No en la cama, ya veo; ni en el armario" (la puerta del armario estaba abierta). "¿Está subiendo por la chimenea, mi encantadora niña?" [Pág. 59]

—No, señor, por favor; ha ido a casa de la señora Chalk a comer tocino.

"¿La Sra. Chalk es por el tocino?" repitió el caballero. —¡Muy bien! ¡Excelente mujer! Excelente tocino, me atrevería a decir. ¿Pero a qué distancia está? ¿Cuándo volveremos a tener a tu tía?

"A la vuelta de la esquina, por favor, señor; la tía nunca se queda sin tiempo", respondió el niño. "¿Podrías llamar de nuevo?"

"¡Jovencita encantadora! ¡Tan consumada! ¿Quién te enseñó tu gramática? Tan educada, tan *sospechosa*. ¿Sabes el significado de esa palabra, querida?"

"No, señor, por favor."

Y le agradezco enormemente su invitación para volver a llamar; pero su compañía me parece demasiado agradable para pensar en marcharme; así que, si me lo permite ... y cierra la puerta, mi dulce niña; muchas gracias ... Me haré el honor de sentarme, si me lo permite, y seguir disfrutando de su agradable conversación, hasta que su tía regrese para favorecernos con su encantadora presencia ... y tocino.

El anciano caballero miraba por debajo de sus cejas, de esquina a esquina de esta acogedora habitación; un hábito incómodo, no curiosidad; y, durante su discurso ceremonioso, siguió inclinándose [Pág. 60] y sonriendo, y dejó un bolso de cuero negro que tenía en la mano, sobre la mesa de reparto, junto con su bastón, se quitó los guantes y se calentó las manos ante el minúsculo fuego. Cuando estaba de espaldas a ellos, los niños intercambiaron una mirada, y el niño parecía asustado y a punto de romper a llorar.

" ¡*Hish!* ", Susurró la niña, alarmada, porque no podía decir qué efecto podría tener la demostración en el extraño, " ¡*tranquilo!* ", Y agitó el dedo en

advertencia urgente a Jemmie. "Un caballero *muy* agradable, que tiene dinero para la tía , ¡ *ahí está* !"

Así que las lágrimas que asomaban a los grandes ojos de Jemmie no fueron seguidas por un grito, y el caballero, con el sombrero y la bata puesta, estaba ahora de espaldas a la pequeña hoguera, mirando, a su manera inquieta, a los niños. cabezas, con sus ojos blancos y fríos, y la misma sonrisa. Había una idea de ensueño rondando la cabeza de Lucy Maria de que este caballero era muy parecido a un animal blanco que había visto en los Jardines Zoológicos de Surrey cuando su tío la invitó a ese instructivo espectáculo; la misma clase de sonrisa cruel, y la misma oscilación inquieta ante los barrotes de su jaula.

"¡Oye! ¿Entonces ella regresará de nuevo?" dijo, recordando la presencia de los dos niños; "la excelente dama, su tía, quiero decir. Excelente[Pág. 61] apartamento este es, pero me llama la atención, apenas lo suficientemente *iluminado* , ¿eh? *Una* vela de medio penique, por brillante que sea, difícilmente puede hacer justicia a una habitación así; bastante ahusado, muy bonito, ¿no? ¡Qué buena grasa de cordero, mi querida señorita, y un rapé tan fino y largo, como una chimenea, con un sombrero de cuáquero encima, no se ven cosas tan bonitas en todas partes! ¿Y quién es este joven caballero, que disfruta de la distinción de ser admitido en su salón? una página, o qué? "

"Es Jemmie, señor; levántese e inclínese ante el caballero, Jemmie".

Jemmie se dejó caer al suelo e hizo una reverencia muy alarmada, con sus grandes ojos mirando con desprecio el rostro del visitante.

"Estoy encantado de conocerlo. ¡Qué gracia y tranquilidad! ¡Es perfectamente encantador! Me siento demasiado honrado, Sr. Jemmie. ¡Y también me he levantado tan exquisitamente! Solo hay un pequeño refinamiento de inodoro que me atrevería a recomendar. La digna dama, la Sra. Chalks, que aporta tocino a esta casa y, supongo, velas, podría, me atrevería decir, proporcionar también otro lujo, con el que no está tan familiarizado, llamado *jabón*, uno de los pocos perfectamente cosméticos seguros. Por favor, Pruébalo; lo encontrarás soluble en agua. ¡Y, ho? ¡leyendo también! ¿Qué has estado leyendo de ese exquisito volumen?[Pág. 62]

"Catecismo, por favor señor", respondió la niña.

"Ho, Catechism? Delightful! What a wonderful people we English are!" The latter reflection was made for his own entertainment, and he laughed over it in an undertone. "Then your aunt teaches you the art of godliness? You've read about Babel, didn't you?—the accomplishment of getting up to heaven is so nice!"

"Sunday school, sir, please," said the girl.

"Oh, it's *there* you learn it? Well, I shall ask you only one question in your Catechism, and that's the first—what's your name?"

"Lucy Maria."

"Well, Lucy Maria and Mr. Jemie, I trust your theological studies may render you at last as pious as I am. You know how death and sin came into the world, and you know what they are. Sin is doing anything on earth that's pleasant, and death's the penalty of it. Did you ever see any one dead, my sweet child—not able to raise a finger or an eyelid? rather a fix, isn't it?—and screwed up in a stenching box to be eaten by worms—all alone, under ground? *You'll* be so, egad, and your friend, Jemie, there, perhaps before me—though I'm an old boy. Younkers go off sometimes by the score. I've seen 'em trundled out in fever and plague, egad,[Pg 63] lying in rows, like plucked chickens in a poulterer's shop. And they say you have scarlatina all about you *here*, now; bad complaint, you know, that kills the little children. You need not frighten yourselves though, because it *must* happen, sooner or later—die you *must*. It's the penalty, you know, because Eve once eat an apple."

"Yes, sir."

"Rather hard lines on us, isn't it? She eat an apple, and sin, and death, and colic—I never eat an apple in consequence—*colic* came into the world, and cider, as a consequence—the worst drink ever invented by the devil. And now go on and learn your Church Catechism thoroughly, and you'll both turn into angels. Upon my life, I think I see the feathers beginning to sprout from your shoulders already. You'll have wings, you know, if all goes right, and tails for anything I know."

The little boy looked in his face perplexed and frightened—the little girl, answering his haggard grin with an attempted smile, showed also bewilderment and dismay in her eyes. They were both longing for the return of their aunt.

Childish nature, which is only human nature without its scarf skin, is always afraid of irony. It is not its power, but its treachery that is[Pg 64] dreadful—the guise of friendship hiding a baleful purpose underneath. One might fancy the seasoned denizens of Gehenna welcoming, complimenting, and instructing new comers with these profound derisions. How children delight in humour! how they wince and quail under irony! Be it ever so rudely fashioned and clumsily handled, still it is to them a terrible weapon. If children are to be either ridiculed or rebuked, let it be honestly, in direct terms. We should not scare them with this jocularity of devils.

Having thus amused himself with the children for a time, he unlocked his leather bag, took out two or three papers, ordered the little girl to snuff the candle, and pulled it across the table to the corner next himself, and, sitting close by, tried to read, holding the letter almost in the flame, screwing his white eyebrows together, and shifting his position, and that of the candle also, with very little regard to the studious convenience of the children.

He gave it up. The red and smoky light tried his eyes too severely. So, not well pleased, he locked his letters up again.

"Cat's eyes—owls! How the devil they read by it passes my comprehension. Any more candles here—hey?" he demanded with a sudden sharpness that made the children start.[Pg 65]

"Three, please sir."

"Get 'em."

"On the nail in the closet, please sir."

"Get 'em, d—n it!"

"Closet's locked, please sir. Aunt has the key."

"Ha!" he snarled, and looked at the children as if he would like to pick a quarrel with them.

"¿Tu tía te permite apagar el fuego en noches como esta? ¿Eh? Eres una joven encantadora, *tú* ... y este joven caballero, en modales y apariencia, todo lo que la tía más orgullosa podría desear; pero tengo curiosidad. para saber si uno o el otro es de la más mínima utilidad terrenal; y, en segundo lugar, si tiene una vara de abedul en ese armario, ¿eh? y de vez en *cuando* te *azota*, ¡ja, ja, ja! es insignificante, el dolor no vale la pena mencionarlo, y pronto terminará, pero los efectos morales son admirables, mejores y más duraderos, créame, que todos los catecismos de Paternoster Row ".

El anciano parecía muy complacido por sus propias bromas y se rió con saña mientras miraba a los niños.

-¿No me dijiste una mentira, espero, querida, de tu tía? Ella tardará mucho en venir; y, te digo, pon un poco de carbón al fuego, ¿quieres?[Pág. 66]

"El carbón está encerrado, por favor, señor", dijo el niño, que cada minuto le tenía más miedo.

"Dios, me parece que esa mujer digna tiene miedo de que te llesves los ladrillos y el yeso. ¿Dónde está el atizador? Encadenado a la pared, supongo. Bueno, hay

una queja llamada cleptomanía: viene con una especie de irritación en la punta de los dedos, y no me sorprendería que tú y tu amiga Jemmie, allí, lo hubieras conseguido ".

Jemmie miró las puntas de sus dedos y el rostro del caballero, con ansioso asombro.

"Pero hay una cura para eso, esencia de caña, y si eso no funciona, un amuleto mayúsculo, nueve colas de gato gris, aplicadas bajo la dirección competente. Tu tía parece entender ese trastorno, comienza con una picazón en los dedos, y termina con un dolor en la espalda, ¡ja, ja, ja! Son un par de teólogos y, si han leído a John Bunyan, sin duda comprenden y disfrutan de una alegoría ".

—Sí, señor, por favor, lo haremos —respondió la pobre Lucy María, en su perplejidad.

Y seremos muy buenas amigas, señorita Maria Louise, o como se llame, no lo dudo, siempre que no me juegue una mala pasada y haga exactamente lo que le diga; y, por mi alma, si[Pág. 67]no, hasta sacar al diablo de mi bolsillo y asustarlo fuera de su juicio, lo haré ... ¡ja, ja, ja! ¡Tan seguro como usted vive, en *ataques* !

Y el anciano, con una fea sonrisa en sus finos labios y un ceño fruncido entre sus cejas blancas, fijó su mirada reluciente en el niño y meneó la cabeza.

Puede estar seguro de que se sintió aliviada cuando, en ese momento, escuchó los conocidos pasos de su tía en el vestíbulo, el pestillo se abrió, la puerta se abrió y entró la señorita Rumble.

---

[Pág. 68]

## CAPITULO VII.

### SEÑOR. DINGWELL SE HACE CÓMODO.

" ¡AH! - *ho!* Usted es la señorita Rumble - ¿eh?" —dijo el anciano, fijando una mirada escrutadora por debajo de sus cejas blancas sobre Sally Rumble, que estaba en el umbral de la puerta, asombrada, no sin mezcla de alarma; porque las personas que permanecen cada hora en presencia de Giant Want, con su espada en la garganta, han perdido la fe en la fortuna y hace tiempo que dejaron de esperar un hada benévola en cualquier extraño que se presente con dudas y anticipe más bien a un enemigo. Entonces, mirando fijamente al caballero que

estaba de pie frente a la pequeña fogata, con el sombrero puesto y la luz de la solitaria vela que brillaba en su semblante nada agradable, le hizo una cortesía un poco asustada y reconoció que era Sally. Rumble, aunque no supo qué seguiría.

"Estuve esperando; vine aquí para verte, reza, cierra la puerta, de dos caballeros, judíos a quienes conoces, *amigos, no te inquietes*. [Pág. 69]—Amigos *míos*, amigos *suyos* —Mr. Goldshed y el Sr. Levi, los tipos más amables, dulces y agudos del mundo, y aquí hay una nota de ellos: ¿puedes *leer* ? "

"¡Lea! La ley lo bendiga, sí, señor", respondió Sally.

"Gracias por la bendición: lea la nota; es sólo para decirle que soy la persona que mencionaron esta mañana, señor Dingwell. ¿Están listas las habitaciones? Puede hacerme sentir cómodo, ¿eh?"

"De manera humilde, señor", respondió ella con cortesía.

—Sí, por supuesto; soy un tipo humilde y ... escuché que es usted una joven sensata. Estos pequeños cántaros de aquí, por supuesto, tienen oídos: diré todo lo que sea necesario a medida que subimos: hay un Un tipo con un taxi en la puerta, ¿no? Bueno, hay un pequeño equipaje mío encima; debemos subirlo por las escaleras; darle algo al Hamal para que eche una mano; pero primero déjeme ver mis habitaciones.

—Sí, señor —dijo Sally, con otra cortesía, sin saber qué significaba Hamal. Y el señor Dingwell, tomando su bolso y su bastón, la siguió en silencio, mientras con la vela oscura ella la conducía escaleras arriba.

Encendió un par de velas en el salón. Había algo de fuego en la chimenea. Las habitaciones se veían mejor de lo que esperaba; allí [Pág. 70] Había cortinas y una vieja alfombra turca, y algunos muebles raídos y algunos hermosos.

—Será bien, servirá ... ¡ja, ja, ja! ¡Qué parecido a la tienda de un prestamista! No hay dos cosas que coincidan en ella; pero no está mal: ¿esos tipos judíos, por supuesto, lo hicieron? ¿No es tuyo? —dijo el señor Dingwell.

"Que la ley lo bendiga, no, señor", respondió Sally, con una sonrisa lúgubre y un movimiento de cabeza.

Gracias de nuevo por tu bendición. ¿Y el dormitorio? preguntó él.

Abrió la puerta.

-Espejo mayúsculo -dijo, de pie frente a su tocador- ¡cap-i-tal! Si no fuera por esa gran costura en el medio, ¡ja, ja, ja! ¡Efecto divertido, por Jove! hace más frío de lo habitual, aquí? "

"No, señor, por favor; una linda velada."

"¡Diabólicamente agradable, por Alá! Tengo frío a través de mi gran abrigo. ¿Podrías avivar un poco ese fuego? ¡Oye! ¡Qué gran cama tenemos! ¡Qué borlas y cuerdas! Y, por Jove, tallado ángeles o *Cupidos*, espero Cupidos, en el estribo". dijo, pasando la punta de su bastón por el perfil de uno de ellos. "Debieron haber obtenido una ganga maravillosa. ¡Oye! ¿Espero que nadie haya muerto la semana pasada?"[Pág. 71]

"¡Oh, la! Señor; el señor Levi es un caballero muy delicado; no lo haría por lo que vale."

—¡Oh! No es él, lo sé; muy particular.

El señor Dingwell sostenía el trozo de cortina de damasco entre el dedo índice y el pulgar, y ella imaginó que lo olía suavemente.

"Muy particular, pero lo soy más. Nosotros, los ingleses, somos los perros más sucios del mundo. Deberían conseguir que los turcos les enseñen a lavarse y a estar limpios. Una vez viajé por Oriente, para una casa comercial y saber algo de ellos. ¿Puedes hacer café? "

"Sí, señor, por favor."

"¿Muy fuerte?"

"Sí, señor, seguro."

" *Muy*, mente. Tan fuerte como el diablo tiene que ser, y lo más claro-como su conciencia." Mientras hablaba, estaba sacando una caja de hojalata. —Aquí está. Lo conseguí, olvido el nombre, en un gran lugar, cerca de uno de sus puentes. Supongo que es tan bueno como cualquiera que se pueda tomar en este lugar. Por supuesto que no *todo es* café. Debemos ir a los *paganos* para eso; pero si no han molido esqueletos tostados, o nada sucio en ellos, estoy contento. Me han dicho que no puedes comer o beber un bocado aquí sin tragarte algo que nunca esperaste. . Todo está drogado. ¡Mira a nuestros Caiquejees! No tienes tales hombres en tu caballo acolchado-[Pág. 72]guardias. ¿Y de qué viven? ¡Una costra de pan integral y un melón, y de vez en cuando un plato de pilauf! Pero es bueno, es puro, es lo que se llama a sí mismo. Ustedes d —— d cristianos tramposos, son un oprobio para el comercio y la civilización; ustedes son los mejores idiotas del mundo, con todos sus policías y espías. Por qué es solo para *quererlo* y tú *no* ; lo dejas continuar. ¡Seguramente somos un pueblo horrible! "

"¿Azúcar, por favor, señor?"

"No gracias."

"¿Toma leche, señor?"

¡Dios no lo quiera! ¡Leche, en verdad! Le diré una cosa, señora ... ¿Cómo se llama? Le digo, si el sultán tuviera algunos de sus grandes compañeros, sus tenderos, panaderos, lecheros y cerveceros, ¡egad! por ahí, tendría 'em en sus caras feas y bastinado sus grandes pies en pudín de natillas! he visto compañeros, y me alegro diabólica *fue* a verlo, te puedo decir-gritando como cerdos atascados, y sus ojos empezando por sus cabezas, y sus pies como bolsas de gelatina de grosella negra, ¡ja, ja, ja! —por mucho menos. Ahora, ya ve, señora, tengo altas nociones de honestidad; y este estuche de hojalata Te voy a dar, me darás tres tazas pequeñas de café, tan fuerte como te he descrito, seis veces más, ¿entiendes? —seis veces tres, dieciocho, *dieciocho* tazas pequeñas de café;[Pág. 73]y no dejes que los cachorros de esos pequeños zorras que bajan las escaleras se entrometan. Diles que sé lo que estoy haciendo, y será mejor que no, ja, ja, ja! ni con nada que me pertenezca, al valor de una sola piastra ".

La señorita Sarah Rumble estaba bastante consternada por la jubilosa severidad de la moral del señor Dingwell. Ella se habría alegrado si él hubiera tenido un giro de cortesía menos agudo y cruel. Su corazón estaba apesadumbrado, y se deseaba una feliz liberación, y tenía una vaga alarma acerca de que los pobres niños cayeran bajo sospecha y de todo lo que pudiera seguir. ¿Pero qué podía hacer ella? La pobreza es tan impotente y tiene tan poco tiempo para sopesar las cosas con madurez o prepararse para cualquier cambio; sus manos siempre están tan llenas, su estómago tan vacío y su espíritu tan aburrido.

"Ojalá esas malditas cortinas estuvieran fuera de la cama", y de nuevo pasaron por el mismo proceso repugnante; ¡Y la ropa de cama, egad! Aquí no purifican nada. ¿Tú *tampoco* sabes *nada* de ellos , por supuesto? No, pero a ellos no les gustaría matarme. *No* ; eso no serviría. Golpear su pequeño juego en la cabeza , ¿eh? Supongo que *está* bien. ¿Qué es lo que prevalece aquí ahora? ¿Qué tipo de ... quiero decir qué tipo de *muerte* , fiebre, viruela o escarlatina, eh? ¿Hay muchas enfermedades?[Pág. 74]

—Nada casi nada, señor; un poco de sarampión entre los niños.

"No hay objeción a eso; les hace bajar un poco y no nos molesta. Pero ¿qué hay entre la gente *adulta* ?"

"Nada que significar en la corte aquí, durante casi tres meses".

"Y *luego* , señora, ¿qué *era* , reza? Déselo a su chico" (eran sus botas); "Déjele que se las frote, señora, no es demasiado joven para empezar; y, ¡vaya! Será mejor que también las haga *bien* ". y metiendo los pies en un gran par de

pantufas, volvió a su pregunta: "¿Qué enfermedad había *entonces* , señora, hace tres meses, aquí en este pequeño y agradable patio de prisión de un lugar? ¿Eh?"

"Fiebre, por favor, señor, en el número 4. Tres lo tomaron, por favor: dos de ellos fueron al hospital".

"¿Y nunca se fue?"

"No lo sé, de hecho, señor, y uno murió, por favor, señor, aquí en la corte, y dejó tres niños pequeños".

"¿Espero que se hayan ido?"

"Sí, señor, por favor."

"Bueno, eso es una liberación. ¡Descanse su alma, está muerto! Como dice nuestro bardo inmortal, que lo dice todo mucho mejor que nadie; y descanse nuestras almas, *se han* ido con su vil ruido.[Pág. 75]la cuenta de la mortalidad no tiene mucho que significar; y haz ese café, ¿ves? en este momento, y déjame tomarlo tan caliente como, como la morada final de los disidentes y católicos, veo que crees en el Catecismo de la Iglesia, de inmediato, por favor, hasta el próximo habitación."

Así que, con cortesía, Sally Rumble salió de la habitación con la caja de café en la mano.

---

[Pg 76]

## CAPITULO VIII

### EL HOSPITALARIO Y SU DAMA.

SALLY estaba comenzando a concebir un gran temor por su invitada, y siendo el terror el principal resorte de la actividad, en un tiempo maravillosamente corto se hizo el café, y ella, con Lucy Maria sosteniendo la vela detrás de ella, golpeando lo que llamaban el dibujo. -Puerta de la habitación. Cuando, obedeciendo su orden, entró, él estaba junto a la chimenea, mirándola a través de una atmósfera casi nebulosa por el humo del tabaco. Se había puesto su bata, que era verde guisante y un fez escarlata, y estaba de pie con su sonrisa inquisitiva y ceño fruncido, y la pipa larga un poco apartada de los labios.

"Oh, ¿eres tú? Sí; nadie, te importa, excepto el Sr. Larkin, o el Sr. Levi, o el Sr. Goldshed, alguna vez viene a mí, siempre encantado de verte a *ti* y a *ellos*, pero ahí termina mi público. ; entonces, mi querida señora, si alguien pide ver al señor Dingwell, de Nueva York en América,[Pág. 77] simplemente dicen que no hay tal persona aquí, sí, there's- *no - como - persona - aquí* -upon mi honor. Y no eres una verdadera mujer si no lo dices con placer, porque es una mentira ".

Sarah Rumble hizo una cortesía afirmativa.

Olvidé darle esta nota, mi carta de presentación. Mire, señora, tómela y léala, si puede. Viene de esas arañas eminentes, los señores Goldshed y Levi, sus propietarios, no son ellos? "

Otra cortesía de la grave y de cejas oscuras Miss Rumble reconoció el hecho.

"Es agradable estar acreditado por tales caballeros, buenos propietarios, me atrevería a decir."

"No tengo nada que decir contra el Sr. Levi; y estoy dispuesta a decir, señor, que el depósito de mi alquiler siempre se paga puntualmente", dijo.

"Yes, just so—capital landlord! charming tenant; and I suspect if you didn't, they'd find a way to make you—eh? Your coffee's not so bad—you may make it next time just a degree stronger, bitter as wormwood and verjuice, please—black and bitter, ma'am, as English prejudice. It isn't badly made, however—no, it *is* really *good*. It isn't a common Christian virtue, making good coffee—the Mahometans have a knack of it, and you must be a bit of a genius, ma'am, for I think you'll make it very respectably by to-[Pg 78]morrow evening, or at latest, by next year. You shall do everything well for me, madam. The Dingwells are always d—d flighty, wicked, unreasonable people, ma'am, and you'll find me a regular Dingwell, and *worse*, madam. Look at me—don't I look like a vampire. I tell you, ma'am, I've been buried, and they would not let me rest in my grave, and they've called me up by their infernal incantations, and here I am, ma'am, an evoked spirit. I have not read that bit of paper. How do they introduce me—as Mr. Dingwell, or Mr. Dingwell's ghost? I'm wound up in a sort of way; but I'm deficient in blood, ma'am, and in heat. You'll have to keep the fire up always like *this*, Sra. Rumble. Será mejor que te importe, o me tendrás un poco demasiado como un cadáver para ser agradable. ¡Dios! Me asusto en el vaso, señora. No es lo que ellos llaman la transfusión de sangre *ahora* , señora, y una cosa muy sensible que es. Reza, ¿no te parece?

"Supongo que lo que dice es correcto, señor."

"Cuando un tipo sale de la tumba, señora, eso es jerez en esa botella; tenga la amabilidad de llenar este vaso, tiene frío y quiere sangre, señora Rumble. Un

galón o algo así, transfundido en mis venas no me haría daño. No se puede *hacer* sangre lo suficientemente rápido para el desgaste de la vida, especialmente en un lugar como la alegre Inglaterra, ya que [Pág. 79] lo llaman los poetas, y la alegre Inglaterra está tan húmeda como una de tus bóvedas de cadáveres debajo de tus sucias iglesias. ¡Dios! es suficiente para hacer que un pobre fantasma como yo se convierta en vampiro, y drenar a esos mocosos rosados tuyos ... ¡ja, ja, ja! - *tus* hijos, ¿verdad, señora Rumble ... eh?

—No, señor, por favor, los hijos de mi hermano.

—Tu *hermano* ... ¡ho! No vive *aquí*, espero.

"Está muerto, señor."

"Muerto, ¿verdad?"

"Cinco años el pasado mes de mayo, señor."

"¡Oh! Eso es bueno. ¿Y su madre? - Un poco más de jerez, por favor."

—¡Han muerto unos cuatro años, pobrecito! Son huérfanos, señor, por favor.

"¡Dios! *Por* favor, es un arreglo capital, señora, ya que *están* aquí, y no debe dejarlos ir entre los niños que pululan por lugares como este. ¡Dios! no le gusta la escarlatina o la viruela, ni ningún tipo o descripción de sus enfermedades infantiles".

"Son muy saludables, señor, gracias", dijo la grave Sarah Rumble, confundiendo un poco la tendencia del Sr. Dingwell.

"Me alegro mucho de escucharlo, señora."

"Muy amable de su parte, señor", dijo ella con cortesía. [Pág. 80]

"Amable, por supuesto, sí, muy amable", repitió.

"Muy saludable, de hecho, señor, estoy agradecido de decirlo".

—Bueno, sí, se ven bien, para mocosos de la ciudad, ya sabes, regordetes y rosados, cuélguelos, odres de vino tinto dulce; ¡egad! más jerez, gracias, señora. ¿Algún lugar cerca de aquí donde vendan hielo?

"Sí, señor, allí está la tienda hecha por el señor Candy, en Love Lane, señor."

"Debe hacer arreglos para conseguirme una libra, o algo así, todos los días a las doce en punto, desmenuzado en terrones, como azúcar, y guardarlo en un sótano frío, ¿le importa, señora?"

"Sí, señor, por favor."

"¿Qué edad tiene *usted* ?, Señora Bueno, *no* , no es necesario que importa- apenas una pregunta justa, una mujer, una constante señora que ha visto el mundo- *alguna* cosa de ella, eh?" dijo el; "por lo que tienen *que* -Soy un viejo constante, egad! -Me debe dar un llavín, señora."

"Sí señor."

—Unos diez o doce años nos verán salir; cosa curiosa la vida, señora, ¿eh? ¡Ja, ja, ja! —Taza chispeante, señora, mientras dure— *algunas* veces; lástima que el frasco tenga tan pocos vasos, y es plano tan pronto, ¿no es así, señora? "[Pág. 81]

"Nunca bebí vino, señor, sino una vez".

"¡No! ¿Dónde fue eso?"

En la boda del señor Snelly, veinte años después.

"¡Caramba! Sería un buen turco, señora, no me confunda, es sólo que no beben vino. Entonces ha encontrado la vida como un negocio cuesta arriba, ¿eh?"

La Sra. Rumble suspiró profundamente, negó con la cabeza y dijo:

"He hecho mis pruebas, señor."

"¡Ja, ja, ja! Claro, ¿por qué no? Entonces estás un poco *cansado* , me atrevería a decir; ¿qué piensas de la muerte?"

"Ojalá estuviera listo, señor."

"Un tipo feo, ¿eh? No me gusta su olor, señora."

"Tenemos nuestras esperanzas, señor".

"¡Oh! Esperanza segura y segura, sí, la resurrección, ¿eh?"

—Sí, señor, sólo hay una cosa que me preocupa: esos pobres niños pequeños. No me importaría lo pronto que me fuera si pudieran hacerlo por sí mismos.

"They do that very early in London—girls especially; and you're giving them such an excellent training—Sunday school—eh—and Church Catechism, I see. The righteous are never forsaken, my excellent mother used to tell me; and if the Catechism does not make little Miss what's-[Pg 82]her-name righteous, I'm afraid the rosy little rogue has a spice of the devil in her."

"God forbid, sir."

"Amen, of course. I'm sure they're all right—I hope they are—for I'll whip 'em both; I give you fair warning, on my honour, I will, if they give me the least trouble."

"I'll be very careful, sir, and keep them out of the way," said the alarmed Sarah Rumble.

"Oh! I don't care about *that*; *let 'em* run about, as long as they're good; I've no objection in life to children—quite the contrary—plump little rogues—I like 'em—only, egad! if they're naughty, I'll turn 'em up, mind."

Miss Rumble looked at him with as much alarm as if the threat had been to herself.

He was grinning at her in return, and nodded once or twice sharply.

"Yes, ma'am, lollypops and sugar-candy when they're good; but, egad! when they're naughty, ma'am, you'll hear 'em squalling."

Miss Rumble made an alarmed courtesy.

"Gad, I forgot how cold this d——d town is. I say, you'll keep a fire in my bedroom, please; lay on enough to carry me through the night, do you mind?"

"Yes, sir."

"And poke this fire up, and put some more[Pg 83] wood, or coal, on it; I don't expect to be ever warm again—in *this* world, eh?—ha, ha, ha! I remember our gardener, when we were boys, telling me a story of a preacher in a hard frost, telling his congregation that hell was a terribly cold place, lest if he described what good fires they kept there they'd all have been wishing to get into it. Did you ever know any one, ma'am, of my name, *Dingwell*, before, eh? Where were you born?"

"London, sir, please."

"Ho! Canterbury was *our* place; we were great people, the Dingwells, there once. My father failed, though—fortune of war—and I've seen all the world since; 'gad, I've met with queer people, ma'am, and one of those chances brings me here now. If I had not met the oddest fish I ever set my eyes on, in the most out-o'-the-way-place on earth, I should not have had the happiness of occupying this charming apartment at this moment, or of making your acquaintance, or that of your plump little Cupid and Psyche, down stairs. London, I suppose, is pretty much what it always was, where any fellow with plenty of money may have plenty of fun. Lots of sin in London, ma'am, eh? Not quite so good as Vienna. But the needs and pleasures of all men, according to their degree, are wonderfully[Pg 84] provided for; wherever money is there is a market—for the cabman's copper and the guinea of the gentleman he drives—everything for money, ma'am—bouquets, and smiles, and coffins, wooden or leaden, according to your relative fastidiousness. But things change very fast, ma'am. Look at this map; I should not

know the town—a wilderness, egad! and no one to tell you where fun is to be found."

She gazed, rather frightened, at this leering, giggling old man, who stood with his shoulders against the chimney-piece, and his hands tumbling over his shillings in his pockets, and his sinister and weary face ever so little flushed with his sherry and his talk.

"Well, if you can give a poor devil a wrinkle of any sort—hey?—it will be a charity; but, egad! I'm as sleepy as the Homilies," and he yawned direfully. "Do, like an angel, go and see to my room, I can scarcely keep my eyes open."

From the next room she heard him *hi-yeawing* in long-drawn yawns, and talking in snatches to himself over the fire, and when she came back he took the candle and said,—

"Beaten, ma'am, fairly beaten to-night. Not quite what I was, though I'm good for something still; but an old fellow can't get on without his sleep." [Pg 85]

Mr. Dingwell's extraordinary communicativeness would have quite charmed her, had it not been in a faint way racy of corruption, and followed with a mocking echo of insult, which she caught, but could not accurately interpret. The old rascal was irrepressibly garrulous; but he was too sleepy to talk much more, and looked ruefully worn out.

He took the bed-room candle with a great yawn, and staggering, I am bound to say only with sleep, he leaned for a moment against the doorway of his room, and said, in his grimmer vein,—

"You'll bring me a cup of coffee, mind, at eight o'clock—*black*, no milk, no sugar—and a bit of dry toast, as thin as a knife and as hard as a tile; *do* you understand?"

"Yes, sir."

"And why the devil don't you say so? And, lest I should forget, Mr. Levi will be here to-morrow, at eleven, with another gentleman. Show them both up; and, I say, there are several things I'm particular about, and I'll put them on paper—egad! that's the best way—to-morrow, and I'll post it up in my room, like a firmaun, and you had better attend to them, that's all;" and holding up his candle, as he stood in the doorway, he gazed round the bed-room, and seemed [Pg 86] satisfied, and shut the door sharply in her face, without turning about, or perhaps intending that rudeness, as she was executing her valedictory courtesy.

---

## CHAPTER IX.

### IN WHICH MR. DINGWELL PUTS HIS HAND TO THE POKER.

AT eleven o'clock next morning, Mr. Dingwell was refreshed, and ready to receive his expected visitors. He had just finished a pipe as he heard their approaching steps upon the stairs, and Miss Sarah Rumble pushed open the door and permitted Mr. Levi and his friend to enter and announce themselves. Mr. Dingwell received them with a slight bow and a rather sarcastic smile.

Mr. Levi entered first, with his lazy smile showing his glittering fangs, and his fierce, cunning, prominent eyes swept the room, and rested on Mr. Dingwell. Putting down his hat on the middle of the narrow table, he stooped across, extending his lank arm and long hand toward the white-headed old man with the broad forehead and lean brown face, who happened to turn to the chimney-piece just then, to look for a paper, and so did not shake hands.[Pg 88]

"And Mr. Larkin?" said Mr. Dingwell, with the same smile, as he turned about and saw that slim, bald, pink-eyed impersonation of Christianity overtopping the dark and glossy representative of the Mosaic dispensation.

"Sit down, pray—though—eh?—has my friend, Miss Rumble, left us chairs enough?" said Mr. Dingwell, looking from corner to corner.

"Quite ample; thanks, many thanks," answered Mr. Larkin, who chose, benignantly, to take this attention to himself. "Three chairs, yes, and three of us; pray, Mr. Dingwell, don't take any trouble."

"Oh! thank you; but I was not thinking of taking any trouble, only I should not like to be left without a chair. Miss Sarah Rumble, I dare say she's very virtuous, but she's not brilliant," he continued as he approached. "*There*, for instance, her pot-house habits! She leaves my old hat on the centre of the table!" and with a sudden sweep of the ebony stem of his long pipe, he knocked Mr. Levi's hat upon the floor, and kicked it into the far corner of the room.

"Da-a-am it; that'sh my hat!" said Mr. Levi, looking after it.

"So much the better for *me*," said Mr. Dingwell, with an agreeable smile and a nod.

"An error—quite a mistake," interposed Mr.[Pg 89] Larkin, with officious politeness. "Shall *I* pick it up, Mr. Levi?"

"Leave it lay," said Mr. Levi, sulkily; "no use now. It's got its allowance, I expect."

"Gentlemen, you'll not detain me longer than is necessary, if you please, because I hate business, on *principle*, as a Jew does ham—I beg pardon Mr. Levi, I forgot for a moment—the greatest respect for your religion, but I do hate business as I hate an attorney—'Gad! there is my foot in it again: Mr. Larkin, no reflection, I assure you, on your excellent profession, which everyone respects. But life's made up of hours: they're precious, and I don't want to spoil 'em."

"A great trust, sir, a great trust, Mr. Dingwell, is *time*. Ah, sir, how little we make of it, with eternity yawning at our feet, and retribution before us!"

"*Our* and *us*; you don't narrow it to the legal profession, Mr. Larkin?"

"I speak of time, generally, Mr. Dingwell, and of eternity and retribution as applicable to all professions," said Mr. Larkin, sadly.

"I don't follow you, sir. Here's a paper, gentlemen, on which I have noted exactly what I can prove."

"Can I have it, Mr. Dingwell?" said the[Pg 90] attorney, whose dove-like eyes for a moment contracted with a hungry, rat-like look.

"No, I think, *no*," said Mr. Dingwell, withdrawing it from the long, red fingers extended to catch the paper; Mr. Levi's fingers, at a more modest distance, were also extended, and also disappointed; "anything I write myself I have a kind of feeling about it; I'd rather keep it to myself, or put it in the fire, than trouble the most artless Jew or religious attorney I know with the custody of it: so, if you just allow me, I'll read it. It's only half a dozen lines, and I don't care if you make a note of it, Mr. Larkin."

"Well," he resumed, after he had glanced through the paper, Mr. Larkin sitting expectant *arrectis auribus*, and with a pen in his fingers, "you may say that I, Mr. Dingwell, knew the late Honourable Arthur Verney, otherwise Hakim Frank, otherwise Hakim Giaour, otherwise Mamhoud Ali Ben-Nezir, for five years and two months, and upwards—three days, I think—immediately preceding his death; for the latter four years very intimately. That I frequently procured him small loans of money, and saw him, one way or another, nearly every day of my life: that I was with him nearly twice a day during his last illness: that I was present when he expired, and was one of the three persons who saw him buried:[Pg 91] and that I could point out his grave, if it were thought desirable to send out persons acquainted with his appearance, to disinter and identify the body."

"No need of that, I think," said Mr. Larkin, looking up and twiddling his eye-glass on his finger.

He glanced at Levi, who was listening intensely, and almost awfully, and, reading no sign in his face, he added,—

"*However*, I see no harm in making the note."

So on went Mr. Dingwell, holding a pair of gold glasses over his nose.

"I can perfectly identify him as the Hon. Arthur Verney, having transacted business for him respecting an annuity which was paid him by his family; written letters for him when his hand was affected; and read his letters for him when he was ill, which latter letters, together with a voluminous correspondence found in his box, and now in my possession, I can identify also as having been in *his*."

"I don't see any need, my dear Mr. Dingwell, of your mentioning your having written any letters for him; it has, in fact, no bearing that I can recognise upon the case. I should, in fact, apprehend complicating the case. You might find it difficult to specify, and we to produce, the parti[Pg 92]cular letters referred to; so I should simply say you *read* them to him, at his desire, before he despatched them for England; that is, of course, assuming that you did so."

"Very good, sir; knock it out, and put that in; and I can prove that these letters, which can easily, I suppose, be identified by the writers of them in England, were in his possession, and that several of them I can recollect his having read to me on the day he received them. That's pretty nearly what strikes me—eh?"

"Yes, sir—certainly, Mr. Dingwell—most important; but surely he had a servant; had he not, my dear sir?—an attendant of some sort? they're to be had there for next to nothing, I think," hesitated Mr. Larkin.

"Certainly—so there was—yes; but he started for Egypt in a boat full of tiles, or onions, or something, a day or two after the Hakim was buried, and I'm afraid they'll find it rather hard to find him. I think he said Egypt, but I won't swear."

And Mr. Dingwell laughed, very much tickled, with intense sarcastic enjoyment; so much so that Mr. Larkin, though I have seldom before or since heard of his laughing, *did* suddenly laugh a short, explosive laugh, as he looked down on the table, and immediately looked very grave and sad, and[Pg 93] pinked up to the very summit of his narrow bald head; and coughing a little, he said,—

"Thank you, Mr. Dingwell; this will suffice very nicely for an outline, and I can consult with our adviser as to its particular sufficiency—is not that your impression, Mr. Levi?"

"You lawyer chaps undusta-ans that line of business best; I know no more about it than watch-making—only don't shleep over it, for it's costing us a da-a-am lot of money," said Mr. Levi, rising with a long yawn and a stretch, and emphasising it with a dismal oath; and shutting his great glaring eyes and shaking his head, as if he were being victimised at a pace which no capital could long stand.

"Certainly, Mr. Levi," said the attorney, "you quite take me with you there. We are all contributing, except, perhaps, our valued friend, Mr. Dingwell, our quota towards a very exhausting expense."

"Da-a-md exhausting," interposed Mr. Levi.

"Well, pray allow me my own superlative," said the attorney, with religious grandeur. "I do say it is very exhausting; though we are all, I hope, *cheerfully* contributing——"

"Curse you! to be sure you are," said Mr. Dingwell, with an abrupt profanity that startled Mr. Larkin. "Because you all expect to make[Pg 94] money by it; and I'm contributing my time, and trouble, and danger, egad! for precisely the same reason. And now, before you go—just a moment, if you please, as we are on the subject—who's Chancellor of the Exchequer here?"

"Who advances the necessary funds?" interpreted Mr. Larkin, with his politest smile.

"Yes," said the old man, with a sharp menacing nod. "Which of you two comes down, as you say, with the dust? Who pays the piper for this dance of yours, gentlemen?—the Christian or the Jew? I've a word for the gentleman who holds the purse—or, as we Christians would say, who carries the bag;" and he glanced from one to the other with a sniff, and another rather vicious wag of his head.

"I believe, sir, you may address us both as *voluntary* contributors towards a fund for carrying on, for the *present*, this business of the Honourable Kiffyn Fulke Verney, who will, of course, recoup us," said Mr. Larkin, cautiously.

He used to say sometimes to his conducting man, with a smile, sly and holy, up at the yellow letters of one of the tin deed-boxes on his shelves at the Lodge, after an adroit conversation, "I think it will puzzle him, rather, to make an *assumpsit* out of *that*."

"Well, you talk of *allowing* me—as you term[Pg 95] it—four pounds a week. I'll not take it," said Mr. Dingwell.

"My hye! That'sh liberal, shir, uncommon 'anshome, be Ga-a-ad!" exclaimed Mr. Levi, in a blessed mistake as to the nature of Mr. Dingwell's objection.

"I know, gentlemen, this business can't advance without me—to me it may be worth something; but you'll make it worth a great deal more to yourselves, and whatever else you may find me, you'll find me no fool; and I'll not take one piastre less than five-and-twenty pounds a week."

"Five-and-twenty pounsh!" howled Mr. Levi; and Mr. Larkin's small pink eyes opened wide at the prodigious idea.

"You gentlemen fancy you're to keep me here in this black-hole making *your* fortunes, and living on the wages of a clerk, egad! You shall do no such thing, I promise you; you shall pay me what I say. I'll see the town, sir, and I'll have a few guineas in my pocket, or I'll know the reason why. I didn't come ALL the way here for nothing—d—n you both!"

"Pray, sir, a moment," pleaded Mr. Larkin.

"*Pray*, sir, as much as you like; but *pay*, also, if you please. Upon my life, you *shall*! Fortune owes me something, and egad! I'll enjoy myself while I can." [Pg 96]

"Of course, sir; quite reasonable—so you should; but, my dear Mr. Dingwell, five-and-twenty pounds!—we can hardly be expected, my dear sir, to see our way."

"Gad, sir! *I see mine*, and I'll go it," laughed Mr. Dingwell, with a most unpleasant glare in his eyes.

"On reflection, you will see, my dear Mr. Dingwell, the extreme inexpediency of anything in the least resembling a *fraycas*" (Mr. Larkin so pronounced his French) "in your particular case. I should certainly, my dear sir, recommend a most cautious line."

"Cautious as the devil," seconded Mr. Levi.

"You think I'm afraid of my liabilities," croaked Mr. Dingwell, with a sudden flush across his forehead, and a spasm of his brows over his wild eyes, and then he laughed, and wagged his head.

"That's right—quite right," almost sighed Mr. Larkin—"do—do—*pray* do—just *reflect* for only a *moment*—and you'll *see* it."

"To be sure, I *see* it, and *you* shall see it, too. Egad! I know something, sir, at my years. I know how to deal with screws, and bullies, and schemers, sir—and that is by *going straight* at them—and I'll tell you what, sir, if you don't pay me the money I name, I'll make you regret it." [Pg 97]

For a moment, Mr. Larkin, for one, did almost regret his share in this uncomfortable and highly "speculative" business. If this Mr. Dingwell chose to turn restive and extortionate, it would have been better it had never entered into his ingenious head, and he could already see in the Jew's eyes the sulky and ferocious expression that seemed to forebode defeat.

"If you don't treat me, as I say, with common fairness, I'll go straight to young Mr. Verney myself, and put you out of the baby-house altogether."

"*What babby-houshe?*" demanded Mr. Levi, glowering, and hanging the corners of his great half-open mouth with a sullen ferocity.

"Your castle—in the air—your d—d plot, sir."

"If you mean you're going to turn stag," began the Jew.

"*There—do—pray, Mr. Levi—you—you mistake,*" interposed Mr. Larkin, imploringly, who had heard tales of this Mr. Dingwell's mad temper.

"I say," continued Levi, "if you're going to split——"

"Split, sir!" cried Mr. Dingwell, with a malignant frown, and drawing his mouth together into a puckered ring, as he looked askance at the Jew. "What the devil do you mean by *split*, sir? [Pg 98] 'Gad! sir, I'd split your black head for you, you little Jew miscreant!"

Mr. Larkin saw with a qualm that the sinews of that evil face were quivering with an insane fury, and that even under its sun-darkened skin it had turned pale, while the old man's hand was instinctively extended towards the poker, of which he was thinking, and which was uncomfortably near.

"No, no, *no*, les *ruego*, señores, les *ruego*, sólo *piensen*", instó el señor Larkin, seriamente alarmado por la paz de la reina y su precioso carácter, y por la seguridad personal de su capitalista y de su testigo.

El señor Larkin se enfrentó al judío, con sus grandes manos sobre los hombros del señor Levi, para impedir su avance; pero ese esbelto hebreo, que era un consumado luchador, le dio al piadoso abogado un tirón de los codos que lo hizo girar, para su asombro y disgusto.

—¡Vamos, viejo! —Le dijo el judío con gravedad al señor Larkin, que no había soportado semejante libertad desde que estaba en su escuela diurna barata, hace casi cuarenta años.

Pero el señor Larkin volvió a intervenir, muy alarmado, porque a sus espaldas creyó oír el tintineo de las planchas de fuego.

"Cree que puede decir lo que le plazca", gritó.[Pág. 99] La voz del anciano con furia, con una especie de risa ahogada.

—No, señor ... no, señor Dingwell ... se lo aseguro ... *hágalo* , señor Levi ... ¿cómo *puede* hacerle caso? añadió en voz baja, mientras se paraba en el medio.

"No *me* preocupo por él, Sr. Larkin: sólo que no dejaré que nadie lo dibuje de esa manera. No toleraré una lamida de un atizador por nadie; él no me superará" —y Al mismo tiempo que esto, la voz aguda del Sr. Dingwell estaba gritando:

"¡Porque soy — porque soy — soy — cada maldito pequeño pargo-látigo — porque creen que estoy deprimido, los *miserables* , que debo someterme a sus insultos!"

"Yo *no* quiero hacerle daño, señor Larkin; si lo hiciera, me give'm su té en una taza en este momento, pero yo no, digo sólo que no levantará un póker de *yo* . "

"Nadie, mi querido señor, ha tocado un atizador; nadie, señor Levi, jamás soñó con algo así. Por favor, mi querido señor, mi querido señor Dingwell, no malinterpretes; usamos frases de jerga, ahora y luego, sin el *menor* sentido o falta de respeto: se ha vuelto bastante la tonelada *g* . yo te-lo aseguro era sólo la semana pasada, en el castillo de Nyworth, donde tuve el honor de ser recibido, lady Mary Wrangham usó la frase *de hilo* , por una larga historia."

"Maldita sea, ¿no puedes responder a mi pregunta?"[Pág. 100] —dijo el señor Dingwell, más en su tono acostumbrado.

"Ciertamente, señor, vamos a responder a la misma, Sr. Levi,. *No* salir de la habitación, su presencia en este momento sólo conduce a la excitación."

Levi, por un momento, reflexionó ferozmente, y luego asintió con malhumorado consentimiento.

"Lo alcanzaré en la cancha, Sr. Levi, si puede esperar dos o tres minutos allí".

El judío asintió por encima del hombro y se marchó.

—Señor Dingwell, señor, no puedo, se lo aseguro. No está en mi poder; está en manos de otras personas, sobre quienes, en última instancia, por supuesto, recaerán estos gastos, sancionar el desembolso de forma de asignación semanal, que usted sugiere. Es cierto que soy un contribuyente, pero no exactamente en efectivo; solo en el valor del dinero: asesoramiento, experiencia y conocimientos técnicos. Pero lo solicitaré en el trimestre adecuado, sin demora. Deseo Señor Dingwell, yo *era* el partido; me atrevo a pensar que usted y yo no tardaríamos en arreglar las cosas entre nosotros ".

"No, por supuesto, todos ustedes son tipos tan liberales; siempre es alguien más el que nos pone bajo el tornillo", se rió el Sr. Dingwell, discordantemente, con la cara todavía sonrojada y la mano temblando visiblemente, "usted nunca tenéis el stock vosotros mismos[Pg. 101]No tú, siempre hay, nos dice el señor Sheridan, ya sabes, en esa obra de teatro mayúscula suya, anuncio ..., un tipo inescrupuloso de fondo, y en la obra de Shakspeare, *Shylock*, recuerdas, no tiene dinero. él mismo, pero Tubal, un rico hebreo de su tribu, le proporcionará. ¡Oye! Supongo que le dieron al inmortal Shakspeare un apretón en su día; él los entendió. Pero Shylock y Tubal están muertos y podridos hace mucho tiempo. Es un consuelo que no puedas escapar de la muerte, con toda tu astucia, maldita sea".

Pero el Sr. Larkin habló pacíficamente con el Sr. Dingwell. El gasto, hasta cierto tiempo, recaería, por supuesto, en el señor Kiffyn Verney; después de eso, sin embargo, el Sr. Larkin y la firma judía lo sentirían. Pero sea como fuere, no podían permitirse el lujo de pelear con el señor Dingwell; y el señor Dingwell era un hombre de temperamento caprichoso y furioso.

---

[Pág. 102]

## CAPITULO X.

### CLEVE VERNEY VE EL CHATEAU DE CRESSERON.

ME IMAGINO que estas estimaciones, en una escala bastante grande, impulsadas por el Sr. Dingwell, fueron aceptadas, por razones suficientes, por las partes interesadas en disputarlas.

El Sr. Dingwell se mantuvo muy cerca durante el día. Vagaba lánguidamente de un lado a otro, entre el dormitorio y el salón, con las manos en los bolsillos de la bata y los pies en un par de zapatillas de cuero duro, con los dedos doblados hacia arriba y sin tacones, que repiquetean en las tablas como zuecos.

La señorita Sarah Rumble imaginó que su inquilino se avergonzaba un poco de las ventanas; cuando miró hacia el patio, se quedó a un metro o más del alféizar de la ventana.

El Sr. Larkin, de hecho, no ocultó la incómoda posición del Sr. Dingwell, en sus conferencias con el Excmo. Kiffyn Fulke Verney. El señor Dingwell había estado en quiebra, contra quien[Pág. 103]se habían probado muchas transacciones a las que la Corte había aplicado epítetos forzosos; a quien, de hecho, ese tribunal le

había negado cuartel; y que se había escapado de sus colmillos por milagro. Sin embargo, había sentencias en vigor contra él; cualquier día se podía obtener un orden de arresto; todavía estaba "en desprecio"; Creo que era un "forajido"; y, de hecho, su cabeza tenía todo menos un precio. Así, entre él y su conocido paria, el difunto Hon. Arthur Verney, había subsistido algunos puntos fuertes de simpatía, que sin duda había ayudado a atraerlos a esa intimidación cercana que era el Hon. Kiffyn, nada menos que el señor Dingwell (a cuyo molino le traía una molienda muy cómoda), tan bien en su lugar, en este momento.

It behoved Mr. Dingwell, therefore, to exercise caution. Many years had passed since he figured as a London trader. But time, the obliterater, in some cases works slowly; or rather, while the pleasant things of memory are sketched in with a pencil, the others are written in a bold, legible, round hand, as it were, with a broad-nibbed steel pen, and the best durable japanned ink; on which Father Time works his India-rubber in vain, till his gouty old fingers ache, and you can fancy him whistling curses through his gums, and knocking his bald pate with his knuckles. Mr. Dingwell,[Pg 104] on the way home, was, to his horror, half recognised by an ancient Cockney at Malta. Time, therefore, was not to be relied upon, though thirty years had passed; and Mr. Dingwell began to fear that a debtor is never forgotten, and that the man who is thoroughly dipt, like the lovely woman who stoops to folly, has but one way to escape consequences, and that is to die—a step which Mr. Dingwell did not care to take.

The meeting on the 15th, at the Hon. Kiffyn Fulke Verney's house, Mr. Dingwell was prevented by a cold from attending. But the note of his evidence sufficed, and the consultation, at which Mr. Larkin assisted, was quite satisfactory. The eminent parliamentary counsel who attended, and who made, that session, nearly fifty-thousand pounds, went to the heart of the matter direct; was reverentially listened to by his junior, by the parliamentary agent, by the serious Mr. Larkin, at whom he thrust sharp questions, in a peremptory and even fierce way, like a general in action, to whom minutes are everything; treated them once or twice to a recollection or short anecdote, which tended to show what a clever, sharp fellow the parliamentary counsel was, which, indeed, was true; and talked to no one quite from a level, except to one Hon. Kiffyn Fulke Verney, to whom he spoke confidentially in his ear, and who him[Pg 105]self quickly grew into the same confidential relations.

"I'm glad you take my view—Mr.—Mr. Forsythe—very happy about it, that we should be in accord. I've earned some confidence in my opinion, having found it more than once, I may say, come out right; and it gives me further confidence that you take my view," said the Honourable Kiffyn Fulke Verney, grandly.

That eminent parliamentary counsel, Forsythe, was on his way to the door, when Mr. Verney interposed with this condescension.

"Oh! Ha! Do I? Very happy. What is it?" said Forsythe, smiling briskly, glancing at his watch and edging towards the door, all together.

"I mean the confident view—the cheerful—about it," said the Hon. Mr. Verney, a little flushed, and laying his thin hand on his counsel's arm.

"Certainly—confident, of course, smooth sailing, *quite*. I see no hitch *at present*."

Mr. Forsythe was now, more decidedly, going. But he could not treat the Hon. Kiffyn Verney quite like an ordinary client, for he was before him occasionally in Committees of the House of Commons, and was likely soon to be so in others of the Lords, and therefore, chafing and smiling,[Pg 106] he hesitated under the light pressure of the old gentleman's stiff fingers.

"And you know the, I may say, *absurd* state of the law, about it—there was, you know, my unfortunate brother, Arthur—you are aware—*civiliter mortuus*, stopping the way, you know, for nearly twenty years, about it, ever since my poor father, Lord Verney, you know, expired, about it, and I've been, as you know, in the most painful position—*absurd*, you know."

"*Quite* so; I'm *afraid*—" Forsythe was again edging toward the door.

"And I always contended that where the heir was civilly dead, about it, the law should make proper provision—don't you see?"

"Quite so, only *fair*—a very wise and politic statute—and I wish very much, with your experience, you'd turn your attention to draw one. I'm obliged to be off now, to meet the New Discount directors; consultation at my chambers."

And so, smiling, Forsythe, Q.C., did vanish, at last.

All this over, Mr. Cleve Verney proposed to himself a little excursion, of a day or two, to Paris, to which his uncle saw no objection.

Not very far from the ancient town of Caen, where the comparative quietude of Normandy,[Pg 107] throughout the throes of the great revolution, has spared so many relics of the bygone France, is an old château, still habitable—still, after a fashion, comfortable—and which you may have at a very moderate rent indeed.

Here is an old wood, cut in a quincunx; old ponds stocked with carp; great old stables gone to decay; and the château itself, is indescribably picturesque and sad.

It is the Château de Cresseron—withdrawn in historic seclusion, amid the glories and regrets of memory, quite out of the tide of modern traffic.

Here, by the side of one of the ponds, one evening, was an old lady, throwing in little bits of bread to the carp that floated and flitted, like golden shadows, this way and that, as the crumbs sank in the water, when she heard a well-known voice near her which made her start.

"Good heavens! Mr. Verney! *You* here?" she exclaimed, with such utter wonderment, her little bit of bread raised in her fingers, that Cleve Verney, though in no merry mood, could not help smiling.

"Yes—here indeed—and after all, is it quite so wonderful?" said he.

"Well, of course you know, Mr. Verney, I'm very glad to see you. Of course, you know *that*; but I'm very far from being certain that you have[Pg 108] done a wise or a prudent thing in coming here, and I don't know that, under the circumstances, I *ought* to be glad to see you; in fact, I'm afraid it is *very rash*," said Miss Sheckleton, growing more decided as she proceeded.

"No, not rash. I've been very miserable; *so* miserable, that the worst certainty which this visit might bring upon me would be almost a relief compared with the intolerable suspense I have lived in; therefore, you see, it really is not rash."

"I'm very bad at an argument," persisted the old lady; "but it *is* rash, and *very* rash. You can't conceive," and here she lowered her voice, "the state of exasperation in which he is."

"He," of course, could only mean Sir Booth Fanshawe; and Cleve answered,—

"I assure you, I can't blame him. I don't wonder. I think a great deal has been very wantonly done to aggravate his misfortunes; but surely, he can't fancy that I could sympathise with any such proceedings, or feel anything but horror and disgust. Surely, *you* would not allow him to connect me, however slightly? I *know* you would not."

"My dear Mr. Verney, you don't know Booth Fanshawe, or rather, you do, I believe, know him a great deal too well, to fancy that I could venture to speak to him upon the subject. *That*, I assure[Pg 109] you, is quite out of the question; and I may as well tell you frankly, if he were at home, I mean *here*, I should have begged you at once, inhospitable as it might seem, to leave this place, and trust to time and to letters, but *here* I would not have allowed you to linger."

"He's away from home, then!" exclaimed Cleve.

"Yes; but he'll be back to-night at ten o'clock."

"At ten o'clock," repeated Cleve, and the young man thought what a treasure of minutes there was in the interval. "And Miss Fanshawe—Margaret—she's quite well?"

"Yes, she's quite well," answered kind Miss Sheckleton, looking in his earnest eyes, and thinking that he looked a little thin and pale. "She's quite well, and, I hope, *you* have been."

"Oh, yes," answered the young man, "as well as a man with a good many troubles can be. In fact, I may tell *you*, I've been very unhappy. I was thinking of writing to Sir Booth."

"*Don't*," implored Miss Sheckleton, looking quite wildly into his eyes, and with her hand upon his arm, as if to arrest the writing of that letter, "you have no notion how he feels. I assure you, an allusion—the slightest thing is quite enough to set him in a blaze. The other[Pg 110] day, for instance, I did not know what it was, till I took up the paper he had been reading, and I found there something about the Verney peerage, and proof that Arthur Verney was dead, and your uncle to get it; and really I can't wonder—some people seem so unaccountably fortunate, and others, everything goes wrong with—even *I* felt vexed when I read it, though, of course, any good fortune happening to *you*, I should be very glad of. But he did not see any of us till next day—even Macklin."

"Yes, it is very true," said Cleve, "my uncle *is* dead, and we shall prove it, that is, my uncle Kiffyn will. But you are quite right to distinguish as you do. It involves nothing for me. Since it has come so near, I have lost all faith in it's ever reaching me. I have, I can't call it a conviction, but a *superstition*, that it never will. I must build my own fortunes from their foundations, with my own hand. There is but one success on earth that can make me very proud and very happy. Do you think, that having come all this way, in that hope, on that one chance, that Margaret will see me?"

"I wish you had written to me before coming," said Anne Sheckleton, after a little pause. "I should have liked to find out first, all I could, from herself; she is so odd. I've often told you[Pg 111] that she *is* odd. I think it would have been wiser to write to me before coming over, and I should have talked to her,—that is, of course, if she had allowed me,—for I can't in the least say that she would even hear me on the subject."

"Well," said Cleve, with a sigh, "I have come—I am here—and go I cannot without seeing her—I cannot—and you, I think, are too kind to wish that I should. Yes, Miss Sheckleton, you have been my true friend throughout this—what shall I call it?—wild and terrible dream—for I cannot believe it real—I wonder at it myself—I ought to wish I had never seen her—but I cannot—and I

think on the result of this visit depends the whole course of my life. You'll not see me long, I think, in the House of Commons, nor in England; but I'll tell you more by-and-by."

The sun had gone down now. A red and melancholy glow, rising from piles of western cloud, melted gradually eastward into the deep blue of night in which the stars were already glimmering.

Along one of the broad avenues cut through the forest that debouches upon the court-yard of the quaint old château they were now walking, and, raising his eyes, he saw Margaret approaching from the antique house.

---

[Pg 112]

## CHAPTER XI.

### SHE COMES AND SPEAKS.

"SHE is coming, Mr. Verney," said Miss Sheckleton, speaking low and quietly; but her voice sounded a little strangely, and I think the good-natured spinster was agitated.

Cleve, walking by her side, made no answer. He saw Margaret approach, and while she was yet a good way off, suddenly stop. She had not seen them there before. There seemed no indecision. It was simply that she was startled, and stood still.

"Pray, Miss Sheckleton, do you go on alone. *Entreat* her not to refuse me a few minutes," said he.

"I will—she shall—I will, indeed, Mr. Verney," said Miss Sheckleton, very much fidgetted. "But you had better remain where we were, just now; I will return to you, and—there are some French servants at the house—will you think me very strange—unkind, I am sure, you will *not*—if I say it is only common prudence that you should not[Pg 113] be seen at the house? You understand why I say so."

"Certainly. I shall do whatever you think best," he answered. They had arrested their walk, as Margaret had done, during this little parley. Perhaps she was uncertain whether her approach had been observed. The sun had gone down by this time, and the twilight had begun to make distant objects a little indistinct.

But there was no time for man[oe]uvring here, for Miss Fanshawe resumed her walk, and her cousin, Anne Sheckleton, advanced alone to meet her.

"Margaret, dear, a friend has unexpectedly arrived," began Miss Sheckleton.

"And gone, perhaps," answered Margaret Fanshawe, in one of her moods. "*Better* gone—come, darling, let us turn, and go towards home—it is growing so dark."

And with these words, taking Miss Sheckleton's hand in hers, she turned towards the house, not choosing to see the friend whom that elderly lady had so eagerly indicated.

Strangely did Cleve Verney feel. That beautiful, cruel girl!—what could she mean?—how could she treat him so? Is there not, in strange countries, where people meet, a kindlier impulse than elsewhere?—and here—could anything be[Pg 114] more stony and utterly cruel? The same wonderful *Cenci*—the same low, sweet voice—the same laugh, even—just for a moment heard—but now—how unspeakably cruel! He could see that Miss Sheckleton was talking earnestly to her, as they walked slowly away. It all seemed like a dream. The formal old wood—the grey château in the background, rising, with its round turrets, and conical tops, and steep roofs against the rose-tinted sky of evening; and in the foreground—not two score steps away—those figures—that girl to whom so lately he was so near being all the world—to whom, it now appeared, he was absolutely nothing—oh! that he had never heard, in Shakspeare's phrase, that mermaid voice!

His pride was wounded. With a yearning that amounted to agony, he watched their receding steps. Follow them he would not. He leaned against the tree by which Miss Sheckleton had left him, and half resolved to quit that melancholy scene of his worst disaster without another look or word—with only the regrets of all a life.

When Miss Sheckleton had reached Margaret, before the young lady spoke, she saw, by her unusual paleness and by something at once of pain and anger in her face, that she had seen Cleve Verney.

"Well, Margaret, if you *will* go, you *will*; but,[Pg 115] before you make it irreparable, you must, at least, think."

"Think of what?" said Margaret, a little disdainfully.

"Think that he has come all this way for nothing but the chance of seeing you; of perhaps saying a few words to set himself right."

"If he wished to speak to me, he might have said so," she answered. "Not that I see any reason to change my mind on that point, or any good that can come, possibly, or for ever, if he could talk and I listen for so long."

"Well, but you can't doubt what he has come for," said Miss Sheckleton.

"I don't doubt, because I don't mean to think about it," said the young lady, looking fiercely up toward the gilded weather vanes that glimmered on the grey pinnacles of the château.

"Yes, but it *is* not a matter of doubt, or of thinking, but of fact, for he *did* say so," pleaded Miss Sheckleton.

"I wish we were in Italy, or some out-of-the-way part of Spain," said the handsome girl, in the same vein, and walking still onward; "I always said this was too near England, too much in the current."

"No, dear, it is a quiet place," said good Anne Sheckleton.[Pg 116]

"No, cousin Anne, it is the most *unquiet* place in all the world," answered the girl, in a wild, low tone, as she walked on.

"And he wants to speak to you; he entreats a few words, a very few."

"You *know* I ought not," said she.

"I know you *ought*, my dear; you'll be sorry for it, all your days, Margaret, if you don't," replied Anne Sheckleton.

"Come home, dear, come home, darling," said the girl, peremptorily, but sadly.

"I say, Margaret, if you let him go without speaking to him, you will regret it all your days."

"You have no right to talk this way, cousin Anne; I am unhappy enough as it is. Let us go on," she said.

"If you send him away, as I say, it is all over between you."

"So it is, it *is* all over; let the dead rest."

"The world is wide enough; there are many beautiful creatures there, and he is himself so beautiful, and so clever; be very sure you care nothing for him, before you send him away, for you will never see him again," said Miss Anne Sheckleton.

"I know—I am sure—I have thought of everything. I have made up my account long ago, for now, and for all my days," said she.[Pg 117]

"So you *have*," answered Miss Sheckleton. "But while you have a moment still allowed you, Margaret, review it, I implore of you."

"Come, darling, come—come—you ought not to have spoken to me; why have you said all this?" said Margaret, sadly and hurriedly.

"Now, Margaret darling, you are going to stay for a moment, and I will call him."

"*No!*" said the girl, passionately, "my mind's made up; not in haste, cousin Anne, but long ago. I've looked my last on him."

"Darling, listen: you know *I've* seen him, he's looking ill, I think; and I've told him that you *must* speak to him, Margaret; and I tell *you* you must," said Miss Sheckleton, blushing in her eagerness.

"No, cousin Anne, let there be an end of this between us; I thought it was over long ago. To him, I will never, never—while life remains—never speak more."

As she thus spoke, walking more hurriedly toward the house, she heard a voice beside her say,—

"Margaret! Margaret, *darling*—one word!"

And turning suddenly, she saw Cleve Verney before her. Under the thick folds of her chestnut hair, her features were pale as marble, and for a time it seemed to him he saw no[Pg 118]cosa, pero sus hermosos y salvajes ojos se fijaron en él.

Todavía como una estatua, se quedó frente a él. Avanzó un piecito y su mano diminuta se cerró y apretó contra su corazón en la actitud en que una monja asustada podría sostener su crucifijo.

—Sí, Margaret —dijo al fin—, estuve tan cerca de irme ... como tú de dejarme ... sin que me oyeran; pero, ¡gracias a Dios! *Eso* no será así. No, querida Margaret, no *podrías* . las palabras pueden sonar en tus oídos, las escucharás, porque serán pocas; las escucharás, porque eres demasiado bueno para condenar a quien alguna vez te amó, sin ser escuchado ".

Hubo una pequeña pausa, durante la cual todo lo que pasó fue una presión silenciosa de la mano de la señorita Sheckleton sobre la de Margaret, muy pálida y con el ceño fruncido por una ansiedad dolorosa, ella retrocedió apresuradamente y dejó a los dos jóvenes juntos, de pie. por las raíces del viejo árbol, bajo el cielo tenue y rosado de la tarde.

Las promesas de los amantes o las crueldades de los amantes: ¿qué juramentos son más duraderos? ¿Dónde estaban ahora los votos de Margaret? Oh! ¡fuente inagotable de piedad y hermosa mutabilidad del corazón de la mujer! En la

pasión declarada, tantas veces algo de simulación; en el sentimiento repudiado, tan a menudo la verdadera y hermosa vida. ¿Quién leerá esto ganó?[Pág. 119]acertijo, corriendo en el romance y en la canción, y en la guerra, la historia del mundo a través de?

"Margaret, ¿me escucharás?" suplicó.

Para ella era como una voz en un sueño, y una forma vista allí, en esa tierra de sueños en la que nos encontramos con los muertos, sin asombro, olvidando el tiempo y la separación.

"No sé si debería cambiar mi propósito. No sé por qué lo hago; pero nunca nos volveremos a encontrar, estoy seguro, así que sigue hablando".

—Sí, Margaret, seguiré hablando y te diré cuánto te has equivocado y me has hecho daño —dijo Cleve Verney, en el mismo tono triste y apasionado.

La bondadosa Anne Sheckleton, que miraba a cierta distancia, vio que la conversación, que al principio pertenecía por completo al señor Verney, por fin empezaba a dividirse un poco; luego, uno al lado del otro, caminaron unos pocos pasos, y luego se detuvieron nuevamente: y así una vez más un camino corto, la dama mirando hacia abajo, y luego una y otra vez hacia el margen de ese largo estanque recto, en el que en su estación hay agua flotando. -Lirios, y, bajo su gran espejo oblongo, se deslizan esos peces dorados que son, como hemos visto, uno de los recursos bondadosos de nuestra amiga solterona en este pintoresco exilio. Y así el crepúsculo se hizo más profundo: y la señorita Sheckleton vio estas dos figuras como sombras deslizándose una al lado de la otra, para[Pág. 120] y de un lado a otro, a lo largo del margen, hasta que llegó la luz de la luna e iluminó el estanque inmóvil, y moteó la hierba con las sombras de los árboles, e hizo el viejo castillo al fondo, con su frente blanco, sus torreones y pináculos y veletas doradas, pareciera vaporoso como un castillo de hadas.

Se envolvió en su capa y se sentó en el asiento de mármol cercano, sin ser observada y complacida, mirando esta foto de Lorenzo y Jessica, y de todos esos coloquios iluminados por la luna, con un interés maravilloso y excitado, con una mezcla de melancolía y deleite y miedo.

Media hora tras media hora pasaba deslizándose, mientras miraba esta imagen, y leía con fantasía el romance que se tejía fuera del hilo plateado de su discurso en esta triste y vieja escena. Y luego miró su reloj, se preguntó cómo había pasado el tiempo y suspiró; y sonriendo y sin hacer preguntas, se acercó a ellos, y en una advertencia suave y gentil, les dijo que había llegado la hora de la despedida.

Mientras estaban uno al lado del otro a la luz de la luna, ¿la hermosa niña, con el rubor de esa hora romántica, nunca, nunca olvidada, en su mejilla, con su luz en

sus maravillosos ojos, alguna vez se vio tan hermosa antes? ¿O ese joven, Cleve Verney, de quien ella pensaba que estaba[Pág. 121]se puso de pie, pero ¿nunca se vio tan guapo? El entusiasmo y el brillo de su victoria en su rostro extrañamente hermoso.

Hubo algunos momentos de silencio: ¡y pensó que podría imaginarse pintar a una pareja joven más hermosa que estos!

Hay escenas, sólo momentáneas, tan cercanas al Paraíso, visiones, tan casi angelicales, que nos conmueven con un éxtasis y un dolor misteriosos. En la gloria y traslación del momento, el sentimiento de su transitoriedad, y el sentido de nuestra suerte mortal, nos cruzan y estremecen con un dolor extraño, como la angustia que se mezcla en el arrebato de la música sublime. Entonces, la señorita Sheckleton, muy pálida, sonriendo con mucha ternura, sollozó y lloró, se habría dicho con amargura, durante un rato; y secándose rápidamente los ojos, vio ante ella los mismos hermosos rostros jóvenes, mirando los de ella; y la anciana tomó sus manos y las apretó, y sonrió mucho a través de sus lágrimas, y dijo: "Todo, al fin, como yo lo deseaba: Dios los bendiga a los dos, Dios Todopoderoso los bendiga, querida mía" y ella rodeó el cuello de Margaret con los brazos y la besó con mucha ternura.

Y luego vino el recordatorio, que no debe ser despreciado. De hecho, había llegado la hora y Cleve debía marcharse. La señorita Sheckleton no se enteraría de más demoras, no, ni un minuto más.[Pág. 122]Su miedo a Sir Booth era profundo; así que, con un «Dios te bendiga, cariño», un rostro muy pálido y, ¿por qué no debería haberlo? Un beso largo, largo, Cleve Verney se despidió y se fue; y la luna navegante se perdió entre las nubes, por lo que la oscuridad se deslizó veloz sobre el paisaje.

Margaret Fanshawe acercó a su querida prima mayor y, a su vez, rodeándole el cuello con los brazos, la abrazó y Anne Sheckleton pudo sentir el salvaje latido del corazón de la joven cerca del suyo.

Margaret no estaba llorando, pero estaba muy pálida, con los brazos aún sobre los hombros de su prima, y miró casi desesperadamente sus ojos melancólicos.

—Prima Ana ... ¡oh, cariño! Debes rezar por mí —dijo Margaret Fanshawe. "Pensé que nunca podría ser; pensé que me conocía a mí mismo, pero todo *eso* es vano: hay otra voluntad por encima de nosotros, el Destino, el Destino Eterno, y estoy donde estoy, no sé cómo".

—Bueno, Margaret, cariño, eso es lo que anhelaba, lo mejor que me pudo haber pasado; deberías ser la chica más feliz del mundo —le instó alegremente la señorita Anne Sheckleton.

"No, cariño; no soy feliz, excepto en esto, que sé que lo amo y no le daría[Pág. 123]para todo el mundo; pero me parece que ha sido, de principio a fin, una fatalidad, y no puedo deshacerme del miedo que se adueña de mi corazón ".

"Silencio, querida, creo que oigo ruedas", dijo la señorita Sheckleton, escuchando.

Margaret estaba preocupada y no escuchó. No creo que en ese momento le importara mucho quién iba o venía, excepto aquel a quien ahora se le entregaba su amor de manera irrevocable.

—No; no puedo oír ... no; pero estará aquí de inmediato. No debemos salir, ¿sabe? Puede que pregunte por mí, y es tan ... tan ... ¿qué puedo decir?

A Margaret no le importaba. Volvió una mirada salvaje y lastimera hacia la luna que luchaba, ahora emergiendo, ahora perdida de nuevo.

"Ven, cariño, vámonos", dijo Margaret.

Y miró a su alrededor con dulzura, como si despertara de un sueño.

"Sí, cariño, ven", continuó, colocando su mano sobre el brazo de Anne Sheckleton.

—Y no debes burlarte de ti misma, Margaret, querida, con fantasías y locuras. Como dije antes, deberías ser una de las chicas más felices que existen.

"Así que lo soy", respondió ella, soñadoramente, "muy feliz ... ¡oh! Maravillosamente feliz ... pero hay la sensación de algo ... *fatal* , como dije; y, sea[Pág. 124]lo que sea, déjalo venir. No podría perderlo ahora, por todo el mundo ".

Mientras hablaba, estaba mirando hacia la luz de la luna rota, ella misma pálida, y una extraña y lastimera sonrisa de éxtasis apareció en su hermoso rostro, como respondiendo a la sonrisa de un espíritu en el aire.

"Ven rápido, cariño, ven", susurró la señorita Sheckleton, y caminaron uno al lado del otro en silencio hasta la casa, y así hasta la habitación de Margaret, donde ella se sentó junto a la ventana, mirando hacia afuera, y la amable Anne Sheckleton se sentó junto a la mesa. , con su mano vieja y delgada en su mejilla, mirándola con cariño, y esperando una oportunidad para hablar, porque estaba deseando oír mucho más.

---

## CAPITULO XII.

### CLEVE VERNEY TIENE VISITANTE.

ASÍ QUE Cleve Verney regresó directamente a Inglaterra y sus amigos pensaron que su viaje a París, por breve que fuera, le había hecho mucho bien. ¡Qué alterante y tónico es a veces un pequeño cambio de aire!

El honorable Kiffyn Fulke Verney estaba, a su manera alta y mezquina, al fin tolerablemente satisfecho y más pomposo y respetado que nunca. La prueba de su sucesión a la nobleza de Verney se encontraba en un estado perfectamente satisfactorio. Lo demostraría y tomaría asiento en la próxima sesión. Añadiría otro a la larga lista de lord vizcondes Verney de Malory que se encuentra en la crónica dorada y escarlata de tales dignidades. Había arreglado con los fideicomisarios la posesión provisional de Verney House, la gran mansión de piedra que glorifica un lado del pequeño paralelogramo llamado Verney Square. Ya los contratistas lo habían visitado y explorado su noble[Pág. 126]cámaras y pasillos largos, con regla de pie y cuaderno, reuniendo material para licitaciones, y Cleve ya tenía una habitación allí cuando llegó al pueblo. Se habían metido algunos muebles y también se habían establecido allí algunos sirvientes, por lo que la corriente de vida había comenzado a transfundirse desde la antigua residencia del Excmo. Kiffyn Fulke Verney en estos canales olvidados.

Aquí, una mañana, llamó a un caballero llamado Dingwell, a quien Cleve Verney, por casualidad, estaba en la ciudad, y le pidió al criado que le mostrara la habitación donde estaba sentado, con su desayuno y sus periódicos sobre él.

El anciano alto entró, ligeramente encorvado, mirando lascivamente, pensó Cleve, un poco sarcásticamente por encima del hombro mientras lo hacía.

El Sr. Dingwell se sometió a la recepción del Sr. Cleve Verney, sonriendo de manera extraña, bajo sus cejas blancas, según su costumbre.

"Sospecho que hay algún pequeño error, ¿no es así?" dijo él, en su tono frío, áspero y tranquilo. Difícilmente puede ser el hermano de mi viejo amigo Arthur Verney. Tenía la esperanza de ver al señor Kiffyn Fulke Verney ... yo ... ¿eh?

"Soy su sobrino".

"¿Oh, *sobrino* ? Sí, otra generación, sí, por supuesto. Llamé para ver a la Honorable Kiffyn Fulke Verney. No pude asistir.[Pág. 127]la consulta, o como se llame. Sabes que soy tu testigo principal, ¿eh? Dingwell es mi nombre".

—Oh, claro, le ruego que me disculpe, señor Dingwell —dijo Cleve, quien, por uno de esos extraños deslices de memoria que ocurren a veces, no había podido conectar el nombre con el caso, al aparecer de forma inesperada .

"Espero que su admirable tío, Kiffyn Verney, esté, en todo caso, *vivo y accesible* ", dijo el anciano, mirando sombríamente alrededor de la habitación; "aunque tal vez *seas* su próximo heredero, y la esperanza es poco cortés".

Esta impertinencia del señor Dingwell, el señor Cleve Verney, que conocía su importancia y había oído algo de su extraño temperamento, se molestó sólo por pedirle que se sentara.

" *Eso* ", dijo el anciano, con una risa feroz y una mueca, también enojado, "es una libertad que estaba a punto de tomarme sin ser invitado, por derecho de mis años y fatiga, ¿eh?"

Y se sentó con el aire de un hombre más irritado que complacido por una atención.

"¿Y el señor Kiffyn Verney?" preguntó, bruscamente.

"Mi tío está en el campo", respondió Cleve, a quien le hubiera gustado responder al necio según su locura, pero sucumbió a la necesidad.[Pág. 128] inculcado con mucha astucia, adornado con algunas referencias a las Escrituras, por el Sr. Jos. Larkin, de complacer un poco las excentricidades del temperamento del Sr. Dingwell.

-¿Entonces *está* vivo? Escuché un relato así de los Verney, sus vidas son tan frágiles y se rompen tan repentinamente; mi pobre amigo Arthur me lo dijo, y ese tipo judío, Levi, aquí, que parece tan íntimo con el La familia, maldita sea, dice lo mismo: a ninguna casa de Londres le gusta asegurarlos. Bueno, veo que a usted no le gusta: a nadie le gusta; el olor del ataúd, señor; tiempo suficiente cuando estamos carroñeros, y llenarlo. ¡Ja, ja, ja! "

"Yes, sir, *quite*," said Cleve, drily.

"No young man likes the sight of that stinking old lantern-jawed fellow, who shall be nameless, looking over his spade so sllily; but the best way is to do as I've done. Since you must meet him *one* day, go up to him, and make his acquaintance, and shake hands; and egad! when you've grown a little bit intimate, he's not half so disgusting, and sometimes he's even a little bit funny."

"If I were thinking of the profession of a sexton, or an undertaker, I might," began Cleve, who felt a profound disgust of this old Mr. Dingwell, "but as I

don't, and since by the time it comes to my turn, I shall be pretty well past seeing and smelling——"[Pg 129]

"Don't be too sure of that," said Mr. Dingwell, with one of his ugly smirks. "Some cheerful people think *not*, you know. But it isn't about such matters that I want to trouble you; in fact, I came to say a word to your uncle; but as I can't see him, you can tell him, and urge it more eloquently too, than I can. You and he are both orators by profession; and tell him he must give me five hundred pounds immediately."

"Five hundred pounds! *Why?*" said Cleve, with a scornful surprise.

"Because I want it," answered the old gentleman, squaring himself, and with the corner of his mouth drawn oddly in, his white head a little on one side, and his eyebrows raised, with altogether an air of vicious defiance.

"You have had your allowance raised very much, sir—it is an exorbitant allowance—what reason can you now urge for this request?" answered Cleve.

"The *same* reason, sir, precisely. If I don't get it I shall go away, *re infecta*, and leave you to find out proof of the death how you may."

Cleve was very near giving this unconscionable old extortioner a bit of his mind, and ordering him out of the house on the instant. But Mr. Larkin had been so very urgent on the point, that he commanded himself.[Pg 130]

"I hardly think, sir, you can be serious," said Cleve.

"Egad, sir! you'll find it a serious matter if you don't; for, upon my soul, unless I'm paid, and *well* paid for it, I'll depose to nothing."

"That's plain speaking, at all events," said Mr. Cleve Verney.

"Oh! sir, I'll speak more plainly still," said Mr. Dingwell, with a short sarcastic bow. "I never mince matters; life is too short for circumlocutions."

"*Verney* life, at all events, by your account, sir, and I don't desire them. I shall mention the matter to my uncle to-day in my letter, but I really can't undertake to do more; for I may tell you frankly, Mr. Dingwell, I can't, for the life of me, understand what you can possibly want of such a sum."

"I suppose, young gentleman, you have your pleasures, and I have mine, and they're not to be had without money; and egad, sir! if you fancy it's for love of your old uncle or of you, that I'm here, and taking all this trouble, you are very much mistaken; and if I help you to this house, and the title, and estates, I'll take

leave to help myself to some little amusement—money, I mean, also. Cool fellows, egad!"[Pg 131]

The brown features of the old man flushed angrily as he laughed.

"Well, Mr. Dingwell, I can only repeat what I have said, and I will also speak to Mr. Larkin. I have no power in the business myself, and you had better talk to him," said Cleve.

"I prefer the fountain-head, sir. I don't care twopence how you arrange it among yourselves; but you must give me the money by Saturday."

"Rather an early day, Mr. Dingwell; however, as I said, the question is for my uncle; it can't affect me," said Cleve.

Mr. Dingwell mused angrily for a little, and Cleve thought his face one of the wickedest he had ever seen while in this state of excited rumination.

"You all—*both* owe me more in that man's death—there are very odd circumstances about it, I can tell you—than, perhaps, you at present imagine," said Mr. Dingwell, looking up suddenly, with a dismal sneer, which subsided into an equally dismal stare.

Cleve, for a second or two, returned the stare, while the question crossed his mind: "Can the old villain mean that my miserable uncle met his death by foul means, in which he took a part, and intends to throw that consideration in with his averred services, to enhance his claim?"[Pg 132]

"You had better tell your uncle, with my compliments," said Mr. Dingwell, "that he'll make a kettle of fish of the whole affair, in a way he doesn't expect, unless he makes matters square with me. I often think I'm a d——d fool, sir, to let you off as I do."

"I don't see, Mr. Dingwell, that you are letting us off, as you say, so very easily," answered Cleve, with a cold smile.

"No, you *don't* see, but I'll *make* you see it," said Mr. Dingwell, very tartly, and with an unpleasant laugh. "Arthur Verney was always changing his quarters—was never in the light. He went by different nicknames. There were in all Constantinople but two men, except myself, the Consul, and the stockbroker, who cashed the money-orders for him, who could identify him, or who knew his name. He lived in the dark, and not very cleanly—you'll excuse the simile—like one of your sewer-rats. He died suddenly and oddly, sir, like a candle on which has fallen a drop of water, with a splutter and a flash, in a moment—one of your Verney deaths, sir. You might as well hope to prove the death of a particular town-dog there, without kennel, or master, or name, a year after his brothers had

eaten him." Cleve knew that old Dingwell in this spoke the truth and lied not.[Pg 133] Lord Verney had written to great people there, who had set small ones in motion, with a result very like what Dingwell described. Arthur Verney was a gipsy—seldom sleeping for two weeks in the same house—with so many different names that it was vain attempting to trace him, and merely emerging when he wanted money. "So, sir," said Mr. Dingwell, with a smirk, "I see my value."

"I don't recollect that my uncle ever disputed it," replied Mr. Cleve Verney.

"I understand your difficulty perfectly. The presumption of English law, ha! ha! ha! is in favour of the duration of human life, whenever you can't prove a death. So, English law, which we can't dispute—for it is the perfection of human wisdom—places the putrid body of my late friend Arthur in the robes, coronet, and staff of the Verneys, and would give him the spending of the rents, too, but that you can't make a horse drink, though you may bring him to the water. At all events, sir, my festering friend in the shroud will hold secure possession of the estates against all comers till he exhausts that patient presumption, and sees Kiffyn, and you, sir, and every Verney now alive, laid with their faces upward. So, sir, you see I know my value. I have the grand arcanum; I hold in my hand the Philosopher's[Pg 134] Stone that can turn your pewter and brass into gold. I hold it fast, sir, and, egad! I'll run away with it, unless I see a reason." And the old gentleman laughed, and shrugged and expanded his slender hands with a deprecation that was menacing.

Cleve was very angry, but he was also alarmed; for Mr. Dingwell looked quite capable of any treason against the Verney interest to which his avarice or his spites might prompt him. A wild, cold, wandering eye; a play of the nostrils, and a corrugation of the brows that gave to his smile, or his laugh, a menace that was villanous, and almost insane—warned the young man of the quality of the beast, and invited him to the exercise of all his self-control.

"I am quite certain, Mr. Dingwell, that my uncle will do whatever is reasonable and fair, and I am also sure that he feels his obligations to you. I shall take care that he hears all that you have said, and you understand that I literally have neither power nor influence in his decision."

"Well, he feels his obligations," said Mr. Dingwell. "That is pleasant."

"Certainly; and, as I said, whatever is fair and reasonable I am certain he will do," said Cleve Verney.[Pg 135]

"Fair and reasonable—that is exactly the thing—the *value*; and you know—

'The worth precise of anythingIs so much money as 'twill bring.'

And I'll make it bring what I say; and I make it a rule to treat money matters in the grossest terms, because that is the only language which is at once intelligible and direct—and grossness I believe to be the soul of business; and so, sir, tell him with my compliments, I shall expect five hundred pounds at ten o'clock in the morning, in Bank of England notes."

At this moment the servant announced the Rev. Isaac Dixie, and Mr. Dingwell stood up, and, looking with a kind of amusement and scorn round the room upon the dusty portraits, made a sharp bow to Cleve Verney, and saying,—

"That's all; good morning, sir"—with another nod, turned about, and walked jauntily out of the room.

---

[Pg 136]

## **CHAPTER XIII.**

### **THE REV. ISAAC DIXIE SETS FORTH ON A MISSION.**

THERE was, as Cleve knew, a basis of truth in all that Mr. Dingwell had said, which made his voice more grating, his eye more alarming, and his language more disgusting.

Would that Fortune had sent them, Cleve thought, some enchanted horse, other than that beast, to fly them into the fairy-land of their long-deferred ambition! Would that she had sent them a Rarey, to lead him by a metaphoric halter, and quell, by his art, the devil within him—the evil spirit before which something in Cleve's nature quailed, because it seemed to know nothing but appetite, and was destitute of sympathy and foresight.

Dingwell was beset with dangers and devils of his own; but he stood in his magic circle, making mouths and shaking his fist, and cursing at them. He seemed to have no imagination to[Pg 137] awe, or prudence to restrain him. He was aware, and so was Cleve, that Larkin knew all about his old bankruptcy, the judgments against him, the impounded forgeries on which he had been on the brink of indictment, and his escape from prison; and yet he railed at Larkin, and defied the powerful Verneys, as if he had been an angel sent to illuminate, to lecture, and to rule them.

Mr. Larkin was usually an adroit and effectual tamer of evil beasts, in such case as this Mr. Dingwell. He waved his thin wand of red-hot iron with a light and

firm hand, and made every raw smoke in turn, till the lion was fit to lie down with the lamb. But this Dingwell was an eccentric brute; he had no awe for the superior nature, no respect for the imposing airs of the tamer—not the slightest appreciation even of his cautery. On the contrary, he seemed to like the sensation, and amuse himself with the exposure of his sores to the inspection of Mr. Larkin, who began to feel himself drawn into an embarrassing and highly disreputable confidence.

Mr. Larkin had latterly quite given up the idea of frightening Mr. Dingwell, for when he tried that method, Mr. Dingwell had grown uncomfortably lively and skittish, and, in fact, frightened the exemplary Mr. Larkin confoundedly. He had recapitulated his own enormities with an elation[Pg 138] and frightful merriment worthy of a scandalous corner at a Walpurges ball; had demonstrated that he perfectly understood the game of the serious attorney, and showed himself so curiously thick of skin, and withal so *sportive* and formidable a rhinoceros, that Mr. Larkin then and there learned a lesson, and vowed no more to try the mesmerism that succeeded with others, or the hot rod of iron under which they winced and gasped and succumbed.

Such a systematic, and even dangerous defiance of everything good, he had never encountered before. Such a person exactly as this Mr. Dingwell he could not have imagined. There was, he feared, a vein of insanity in that unfortunate man.

He had seen quite enough of the horrid adroitness of Mr. Dingwell's horse-play, and felt such qualms whenever that animal capered and snorted, that he contented himself with musing and wondering over his idiosyncrasies, and adopted a soothing treatment with him—talked to him in a friendly, and even tender way—and had some vague plans of getting him ultimately into a mad-house.

But Mr. Dingwell was by this time getting into his cab, with a drapery of mufflers round him, and telling the man through the front window to drive to Rosemary Court; he threw him[Pg 139]self back into a corner, and chuckled and snorted in a conceited ecstasy over his victory, and the money which was coming to minister to no good in this evil world.

Cleve Verney leaned back in his chair, and there rose before him a view of a moonlighted wood, an old château, with its many peaked turrets, and steep roofs, showing silvery against the deep, liquid sky of night, and with a sigh, he saw on the white worn steps, that beautiful, wonderful shape that was his hope and his fate; and as he leaned on his hand, the Reverend Isaac Dixie, whose name had strangely summoned this picture from the deep sea of his fancy, entered the room, smiling rosily, after his wont, and extending his broad hand, as he marched with deliberate strides across the floor, as much as to say—"Here I am, your old

tutor and admirer, who always predicted great things for you; I know you are charmed, as I am; I know how you will greet me."

"Ha! old Dixie," and Cleve got up, with a kind of effort, and not advancing very far, shook hands.

"So you have got your leave—a week—or *how* long?"

"I've arranged for next Sunday, that's all, my dear Mr. Verney; some little inconvenience, but very happy—always happy." [Pg 140]

"Come, I want to have a talk with you," said Cleve, drawing the clergyman to a chair. "Don't you remember—you ought, you know—what Lord Sparkish (isn't it?) says in Swift's *Polite Conversations*—"Tis as cheap sitting as standing."

The clergyman took the chair, simpering bashfully, for the allusion was cruel, and referred to a time when the Reverend Isaac Dixie, being as yet young in the ways of the world, and somewhat slow in apprehending literary ironies, had actually put his pupil through a grave course of "*Polite Conversation*," which he picked up among some odd volumes of the works of the great Dean of St. Patrick's, on the school-room shelf at Malory.

"And for my accomplishment of saying smart things in a polite way, I am entirely obliged to you and Dean Swift," said Cleve, mischievously.

"Ah! ah! you were always fond of a jest, my dear Mr. Verney; you liked poking fun, you did, at your old tutor; but you know how that really was—I have explained it so often; still, I do allow, the jest is not a bad one."

But Cleve's mind was already on quite another subject.

"And now, Dixie," said he, with a sharp glance into the clergyman's eyes, "you know, or at least you guess, what it is I want you to do for me?" [Pg 141]

The clergyman looked down by his gaiter, with his head a little a-one-side, and his mouth a little pursed; and said he, after a momentary silence,—

"I really, I may say, *unaffectedly*, assure you that I do not."

"You're a queer fellow, old Dixie," said Cleve; "you won't be vexed, but you are always a little bit too clever. I did not tell you exactly, but I told you enough to enable you to guess it. Don't you remember our last talk? Come now, Dixie, you're no muff."

"I hope not, my dear Cleve; I may be, but I don't pretend to that character, though I have still, I apprehend, much to learn in the world's ways."

"Yes, of course," said the young man; and tapped his small teeth that glittered under his moustache, with the end of his pencil-case, while he lazily watched the face of the clergyman from under his long lashes.

"And I assure you," continued the clergyman, "if I were to pretend that I did apprehend your intentions, I should be guilty of an inaccuracy amounting, in fact, to an untruth."

He thought he detected something a little mocking in the handsome face of the young gentleman, and could not tell, in the shadow of the window-curtain, whether those even white[Pg 142] teeth were not smiling at him outright; and a little nettled, but not forgetting himself, he went on,—

"You know, my dear Cleve, it is nothing on earth to *me*—absolutely; I act merely to oblige—merely, I mean, to be useful—if in my power, consistently with all other considerations, and I speak, I humbly, but confidently hope, habitually the truth"——

"Of *course* you do," said the young gentleman, with emphasis, and growing quite serious again. "It is very kind, I know, your coming all this way, and managing your week's absence; and you may for the present know just as little or as much of the matter as you please; only mind, this is—not of course in any wrong sense—a dark business—awfully quiet. They say that, in England, a talent for speaking may raise a man to anything, but I think a talent for holding one's tongue is sometimes a better one. And—I'm quite serious, old Dixie—I'll not forget your fidelity to me, upon my honour—really, never; and as you know, I may yet have the power of proving it."

The Rev. Isaac Dixie folded his hands, and hung his head sideways in a meek modesty, and withal smiled so rosily and gloriously, as he sate in front of the window, that had it happened an hour before sunrise, the sparrows in the ivy all[Pg 143] along the stable walls, would undoubtedly have mistaken it for the glow of Aurora, and commenced their chirping and twittering salutations to the dawn an hour too soon.

"It is very gratifying, *very*, you cannot readily estimate, my dear, and—may I not say?—my *illustrious* pupil, *how* gratifying to me, quite irrespective of all those substantially kind intentions which you are pleased to avow in my behalf, to hear from your lips so frank and—may I say,—almost affectionate a declaration; so just an estimate of my devotion to your interests, and I may say, I hope, of my character generally?"

The Rector of Clay was smiling with a huge bashfulness, and slowly folding and rubbing one hand over the other, with his head gently inclined, and his great blue

chin upon his guileless, single-breasted, black silk bosom, as he spoke all this in mellow effusion.

"Now, Dixie," said the young man, while a very anxious expression for the first time showed itself in his face, "I want you to do me a kindness—a kindness that will tie me to you all the days of my life. It is something, but not much; chiefly that you will have to keep a secret, and take some little trouble, which I know you don't mind; but nothing serious, not the slightest irregularity, a trifle, I assure you, and chiefly, as I [Pg 144] said, that you will have to keep a secret for me."

Dixie also looked a good deal graver as he bowed his acquiescence, trying to smile on, and still sliding his hands softly, one over the other.

"I know you guess what it is—no matter—we'll not discuss it, dear Dixie; it's quite past that now. You'll have to make a little trip for me—you'll not mind it; only across what you used to call the herring-pond; and you must wait at the Silver Lion at Caen; it is the best place there—I wish it was better—not a soul will you see—I mean English, no one but quite French people; and there is quite amusement, for a day or so, in looking over the old town. Just wait there, and I'll let you know everything before you have been two days there. I've got your passport; you shall have no trouble. And you need not go to a bank; there's gold here; and you'll keep it, and spend it for me till I see you; and you must go *to-day*."

"And, of course, I know it is nothing *wrong*, my dear Cleve; but we are told to avoid even the *appearance* of evil. And in any case, I should not, of course, for the world offend your uncle—Lord Verney, I may call him now—the head of the family, and my very kind patron; for I trust I never forget a kindness; and if it should turn [Pg 145] out to be anything which by any chance he might misinterpret, I may reckon upon your religious silence, my dear Cleve, as respects my name?"

"Silence! of course—I'd die before I should tell, under any pressure. I think you know I can keep a secret, and my own especially. And never trust my honour more if your name is ever breathed in connexion with any little service you may render me."

Apretó la mano del reverendo Isaac Dixie con mucha seriedad mientras hablaba.

"Y ahora, ¿podría hacerse cargo de esto por mí y hacer lo que le dije?" continuó Cleve, colocando el oro en la mano no renuente de Dixie. "Y en este papel he tomado nota de la mejor manera, todo sobre el barco y el resto; y que Dios te bendiga, mi querida Dixie, adiós".

"Y que Dios *te* bendiga , mi querido Cleve", respondió el clérigo, y se dieron la mano nuevamente, y el clérigo sonrió suave y tiernamente; y cuando cerró la puerta y cruzó el pasillo, se puso muy pensativo y parecía como si se estuviera metiendo en un posible lío.

Cleve también estaba muy pálido mientras estaba junto a la ventana, mirando hacia el jardín cubierto de hollín en la parte trasera de Verney House.

---

[Pág. 146]

## CAPITULO XIV.

### SOBRE EL HERRING-POND.

COMO la visión que había visitado a Cleve mientras se sentaba en la sala de desayunos de Verney House, esperando al reverendo Isaac Dixie, el viejo castillo de Cresseron compartió esa noche a la suave pero brillante luz de la luna. Ese clérigo, vulgar, me temo; mundano, quizás; ciertamente no era hermosa, había emprendido esta misión extranjera en la tierra del romance; y entre sus sombras, luces encantadas y fantasmas heroicos, me temo que se veía incongruente como la cabeza peluda y de orejas largas de Bottom en el bosque encantado cerca de Atenas.

En la antigua ciudad de Caen, en Silver Lion, el reverendo Isaac Dixie esa noche se hizo entender parcialmente y se sintió completamente cómodo. Tuvo una excelente cena y participó, moderadamente, por supuesto, de la mejor cosecha en la cripta de esa venerable posada. ¿Por qué no debería hacerlo? ¿No estaba haciendo inofensivo[Pág. 147]vacaciones, y no culpable de extravagancia; ¿No se había abrochado el señor Cleve Verney un bolso largo al cinturón y le había dicho que metiera los dedos en él con tanta frecuencia y profundidad como quisiera? Y si emprendía la tarea, pisar el maíz de Cleve Verney, seguramente no era asunto suyo pedir un bozal y negarse a sí mismo el contenido de su corazón.

A esa luz de luna exquisita, después de haber tomado su taza de café, el reverendo Isaac Dixie hizo un paseo holgazán: todo era hechizante, un poco maravilloso, le parecía, un poco extraño, desde su sombra, que se veía tan afilada en el camino blanco, a las fachadas góticas y los frontones de las viejas casas talladas, emitiendo destellos rojizos de casamatas de diamantes en lo alto del aire, y medio fundiéndose en el cielo líquido profundo, reluciendo con estrellas sobre su cabeza.

Todo era perfectamente francés en lenguaje y vestuario: ni una nota del familiar acento inglés mezclado con el zumbido extranjero de la vida. Estaba bastante a gusto. A todos los ojos censuradores caminaba invisible; y, ¿debo decirlo? Por qué no? Porque en verdad, si su obispo, que aborrece ese narcótico y que, estoy seguro, nunca lee novelas y, por lo tanto, no puede leerlo aquí, no se entera de nada, contarle no hará daño a nadie. Fumó tres grandes puros, suaves y fragantes, que[Pág. 148] tarde, en las antiguas calles de Caen, y regresó a su posada, oliendo a ese perfume.

Habría sido una excursión deliciosa si no hubiera habido suspenso y ansiedad por perturbar lo divino. El reverendo Isaac Dixie lamentó ahora no haberle pedido a Cleve que definiera su objeto. Lo sospechaba, pero no conocía su naturaleza. No tenía idea de cuán obstinada y asombrosamente el problema volvería a su mente, y cuán serios aumentarían sus escrúpulos a medida que se acercaba la hora de la revelación.

La misma luna brilla sobre las antiguas calles de Caen, y sobre Verney House, cubierta de humo, y sobre el pintoresco y solitario castillo de Cresseron. En una habitación tapizada de esta vieja casa francesa ardían velas, la ventana abierta y Margaret Fanshawe sentada en ella, contemplando los bosques y las aguas iluminados por la luna y respirando el aire quieto, que era esta noche suave como el verano, en el éxtasis de un sueño extraño: un sueño ya no; Se acabó la incertidumbre y todos sus dolores. Ya no es una de esa raza desamparada que tiene poco tiempo de vida y está llena de miseria. Ella no nació para problemas, como las chispas vuelan hacia arriba, sino que se trasladan. ¿Es tan? ¡Pobre de mí! ¡Pobre de mí! la voz angelical aún no ha proclamado "que Dios enjugará todas las lágrimas de sus ojos; y no habrá[Pág. 149]más muerte, ni dolor, ni llanto, ni habrá más dolor; porque las primeras cosas pasaron. Estas palabras son para los glorificados, que han traspasado las puertas de la muerte.

En esta dicha, como en todo lo que pertenece al amor, la razón tiene poca participación. El corazón se regocija con el canto de los pájaros. Un gran suspenso, el mayor cuidado que visita el corazón joven, ha terminado en una bendita certeza, y en tanto el estado se asemeja al cielo; pero, como en toda felicidad mortal, en ella se mezcla también una tristeza como música lejana.

El viejo sir Booth Fanshawe está ausente en uno de sus misteriosos viajes y no puede regresar durante tres o cuatro días, como mínimo. No sé si las cosas están empezando a mejorar con Sir Booth o si sus asuntos están siendo "manejados" hasta *la ruina total*. Mientras tanto, el espíritu maligno se ha ido de la casa, y ha llegado el espíritu de la música, música con una cadencia de tristeza todavía.

¡Este hermoso y pintoresco paisaje y hermosa luz de luna! ¿Quién contempla una escena así que no sienta una melancolía mezclada con su deleite?

"La luna brilla intensamente: en una noche como esta, Cuando el dulce viento besó suavemente los árboles, Y no hicieron ruido; en tal noche [Pág. 150] Troilo, me parece, montó los muros de Troya, Y suspiró su alma hacia las tiendas griegas, Donde yacía Cresid esa noche. En tal noche Se paró Dido, con un sauce en la mano, Sobre las salvajes orillas del mar, y agitó su amor Volver de nuevo a Cartago " .

Así, en las visiones del Vidente que yace en Stratford-on-Avon, la luz de la luna, el amor y la melancolía están relacionados; y así es, y será, hasta el fin de los tiempos, hasta que el amor mortal deje de existir y la tristeza termine, la luna se convierta en sangre y todas las cosas sean renovadas.

Y ahora, sobre el agua iluminada por la luna, a través de las ramas de los árboles viejos, el aire tranquilo de la noche se estremece con una dulce contralto, una canción hogareña, el eco de los días infantiles y de la guardería. ¡Pobre Milly! su doncella que murió tan temprano, cuyo amante era un joven marinero, lejos, solía cantarle en las tardes de verano, cuando se sentaban bajo los espinos, en Winnockhough, mirando hacia el mar, aunque el mar estaba a muchas milla de distancia: -

"Cuando Eva salió del paraíso, Ella, llorando, se llevó Una flor que, alzada, entre lágrimas y suspiros, Está creciendo hasta el día de hoy.

"¿Dónde están los hijos de la caída? Están trabajando hasta esta hora, Florece para cada uno, florece para todos Y el amor lo llamamos flor. [Pg 151]

"Rosas rojas del año pasado Se mezclan con el molde, Y aparecerán otras rosas Donde se pusieron pálidos y viejos.

"Pero donde creció, no crece otro, Ninguna flor restaura la sequedad; Entonces esto no se parece a la rosa Y no conoce otro año.

"Así que, bienvenido, cuando tu flor sea roja, La gloria de tu luz; Y bienvenido cuando tu flor se derrame, El largo sueño de mi noche " .

And now the song is ended, and, listening, nature seems to sigh; and looking toward the old chateau, the front next you is in shadow, the window is open, and within you see *two* ladies. The elder is standing by the girl, who sits still at the open window, looking up into the face of her old friend—the old friend who has known, in the early days of romance, what love is, for whom now "the bloom is shed, and mingling with the mould," but who remembers sadly the blush and glory of its light that died five-and-thirty years ago upon Canadian snows.

Gently the old lady takes her hand, and sits beside her girlish kinswoman, and lays her other hand over that, and smiles with a strange look of affection, and admiration, and immeasurable compassion, that somehow seems to translate her, it[Pg 152] is so sad and angelic. I cannot hear what she is saying, but the young lady looks up, and kisses her thin cheek, and lays her head upon her old shoulder.

Behind, high over the steep roofs and pinnacles, and those glimmering weather-vanes, that seem sometimes to melt quite away, hangs the moon, unclouded—meet emblem of a pure love—no longer crossed by the sorrows of true love's course—Dian the Chaste, with her sad, pure, and beautifully misleading light—alas! the emblem, also, of mutation.

In a few concise and somewhat dry sentences, as old prison stones bear the records which thin hands, long since turned to dust, have carved, the world's corridors and corners bear the tracings of others that were busy two thousand years ago; and the inscriptions that tell the trite story of human fears and sadness, cut sharp and deep in the rock, tell simply and briefly how Death was the King of Terrors, and the shortness of Life the bitter wonder, and black Care the companion of the wayfarers who marched by the same route to the same goal, so long ago. These gigantic griefs and horrors are all in a nutshell. A few words tell them. Their terror is in their truth. There is no use in expanding them: they are sublimely simple. Among the shadowy men and women[Pg 153] that people these pages, I see them everywhere—plots too big and complicated to be got, by any compression, within the few pages and narrow covers of the book of their lives: Care, in her old black weeds, and Death, with stealthy foot and blow like thunder.

Twelve months had come and gone for ever since the Reverend Isaac Dixie made that little trip to Caen, every month bringing his portion of blossom, fruit, or blight to every mortal. All had gone well and gloriously in this Verney Peerage matter.

The death of the late Honourable Arthur Verney was proved; and the Honourable Kiffyn Fulke Verney, as next heir, having complied with the proper forms, duly succeeded to the ancient peerage of the Verneys. So the dream was accomplished more splendidly, perhaps, than if the prize had come earlier, for the estates were in such condition as they had never attained to since the great rebellion; and if Viscount Verney was not among the more potent of his peers, the fault was not in the peerage and its belongings.

I don't know that Lord Verney was on the whole a happier man than the Honourable Kiffyn had been. He had become somewhat more exacting; his pride pronounced itself more implacably; men felt it more, because he was really formidable[Pg 154]. Whatever the Viscount in the box might be, the drag he drove

was heavy, and men more alert in getting out of his way than they would, perhaps, had he been a better whip.

He had at length his heart's desire; but still there was something wanting. He was not quite where he ought to be. With his boroughs, and his command of one county, and potent influence in another, he ought to have been decidedly a greater man. He could not complain of being slighted. The minister saw him when he chose; he was listened to, and in all respects courteously endured. But there was something unsatisfactory. He was not *telling*, as he had expected. Perhaps he had no very clear conceptions to impress. He had misgivings, too, that secretly depressed and irritated him. He saw Twyndle's eye wander wildly, and caught him yawning stealthily into his hand, while he was giving him his view of the affair of the "the Matilda Briggs," and the right of search. He had seen Foljambe, of the Treasury, suddenly laugh at something he thought was particularly wise, while unfolding to that gentleman, in the drawing-room, after dinner, his ideas about local loans, in aid of agriculture. Foljambe did not laugh outright. It was only a tremulous qualm of a second, and he was solemn again, and rather abashed. Lord Verney paused, and looked [Pg 155] for a second, with stern inquiry in his face, and then proceeded politely. But Lord Verney never thought or spoke well of Foljambe again; and often reviewed what he had said, in secret, to try and make out where the absurdity lay, and was shy of ventilating that particular plan again, and sometimes suspected that it was the boroughs and the county, and not Kiffyn Lord Verney, that were listened to.

As the organ of self-esteem is the region of our chief consolations and irritations (and its condition regulates temper), this undivulged mortification, you may be sure, did not make Lord Verney, into whose ruminations was ever trickling, through a secret duct, this fine stream of distilled gall, brighter in spirits, or happier in temper.

Oh! vanity of human wishes! Not that the things we wish for are not in themselves pleasant, but that we forget that, as in nature every substance has its peculiar animalcule and infestings, so every blessing has, too minute to be seen at a distance, but quite inseparable, its parasite troubles.

Cleve Verney, too, who stood so near the throne, was he happy? The shadow of care was cast upon him. He had grown an anxious man. "Verney's looking awfully thin, don't you think, [Pg 156] and seedy? and he's always writing long letters, and rather cross," was the criticism of one of his club friends. "Been going a little too fast, I dare say."

Honest Tom Sedley thought it was this pending peerage business, and the suspense; and reported to his friend the confident talk of the town on the subject.

But when the question was settled, with a brilliant facility, his good humour did not recover. There was still the same cloud over his friend, and Tom began to fear that Cleve had got into some very bad scrape, probably with the Hebrew community.

---

[Pg 157]

## CHAPTER XV.

### MR. CLEVE VERNEY PAYS A VISIT TO ROSEMARY COURT.

THAT evoked spirit, Dingwell, was now *functus officio*, and might be dismissed. He was as much afraid of the light of London—even the gaslight—as a man of his audacity could be of anything. Still he lingered there.

Mr. Larkin had repeatedly congratulated the Verney peer, and his young friend and patron, Cleve, upon his own masterly management, and the happy result of the case, as he called it. And although, with scriptural warning before him, he would be the last man in the world to say, "Is not this great Babylon that I have builded?" Yet he did wish Lord Viscount Verney, and Cleve Verney, M.P., distinctly to understand that *he*, Mr. Larkin, had been the making of them. There were some things—very many things, in fact, all desirable—which those distinguished persons could effect for the good attorney of Glyng[Pg 158]den, and that excellent person in consequence presented himself diligently at Verney House.

On the morning I now speak of, he was introduced to the library, where he found the peer and his nephew.

"I ventured to call, my lord—how do you do, Mr. Verney?—to invite your lordship's attention to the position of Mr. Dingwell, who is compelled by lack of funds to prolong his stay in London. He is, I may say, most anxious to take his departure quietly and expeditiously, for Constantinople, where, I venture to think, it is expedient for all parties, that his residence should be fixed, rather than in London, where he is in hourly danger of detection and arrest, the consequence of which, my lord;—it will probably have struck your lordship's rapid apprehension already,—would be, I venture to think, a very painful investigation of his past life, and a concomitant discrediting of his character, which although, as your lordship would point out to me, it cannot disturb that which is already settled, would yet produce an unpleasant effect out of doors, which, it is to be feared, he

would take care to aggravate by all means in his power, were he to refer his detention here, and consequent arrest, to any fancied economy on your lordship's part."

"I don't quite follow you about it, Mr. Larkin," [Pg 159] said Lord Verney, who generally looked a little stern when he was puzzled. "I don't quite apprehend the drift—be good enough to sit down—about it—of your remarks, as they bear upon Mr. Dingwell's wishes, and my conduct. Do *you*, Cleve?"

"I conjecture that Dingwell wants more money, and can't be got out of London without it," said Cleve.

"Eh? Well, that *did* occur to me; of *course*, that's plain enough—about it—and *what* a man that must be! and—God bless me! about it—all the money he has got from me! It's incredible, Mr.—a—*Larkin*, three hundred pounds, you know, and he wanted *five*, and that absurdly enormous weekly payment besides!"

"Your lordship has exactly, as usual, touched the point, and anticipated, with your wonted accuracy, the line at the other side; and indeed, I may also say, all that may be urged by way of argument, *pro* and *con*. It is a wonderful faculty!" added Mr. Larkin, looking down with a contemplative smile, and a little wondering shake of the head.

"¡Ja, ja! Algo parecido se ha comentado en nuestra familia al respecto", dijo el vizconde, muy complacido. "Facilita el negocio, más bien, espero, al respecto". [Pág. 160]

El abogado negó con la cabeza, pensativo, levantando las manos y dijo: "¡Nadie más que un profesional puede tener una *idea* !".

"¿Y qué sugieres?" preguntó Cleve, que quizás estaba un poco cansado de los cumplidos del abogado.

—Sí, ¿qué sugiere, señor ... señor *Larkin* ? Debería estar dispuesto a considerar su sugerencia. Cualquier cosa que sugiera, señor Larkin, *será* considerada —dijo lord Verney con aire grandilocuente, recostándose en su silla y cruzando las manos.

—Me siento mucho, mucho, halagado por la confianza de su señoría. El dinero anterior, tengo razones para pensar, milord, fue para saldar una vieja deuda, y tengo razones para *saber* que su guarida ha sido descubierta por otro acreedor. de quien, incluso si tuviera fondos a su disposición para salir de Inglaterra esta noche, sería difícil, si no imposible, escapar "

"¿Cuánto dinero quiere?" preguntó el señor Cleve Verney.

"Un *momento* , un *momento* , por favor. Iba a decir", dijo Lord Verney, "si él quiere dinero, al respecto, sería conveniente indicar la cantidad".

El señor Larkin, llamado así, se aclaró la voz y sus ojos de paloma se contrajeron y asumieron[Pág. 161] su mirada de rata, y dijo, mirando el rostro de Lord Verney, -

"Me temo, milord, que menos de trescientos ..."

Lord Verney frunció el ceño y asintió con la cabeza, después de un momento.

—Trescientas libras. Menos, digo, milord, no satisfará al acreedor, y quedará algo todavía para traerlo de vuelta y mantenerlo tranquilo allí por un tiempo; y creo, milord, si va a ir la longitud de *cinco* hundred--"

"Dios, se está volviendo bastante serio, señor ... señor señor, confieso que no entiendo ni la mitad de esta *persona* , señor Ding ... Dong ... lo que sea ... va demasiado *rápido* al respecto. Yo ... yo ... y Ésa es mi opinión clara —y Lord Verney miró y parpadeó severamente al abogado y se dio varias palmaditas en la barbilla con su fragante pañuelo de bolsillo—, muy irrazonable y monstruoso y, considerando todo lo que he hecho, muy *desagradecido* .

—Exactamente, milord; monstruosamente ingrato. No puedo describir a su señoría el problema que he tenido con esa persona extraordinaria y, me temo que debo añadir, diabólica. Me refiero, por supuesto, milord, a mi carácter privilegiado como teniendo el honor de mantener relaciones confidenciales con su señoría, con ese desafortunado hombre, Dingwell.[Pág. 162] Le aseguro que en una ocasión se apoderó de un atizador en su alojamiento y amenazó con arrancarme los sesos ".

"Muy bien, señor", dijo Lord Verney, cuya mente estaba ocupada en otro punto muy diferente; "y supongamos que *sí* , ¿qué ganamos, pregunto, ayudándolo?"

"Sencillamente, milord, es tan increíblemente imprudente y, como he dicho, *diabólico* , que si se decepcionó, creo que no se quedará en nada, ni siquiera hasta el punto de jurar que su testimonio a favor de su señoría fue *perjuro* . , con el propósito de vengarse, y su generosidad para con él en espera de la investigación, o más bien de la preparación de las pruebas, daría un color, lamentablemente, incluso a esa monstruosa acusación. Su señoría no puede tener idea, la elevación de su propia mente se lo impide. —Del personaje desesperado con el que hemos tenido que lidiar ".

—Por mi vida, señor, parece que me ha colocado en una posición agradable — dijo lord Verney sonrojándose bastante—.

"Mi señor, era inevitable", dijo el Sr. Larkin con tristeza.

"No creo que él pudiera haberlo ayudado, de verdad", dijo Cleve Verney.

"¿Y quién dice que podría?" -preguntó lord Verney con aspereza. "Siempre he dicho que no[Pág. 163]Que nos ayuden, y esa es la razón por la que lo *hice* , ¿no ves? pero se me permite decir, supongo, que la situación es sumamente *desfavorable* ; ¡Y así es, egad! "Y Lord Verney se puso nervioso, se acercó a la ventana, a la repisa de la chimenea ya la mesa, y jugueteó con muchas cosas.

Recuerdo que mi difunto hermano, Shadwell Verney, está muerto, pobre Shadwell, tuvo un mundo de problemas con un tipo, al respecto, que solía extorsionarlo para obtener dinero, algo que supongo, como este Sr. Ringwood, o quiero decir ... sabes su nombre, hasta que llamó a la policía y le puso fin ".

"Muy cierto, mi señor, es del todo cierto, pero ¿no le parece, señor, tal línea con el Sr. Dingwell podría conducir a una *fraycas* , y la posible incomodidad a la que *yo* ? Aventuré aludir *Usted* lo han visto, el Sr. ¿Verney?

"Sí; es una bestia, realmente lo *es* ; un poco loco, casi creo."

"Un poco loco, precisamente así; realmente lo es, milord, muy melancólico. Y soy tan claramente de opinión que si nos peleamos definitivamente con el Sr. Dingwell, podríamos encontrarnos en una posición extremadamente difícil, si ese fuera el caso. *mía*, no debería dudar en satisfacer al Sr. Dingwell, incluso con un sacrificio, en lugar de incurrir en la molestia que anticipo. Si me lo permite, mi[Pág. 164] Señor, para tratar el asunto con el señor Dingwell, creo que conseguiré que se marche tranquilamente.

"Me parece una suma muy seria, Sr. Larkin", dijo Lord Verney.

"Precisely so, my lord; serious—very serious; but your lordship made a remark once in my hearing which impressed me powerfully: it was to the effect that where an object is to be accomplished, it is better to expend a little too much power, than anything too little." I think that Mr. Larkin invented this remark of Lord Verney's, which, however, his lordship was pleased to recognise, notwithstanding.

So the attorney took his departure, to call again next day.

"Clever man that Mr.—Mr. Larkin—vastly clever," said Lord Verney. "I rather think there's a great deal in what he says—it's very disgusting—about it; but one must consider, you know—there's no harm in considering—and—and that Mr.—Dong—Dingleton, isn't it?—about it—a most offensive person. I must consider—I shall think it over, and give him my ideas to-morrow."

Cleve did not like an expression which had struck him in the attorney's face that day, and he proposed next day to write to Mr.[Pg 165] Dingwell, and actually did so, requesting that he would be so good as to call at Verney House.

Mr. Dingwell did not come; but a note came by post, saying that the writer, Mr. Dingwell, was not well enough to venture a call.

What I term Mr. Larkin's rat-like eyes, and a certain dark and even wicked look that crosses the attorney's face, when they appear, had left a profound sense of uncertainty in Cleve's mind respecting that gentleman's character and plans. It was simply a conviction that the attorney meditated something odd about Mr. Dingwell, and that no good man could look as he had looked.

There was no use in opening his suspicion, grounded on so slight a thing as a look, to his uncle, who, though often timid and hesitating, and in secret helpless, and at his wits' end for aid in arriving at a decision, was yet, in a matter where vanity was concerned, or a strong prejudice or caprice involved, often incredibly obstinate.

Mr. Larkin's look teased Cleve. Larkin might grow into an influence very important to that young gentleman, and was not lightly to be quarrelled with. He would not quarrel with him; but he would see Dingwell, if indeed that person[Pg 166] were still in London; a fact about which he had begun to have some odd misgivings. The note was written in a straight, cramp hand, and Mr. Larkin's face was in the background always. He knew Mr. Dingwell's address; an answer, real or forged, had reached him from it. So, full of dark dreams and conjectures, he got into a cab, and drove to the entrance of Rosemary Court, and knocked at Miss Sarah Rumble's door.

That good lady, from the shadow, looked suspiciously on him.

"Is Mr. Dingwell at home?"

"Mr. Dingwell, sir?" she repeated.

"Yes. Is he at home?"

"Mr. Dingwell, sir? *No* sir."

"Does not Mr. Dingwell live here?"

"There *was* a gentleman, please, sir, with a name like that. Go *back*, child," she said, sharply to Lucy Maria, who was peeping in the background, and who might not be edified, perhaps, by the dialogue. "Beg parding, sir," she continued, as the child disappeared; "they *are* so tiresome! There was an old gentleman lodging here, sir, please, which his name was like that I do remember."

Cleve Verney did not know what to think.

"Is there anyone in the house who knows Mr. Dingwell? I've come to be of use to him;[Pg 167] perhaps he could see me. Will you say Mr. Verney?"

"Mr.—*what*, sir, please?"

"Verney—here's my card; perhaps it is better."

As the conversation continued, Miss Rumble had gradually come more and more forward, closing the door more and more as she did so, so that she now confronted Cleve upon the step, and could have shut the door at her back, had he made any attempt to get in; and she called over her shoulder to Lucy Maria, and whispered something, and gave her, I suppose, the card; and in a minute more Miss Rumble opened the door wide, and showed "the gentleman" upstairs, and told him on the lobby she hoped he would not be offended, but that she had such positive orders as to leave her no choice; and that in fact Mr. Dingwell was in the drawing-room, and would be happy to see him, and almost at the same moment she threw open the door and introduced him, with a little courtesy, and—

"This way, please, sir; here's the gentleman, please, sir."

There he *did* find Mr. Dingwell, smoking a cigar, in his fez, slippers, and pea-green silk dressing-gown, with a cup of black coffee on the little table beside him, his *Times* and a few maga[Pg 168]zines there also. He looked, in vulgar parlance, "seedy," like an old fellow who had been raking the night before, and was wofully tired, and in no very genial temper.

"Will you excuse an old fellow, Mr. Verney, and take a chair for yourself? I'm not very well to-day. I suppose, from your note, you thought I had quitted London. It was not to be expected so old a plant should take root; but it's sometimes not worth moving 'em again, and they remain where they are, to wither, ha, ha, ha!"

"I should be sorry it was for any such purpose; but I am happy to find you still here, for I was really anxious to call and thank you."

"*Anxious—to thank me!* Are you really *serious*, Mr. Verney?" said Dingwell, lowering his cigar again, and looking with a stern smile in his visitor's face.

"Yes, sir; I *did* wish to call and tell you," said Cleve, determined not to grow angry; "and I *am* here to say that we are very much obliged."

"*We?*"

"Yes; my uncle and I."

"Oh, yes; well, it *is* something. I hope the coronet becomes him, and his robes. I venture to say he has got up the masquerading properties already; it's a pity there isn't a coronation or something at hand; and I suppose he'll put up a [Pg 169] monument to my dear friend Arthur—a mangy old dog he was, you'll allow me to say, though he was my friend, and very kind to me; and I, the most grateful fellow he ever met; I've been more grieved about him than any other person I can remember, upon my soul and honour—and a devilish dirty dog he was."

This last reflection was delivered in a melancholy aside, after the manner of a soliloquy, and Cleve did not exactly know how to take this old fellow's impertinence.

"Arthur Verney—poor fellow! your uncle. He had a great deal of the pride of his family, you know, along with utter degradation. Filthy dog!—pah!" And Mr. Dingwell lifted both his hands, and actually used that unpleasant utensil called a "spittoon," which is seen in taverns, to give expression, it seemed, to his disgust.

"But he had his pride, dear Arthur; he was proud, and wished for a tombstone. When he was dying, he said, 'I should like a monument—not of course in a cathedral, for I have been living so darkly, and a good deal talked about; but there's an old church or abbey near Malory (that I'm sure was the name of the place) where our family has been accustomed to bury its quiet respectabilities and its *mauvais sujets*; and I [Pg 170] think they might give me a pretty little monument there, quite quietly.' I think you'll do it, for you're a grateful person, and like thinking people; and he certainly did a great deal for his family by going out of it, and the little vanity of a monument would not cost much, and, as he said himself, no one would ever see it; and I promised, if I ever had an opportunity, to mention the subject to your uncle."

Cleve bowed.

"'And,' said he, 'there will be a little conflict of feeling. I am sure they'd like the *monument*, but they would not make an ostentation of *me*. But remind them of my Aunt Deborah. Poor old girl! she ran away with a fiddler.' Egad, sir! these were his very words, and I've found, on inquiring here, they were quite true. She ran away with a fiddler—egad! and I don't know how many little fiddlers she had; and, by Jove! he said if I came back I should recognise a possible cousin in every street-fiddler I met with, for music is a talent that runs in families. And so, when Atropos cut his fiddlestring, and he died, she took, he said, to selling mutton pies, for her maintenance, in Chester, and being properly proud as a Verney, though as a fiddler's widow necessitous, he said she used to cry, behind her little table, 'Hot mutton pies!' and then, *sotto* [Pg 171] *voce*, 'I hope nobody hears me;' and you may rely upon that family anecdote, for I had it from the lips

of that notorious member of your family, your uncle Arthur, and he hoped that they would comply with the tradition, and reconcile the Verney pride with Verney exigencies, and concede him the secret celebration of a monument."

"If you are serious——"

"Serious about a monument, sir! who the devil could be lively on such a subject?" and Mr. Dingwell looked unaccountably angry, and ground his teeth, and grew white. "A monument, cheap and nasty, I dare say; it isn't much for a poor devil from whom you've got everything. I suppose you'll speak to your uncle, sir."

"I'll speak to him, sir."

"Yes, *do*, pray, and prevail. I'm not very strong, sir, and there's something that remains for you and me to do, sir."

"What is that?"

"To rot under ground, sir; and as I shall go first, it would be pleasant to me to be able to present your affectionate regards to your uncle, when I meet him, and tell him that you had complied with his little fancy about the monument, as he seemed to make a point that his name should not be blotted totally from the records of his family."

Cleve was rather confirmed in his suspicions[Pg 172] about the sanity of this odious old man—as well he might—and, at all events, was resolved to endure him without a row.

"I shall certainly remember, and mention all you have said, sir," said Cleve.

"Yes," said the old man, in a grim meditation, looking down, and he chucked away the stump of his cigar, "it's a devilish hard case, Kismet!" he muttered.

"I suppose you find our London climate very different from that you have grown accustomed to?" said Cleve, approaching the point on which he desired some light.

"I lived in London for a long time, sir. I was—as perhaps you know—junior partner in the great Greek house of Prinkipi and Dingwell—d——n Prinkipi! say I. He ran us into trouble, sir; then came a smash, sir, and Prinkipi levanted, making a scapegoat of me, the most vilified and persecuted Greek merchant that ever came on 'Change! And, egad! if they could catch me, even now, I believe they'd bury me in a dungeon for the rest of my days, which, in that case, would not be many. I'm here, therefore, I may say, at the risk of my life."

"A very anxious situation, indeed, Mr. Dingwell; and I conclude you intend but a short stay here?"[Pg 173]

"Quite the contrary, sir. I mean to stay as long as I please, and that may be as long as I live."

"Oh! I had thought from something that Mr. Larkin said," began Cleve Verney.

"Larkin! He's a religious man, and does not put his candle under a bushel. He's very particular to say his prayers; and provided he says *them*, he takes leave to say what he likes beside."

Mr. Dingwell was shooting his arrows as freely as Cupid does; but Cleve did not take this satire for more than its worth.

"He may think it natural I should wish to be gone, and so I do," continued the old man, setting down his coffee cup, "if I could get away without the trouble of going, or was sure of a tolerably comfortable berth, at my journey's end; but I'm old, and travelling shakes me to pieces, and I have enemies elsewhere, as well as here; and the newspapers have been printing sketches of my life and adventures, and poking up attention about me, and awakening the slumbering recollection of persons by whom I had been, in effect, forgotten, *every-where*. No rest for the wicked, sir. I'm pursued; and, in fact, what little peace I might have enjoyed in this, the closing period of my life, has been irreparably[Pg 174] wrecked by my visit and public appearance here, to place your uncle, and by consequence *you*, in the position now secured to you. What do you think of me?"

"I think, sir, you have done us a great service; and I know we are very much obliged," said Cleve, with his most engaging smile.

"And do you know what I think of myself? I think I'm a d——d fool, unless I look for some advantage."

"Don't you think, sir, you have found it, on the whole, advantageous, your coming here?" insinuated Cleve.

"Barren, sir, as a voyage on the Dead Sea. The test is this—what have I by it? not five pounds, sir, in the world. Now, I've opened my mind a little to you upon this subject, and I'm of the same mind still; and if I've opened Aladdin's garden to you, with its fruitage of emeralds, rubies, and so forth, I expect to fill my snuff-box with the filings and chippings of your gigantic jewellery."

Cleve half repented his visit, now that the presence of the insatiable Mr. Dingwell, and his evident appetite for more money, had justified the representations of the suspected attorney.

"I shall speak to Mr. Larkin on the subject," said Cleve Verney.[Pg 175]

"D——n Larkin, sir! Speak to me."

"But, Mr. Dingwell, I have really, as I told you before, no authority to speak; and no one has the least power in the matter but my uncle."

"And what the devil did you come here for?" demanded Mr. Dingwell, suddenly blazing up into one of his unaccountable furies. "I suppose you expected me to congratulate you on your success, and to ask leave to see your uncle in his coronet—ha, ha, ha!—or his cap and bells, or whatever he wears. By —— sir, I hope he holds his head high, and struts like a peacock, and has pleasant dreams; time enough for nightmares, sir, hereafter, eh? Uneasy rests the head that wears the crown! Good evening, sir; I'll talk to Mr. Larkin."

And with these words Mr. Dingwell got up, looking unaccountably angry, and made a half-sarcastic, half-furious bow, wherewith he dismissed Mr. Cleve Verney, with more distinct convictions than ever that the old gentleman was an unmitigated beast, and more than half a lunatic.

---

[Pg 176]

## CHAPTER XVI.

### IN LORD VERNEY'S LIBRARY.

WHO should light upon Cleve that evening as he walked homeward but our friend Tom Sedley, who was struck by the anxious pallor and melancholy of his face.

Good-natured Sedley took his arm, and said he, as they walked on together,—

"Why don't you smile on your luck, Cleve?"

"How do you know what my luck is?"

"All the world knows that pretty well."

"All the world knows everything but its own business."

"Well, people do say that your uncle has lately got the oldest peerage—one of them—in England, and an estate of thirty-seven thousand a year, for one thing, and that you are heir-presumptive to these trifles."

"And that heirs-presumptive often get nothing but their heads in their hands."

"No, you'll not come Saint Denis nor any[Pg 177] other martyr over us, my dear boy; we know very well how you stand in that quarter."

"It's pleasant to have one's domestic relations so happily arranged by such very competent persons. I'm much obliged to all the world for the parental interest it takes in my private concerns."

"And it also strikes some people that a perfectly safe seat in the House of Commons is not to be had for nothing by every fellow who wishes it."

"But suppose I *don't* wish it."

"Oh! we may suppose anything."

Tom Sedley laughed as he said this, and Cleve looked at him sharply, but saw no uncomfortable meaning in his face.

"There is no good in talking of what one has not tried," said he. "If you had to go down to that tiresome House of Commons every time it sits; and had an uncle like mine to take you to task every time you missed a division—you'd soon be as tired of it as I am."

"I see, my dear fellow, you are bowed down under a load of good luck." They were at the door of Tom Sedley's lodgings by this time, and opening it, he continued, "I've something in my room to show you; just run up with me for a minute, and you'll say I'm a conjuror."

Cleve, not to be got into good spirits that even[Pg 178]ing, followed him upstairs, thinking of something else.

"I've got a key to your melancholy, Cleve," said he, leading the way into his drawing-room. "Look *there*," and he pointed to a clever copy in crayons of the famous Beatrice Cenci, which he had hung over his chimney-piece.

Tom Sedley laughed, looking in Cleve's eyes. A slight flush had suddenly tinged his visitor's face, as he saw the portrait. But he did not seem to enjoy the joke, on the contrary, he looked a little embarrassed and angry. "That's Guido's portrait—well, what about it?" he asked, rather surlily.

"Yes, of course; but who is it like?"

"Very few, I dare say, for *it* is very pretty; and except on canvas, there is hardly such a thing as a pretty girl to be seen. Is that all? for the life of me, I can't see where the conjuring lies."

"Not in the picture, but the *likeness*; don't you see it?"

"No" said Cleve. "I must go; are you coming?"

"Not see it!" said Tom. "Why if it were painted for her, it could not be more like. Why, it's the Flower of Cardyllian, the Star of Malory. It is *your* Miss Fanshawe—*my* Margaret—*our*[Pg 179] Miss Margaret Fanshawe. I'm making the fairest division I can, you see; and I would not be without it for all the world."

"She would be very much gratified if she heard it. It is so flattering to a young lady to have a fellow buy a coloured lithograph, and call it by her name, and crack jokes and spout mock heroics over it. It is the modern way of celebrating a lady's name. Don't you seriously think, Sedley, it would be better to smash it with a poker, and throw it into the fire, than go on taking such liberties with any young lady's name?"

"Upon my honour, Cleve, you mistake me; you do me great injustice. You used to laugh at me, you know, when I'm quite sure, thinking over it now, you were awfully gone about her yourself. I never told any one but you why I bought that picture; it isn't a lithograph, but painted, or drawn, or whatever they call it, with chalks, and it cost five guineas; and no one but you ever heard me mention Miss Fanshawe's name, except the people at Cardyllian, and then only as I might mention any other, and always with respect."

"What does it signify?" interrupted Cleve, in the middle of a forced yawn. "I'm tired to-day, and cross—don't you see; and man delights not[Pg 180] me, nor woman neither. So, if you're coming, come, for I must go."

"And, really, Cleve, the Cardyllian people do say (I've had letters) that you were awfully in love with her yourself, and always haunting those woods of Malory while she was there, and went away immediately she left, and have never been seen in Cardyllian since."

"Those Cretans were always liars, Tom Sedley. That comes direct from the club. I can fancy old Shrapnell in the light of the bow-window, composing his farrago of dreams, and lies, and chuckling and cackling over it."

"Well, I don't say that Shrapnell had anything to do with it; but I did hear at first they thought you were gone about little Agnes Etherage."

"Oh! they found that out—did they?" said Cleve. "But you know those people—I mean the Cardyllian people—as well, or better than I, and really, as a kindness to me, and to save me the trouble of endless explanations to my uncle, I would be so much obliged if you would not repeat their follies—unless, of course, you happen to believe them."

Cleve did not look more cheerful as he drove away in a cab which he took to get rid of his friend Tom Sedley. It was mortifying to find[Pg 181] how vain were his clever stratagems, and how the rustic chapmen of that Welsh village and their wives had penetrated his diplomacy. He thought he had killed the rumours about Malory, and yet that grain of mustard seed had grown while his eye was off it, with a gigantic luxuriance, and now was large enough to form a feature in the landscape, and quite visible from the windows of Ware—if his uncle should happen to visit that mansion—overtopping the roofs and chimneys of Cardyllian. His uncle meditated an early visit to Cardyllian, and a short stay at Ware, before the painters and gilders got possession of the house; a sort of ovation in demi-toilette, grand and friendly, and a foretaste of the splendours that were coming. Cleve did hope that those beasts would be quiet while Lord Verney was (as he in his grand manner termed it) "among them." He knew the danger of a vague suspicion seizing on his mind, how fast it clung, how it fermented like yeast, fantastic and obstinate as a foolish woman's jealousy—and as men sometimes will, he even magnified this danger. Altogether, Cleve was not causelessly anxious and alarmed. He had in the dark to navigate a channel which even in broad daylight tasked a good steersman.

When Cleve reached Verney House it was[Pg 182] eight o'clock. Lord Verney had ordered his brougham at half-past, and was going down to the House; he had something to say on Lord Frompington's bill. It was not very new, nor very deep, nor very much; but he had been close at it for the last three weeks. He had amused many gentlemen—and sometimes even ladies—at many dinner parties, with a very exact recital of his views. I cannot say that they were exactly *his*, for they were culled, perhaps unconsciously, from a variety of magazine articles and pamphlets, which happened to take Lord Verney's view of the question.

It is not given to any mortal to have his heart's desire in everything. Lord Verney had a great deal of this world's good things—wealth, family, rank. But he chose to aim at official station, and here his stars denied him.

Some people thought him a goose, and some only a bore. He was, as we know, pompous, conceited, obstinate, also weak and dry. His grandfather had been a cabinet minister, respectable and silent; and was not he wiser, brighter, and more learned than his grandfather? "Why on earth should not *he*?" His influence commanded two boroughs, and virtually two counties. The minister, therefore, treated him with distinction; and spoke of him confidentially as horribly[Pg 183] foolish, impracticable, and at times positively impertinent.

Lord Verney was subject to small pets and huffs, and sometimes was affronted with the Premier for four or five weeks together, although the fact escaped his notice. And when the viscount relented, he would make him a visit to quiet his

mind, and show him that friendly relations were re-established; and the minister would say, "Here comes that d——d Verney; I suppose I must give him half-an-hour!" and when the peer departed, thinking he had made the minister happy, the minister was seriously debating whether Lord Verney's boroughs were worth the price of Lord Verney's society.

His lordship was now in that sacred apartment, his library; where not even Cleve had a right to disturb him uninvited. Preliminaries, however, were now arranged; the servant announced him, and Cleve was commanded to enter.

"I have just had a line to say I shall be in time at half-past ten o'clock, about it. Frompington's bill won't be on till then; and take that chair and sit down, about it, won't you? I've a good many things on my mind; people put things upon me. *Some* people think I have a turn for business, and they ask me to consider and direct matters about *theirs*, and I do what[Pg 184] I can. There was poor Wimbledon, who died, about it, seven years ago. You remember Wimbledon—or—I say—you either remember him or you don't recollect him; but in either case it's of no importance. Let me see: Lady Wimbledon—she's connected with you, about it—your mother, remotely—remotely also with us, the Verneys. I've had a world of trouble about her settlements—I can't describe—I can't describe—I was not well advised, in fact, to accept the trust at all. Long ago, when poor Frompington—I mean poor Wimbledon, of course—have I been saying Wimbledon?"

Cleve at once satisfied him.

"Yes, of course. When poor Wimbledon looked as healthy and as strong as I do at this moment, about it—a long time ago. Poor Wimbledon!—he fancied, I suppose, I had some little turn, about it, for business—*some* of my friends *do*—and I accepted the trust when poor Wimbledon looked as little likely to be hurried into eternity, about it, as I do. I had a regard for him, poor Wimbledon, and he had a respect for me, and thought I could be of use to him after he was dead, and I have endeavoured, and people think I *have*. But Lady Wimbledon, the dowager, poor woman! She's very long-winded, poor soul, and gives me an infinity of trouble. One can't say[Pg 185] to a lady, 'You are detaining me; you are wandering from the subject; you fail to come to the point.' It would be taking a liberty, or something, about it. I had not seen Lady Wimbledon, simple 'oman, for seven years or more. It's a very entangled business, and I confess it seems rather unfair, that I should have my time, already sufficiently occupied with other, as I think, more important affairs, so seriously interrupted and abridged. There's going to be a bill filed—yes, and a great deal of annoyance. She has one unmarried daughter, Caroline, about it, who is not to have any power over her money until she is thirty-one. She's not that now. It was hardly fair to me, putting

it in trust so long. She is a very superior person—a young woman one does not meet with every day, about it; and—and very apprehensive—a great deal of mind—quite unusual. Do you know her?"

The viscount raised his eyes toward the ceiling with a smile that was mysterious and pleased.

Cleve did know that young lady of eight-and-twenty, and her dowager mamma, "simple 'oman," who had pursued him with extraordinary spirit and tenacity for several years, but that was past and over. Cleve experienced a thrill of pain at his heart. He suspected that the old torturing idea was again active in his uncle's mind.[Pg 186]

Yes, he *did* know them—ridiculous old woman; and the girl—he believed she'd marry any one; he fancied she would have done *him* that honour at one time, and he fancied that the trust, if it was to end when she was thirty-one, could not be very long in force.

"My dear Cleve, don't you think that's rather an odd way of speaking of a young lady? People used not in my time—that is, when I was a young man of two or three-and-twenty, about it—to talk so of young ladies. It was not considered a thing that ought to be done. I—I never heard a word of the kind."

Lord Verney's chivalry had actually called a little pink flush to his old cheeks, and he looked very seriously still at the cornice, and tapped a little nervous tattoo with his pencil-case on the table as he did so.

"I really did not mean—I only meant—in fact, uncle, I tell *you* everything; and poor Caroline is *so* much older than I, it always struck me as amusing."

"Their man of business in matters of law is Mr. Larkington, about it. *Our* man, you know—you know him."

"Oh, yes. They could not do better. Mr. Larkin—a very shrewd fellow. I went, by-the-by, to see that old man, Dingwell." [Pg 187]

"Ah, well, very good. We'll talk of that by-and-by, if you please; but it has been occurring to my mind, Cleve, that—that you should look about you. In fact, if you don't like one young lady, you may like another. It strikes me I never saw a greater number of pretty young women, about it, than there are at present in town. I do assure you, at that ball—where was it?—the place I saw you, and sent you down to the division—don't you remember?—and next day, I told you, I think, they never said so much as 'I'm obliged to you' for what I had done, though it was the saving of them, about it. I say I was quite struck; the spectacle was quite charming, about it, from no other cause; and you know there is Ethel—I

always said Ethel—and there *can* be no objection there; and I have distinct reasons for wishing you to be well connected, about it—in a political sense—and there is no harm in a little *money*; and, in fact, I have made up my mind, my dear Cleve, it is indispensable, and you *must* marry. I'm quite clear upon the point."

"I can promise you, my dear uncle, that I shan't marry without your approbation."

"Well, I rather took that for granted," observed Lord Verney, with dry solemnity.

"Of course. I only say it's very difficult some[Pg 188]times to see what's wisest. I have you, I know, uncle, to direct me; but you must allow I have also your example. You relied entirely upon yourself for your political position. You made it without the aid of any such step, and I should be only too proud to follow your example."

"A—yes—but the cases are different; there's a difference, about it. As I said in the debate on the Jewish Disabilities, there are no two cases, about it, precisely parallel; and I've given my serious consideration to the subject, and I am satisfied that for every reason you ought to choose a wife *immediately*; there's *no* reason against it, and you ought to choose a wife, about it, immediately; and my mind is made up quite decidedly, and I have spoken repeatedly; but now I tell you I recognise no reason for further delay—no reason against the step, and every reason for it; and in short, I shall have no choice but to treat any dilatory procedure in the matter as amounting to a distinct trifling with my known wishes, desire, and opinion."

And the Right Hon. Lord Viscount Verney smote his thin hand emphatically at these words, upon the table, as he used to do in his place in the House.

Then followed an impressive silence, the peer holding his head high, and looking a little[Pg 189] flushed; and Cleve very pale, with the ghost of the smile he had worn a few minutes before.

There are instruments that detect and measure with a beautiful accuracy, the presence and force of invisible influences—heat, electricity, air, moisture. If among all these "meters"—electronometers, hygrometers, anemometers—an *odynometer*, to detect the presence and measure the intensity of hidden *pain*, were procurable, and applied to the breast of that pale, smiling young man at that moment, I wonder to what degree in its scale its index would have pointed!

Cleve intended to make some slight and playful remark, he knew not what, but his voice failed him.

He had been thinking of this possibility—of this *hour*—for many a day, as some men will of the Day of Judgment, and putting it aside as a hateful thought,

possibly never to be embodied in *fact*, and here it was come upon him, suddenly, inevitably, in all its terrors.

"Well, certainly, uncle,—as you wish it. I must look about me—seriously. I know you wish me to be happy. I'm very grateful; you have always bestowed so much of your thought and care upon me—*too* good, a great deal."

So spoke the young man—white as that sheet of paper on which his uncle had been pencilling[Pg 190] two or three of what he called his thoughts—and almost as unconscious of the import of the words he repeated.

"I'm glad, my dear Cleve, you are sensible that I have been, I may say, kind; and now let me say that I think Ethel has a great deal in her favour. There are others, however, I am well aware, and there is time to look about, but I should wish something settled *this* season—in fact, before we break up, about it; in short I have, as I said, made up my mind. I don't act without reasons; I never do, and mine are conclusive; and it was on this topic, my dear Cleve, I wished to see you. And now I think you may as well have some dinner. I'm afraid I've detained you here rather long."

And Lord Verney rose, and moved toward a book-case with Hansard in it, to signify that the conference was ended, and that he desired to be alone in his study.

---

[Pg 191]

## CHAPTER XVII.

### AN OVATION.

CLEVE had no dinner; he had supped full of horrors. He got on his coat and hat, and appeared nowhere that evening, but took an immense walk instead, in the hope I dare say of tiring out his agony—perhaps simply because quietude and uninterrupted thought were unendurable.

Next day hope began a little to revive. An inventive mind is inexhaustible; and are not the resources of delay always considerable?

Who could have been acting upon his uncle's mind in this matter? The spring of Lord Verney's action was seldom quite within himself. All at once he recollected that he had come suddenly upon what seemed an unusually secret conference

between his uncle and Mr. Larkin about ten days since; it was in the library. He was sure the conversation had some reference to him. His uncle looked both annoyed and embarrassed when he came into the room; even the practised countenance of Mr. Larkin betrayed some faint signs of confusion.

Larkin he knew had been down in the neighbourhood of Ware, and probably in Cardyllian. Had anything reached him about the Malory romance? Mr. Larkin was a man who would not stick at trifles in hunting up evidence, and all that concerned *him* would now interest Mr. Larkin, and Cleve had too high an opinion of that gentleman's sagacity not to assume that if he had obtained the clue to his mystery he would make capital of the secret with Lord Verney. *Viscera magnorum domuum*—nothing like secret relations—confidences,—and what might not come of this? Of course, the first result would be a peremptory order on which Lord Verney had spoken last night. The only safety for the young man, it will be concluded, is to marry him suitably forthwith.

And—by Jove!—a flash of light! He had it! The whole thing was clear now. Yes; *he* was to be married to Caroline Oldys, because Mr. Larkin was the professional right hand of that family, and so the attorney would glide ultimately into the absolute command of the House of Verney!

To think of that indescribably vulgar rogue's actually shaping the fortunes and meting out the tortures of Cleve Verney.[Pg 193]

How much of our miseries result from the folly of those who would serve us! Here was Viscount Verney with, as respected Cleve, the issues of life very much in his fingers, dropping through sheer imbecility into the coarse hands of that odious attorney!

Cleve trembled with rage as he thought of the degradation to which that pompous fool, Lord Verney, was consigning him, yet what was to be done? Cleve was absolutely at the disposal of the peer, and the peer was unconsciously placing himself in the hands of Mr. Larkin, to be worked like a puppet, and spoken for by the Pharisaical attorney.

Cleve's theory hung together plausibly. It would have been gross folly to betray his jealousy of the attorney, whose opportunities with his uncle he had no means of limiting or interrupting, and against whom he had as yet no case.

He was gifted with a pretty talent for dissimulation; Mr. Larkin congratulated himself in secret upon Cleve's growing esteem and confidence. The young gentleman's manner was gracious and even friendly to a degree that was quite marked, and the unconscious attorney would have been startled had he learned on a sudden how much he hated him.

Ware—that great house which all across the[Pg 194] estuary in which its princely front was reflected, made quite a feature in the landscape sketched by so many tourists, from the pier on the shingle of Cardyllian on bright summer days, was about to be re-habilitated, and very splendid doings were to follow.

In the mean time, before the architects and contractors, the plumbers, and painters, and carpenters, and carvers, and gilders had taken possession, and before those wonderful artists in stucco who were to encrust and overspread the ceilings with noble designs, rich and graceful and light, of fruit and flowers and cupids, and from memory, not having read the guide-book of Cardyllian and its vicinity for more than a year, I should be afraid to say what arabesques, and imagery beside, had entered with their cements and their scaffolding; and before the three brother artists had got their passports for England who were to paint on the panels of the doors such festive pieces as Watteau loved. In short, before the chaos and confusion that attend the throes of that sort of creation had set in, Lord Verney was to make a visit of a few days to Ware, and was to visit Cardyllian and to receive a congratulatory address from the corporation of that ancient town, and to inspect the gas-works (which I am glad to say are hid away in a little hollow), and the two[Pg 195] fountains which supply the town—constructed, as the inscription tells, at the expense of "the Right Honourable Kiffyn Fulke, Nineteenth Viscount Verney, and Twenty-ninth Baron Penruthyn, of Malory." What else his lordship was to see, and to do, and to say on the day of his visit the county and other newspapers round about printed when the spectacle was actually over, and the great doings matter of history.

There were arches of evergreens and artificial flowers of paper, among which were very tolerable hollyhocks, though the roses were startling. Under these, Lord Viscount Verney and the "distinguished party" who accompanied him passed up Castle Street to the town-hall, where he was received by the mayor and town-councillors, accompanied and fortified by the town-clerk and other functionaries, all smiling except the mayor, on whom weighed the solemn responsibility of having to read the address, a composition, and no mean one, of the Rev. Dr. Splayfoot, who attended with parental anxiety "to see the little matter through," as he phrased it, and was so awfully engaged that Mrs. Splayfoot, who was on his arm, and asked him twice, in a whisper, whether the tall lady in purple silk was Lady Wimbledon, without receiving the slightest intimation that she was so much as heard, remarked testily that she[Pg 196] hoped he would not write many more addresses, inasmuch as it made him ill-bred to that degree that if the town-hall had fallen during the reading, he never would have perceived it till he had shaken his ears in kingdom-come. Lord Verney read his answer, which there was much anxiety and pressure to hear.

"Now it really *was* be-aautiful—*wasn't* it?" our friend Mrs. Jones, the draper, whispered, in particular reference to that part of it, in which the viscount invoked the blessing of the Almighty upon himself and his doings, gracefully admitting that in contravention of the Divine will and the decrees of heaven, even he could not be expected to accomplish much, though with the best intentions. And Captain Shrapnell, who felt that the sentiment was religious, and was anxious to be conspicuous, standing with his hat in his hand, with a sublime expression of countenance, said in an audible voice—"Amen."

All this over, and the building inspected, the distinguished party were conducted by the mayor, the militia band accompanying their march—[air—"The Meeting of the Waters"]—to the "Fountains" in Gunner's Lane, to which I have already alluded.

Here they were greeted by a detachment of the Llanwthyn Temperance Union, headed by short,[Pg 197] fat Thomas Pritchard, the interesting apostle of total abstinence, who used to preach on the subject alternately in Welsh and English in all the towns who would hear his gospel, in most of which he was remembered as having been repeatedly fined for public intoxication, and known by the familiar pet-name of "Swipey Tom," before his remarkable conversion.

Mr. Pritchard now led the choir of the Lanwthyn Temperance Union, consisting of seven members, of various sizes, dressed in their Sunday costume, and standing in a row in front of fountain No. 1—each with his hat in his left hand and a tumbler of fair water in his right.

Good Mrs. Jones, who had a vague sense of fun, and remembered anecdotes of the principal figure in this imposing spectacle, did laugh a little modestly into her handkerchief, and answered the admonitory jog of her husband's elbow by pleading—"Poor fellows! Well, you know it *is* odd—there's no denying *that* you know;" and from the background were heard some jeers from the excursionists who visited Cardyllian for that gala, which kept Hughes, the Cardyllian policeman, and Evans, the other "horney," who had been drafted from Llwynan, to help to overawe the turbulent, very hot and active during that part of the ceremony.[Pg 198]

Particularly unruly was John Swillers, who, having failed as a publican in Liverpool, in consequence of his practice of drinking the greater part of his own stock in trade, had migrated to "The Golden Posts" in Church Street, Cardyllian, where he ceased to roll his barrel, set up his tressels, and had tabernacled for the present, drinking his usual proportion of his own liquors, and expecting the hour of a new migration.

Over the heads of the spectators and the admiring natives of Cardyllian were heard such exhortations as "Go it, Swipecy." "There's gin in that," "Five shillin's for his vorship, Swipecy," "I say, Swipecy Tom, pay your score at the Golden Posts, will ye?" "Will ye go a bit on the stretcher, Swipecy?" "Here's two horneys as 'll take ye home arter that."

And these interruptions, I am sorry to say, continued, notwithstanding the remonstrances which Mr. Hughes addressed almost pathetically to John Swillers of the Golden Posts, as a respectable citizen of Cardyllian, one from whose position the police were led to expect assistance and the populace an example. There was something in these expostulations which struck John Swillers, for he would look with a tipsy solemnity in Hughes's face while he delivered them, and once took his hand, rather affectionately, and said,[Pg 199] "That's your sort." But invariably these unpleasant interpolations were resumed, and did not cease until this moral exhibition had ended with the last verse of the temperance song, chanted by the deputation with great vigour, in unison, and which, as the reader will perceive, had in it a Bacchanalian character, which struck even the gravest listeners as a hollow mockery:—

Refreshing more than sinful swipes,  
The weary man Who quaffs a can,  
That sparkling foams through leaden pipes.

CHORUS.

Let every man Then, fill his can,  
And fill the glass Of every lass  
In brimming bumpers sparkling clear,  
To pledge the health of Verney's Peer!

And then came a chill and ghastly "hip-hip, hurrah," and with some gracious inquiries on Lord Verney's part, as to the numbers, progress, and finances of "their interesting association," and a subscription of ten pounds, which Mr. John Swillers took leave to remark, "wouldn't be laid out on water, by *no* means," the viscount, with grand and radiant Mr. Larkin at his elbow, and frequently murmuring in his ear—to the infinite disgust of my friend, Wynne Williams, the[Pg 200] Cardyllian attorney, thus out-strutted and out-crowed on his own rustic elevation—was winning golden opinions from all sorts of men.

The party went on, after the wonders of the town had been exhausted, to look at Malory, and thence returned to a collation, at which toasts were toasted and speeches spoken, and Captain Shrapnell spoke, by arrangement, for the ladies of Cardyllian in his usual graceful and facetious manner, with all the puns and happy allusions which a month's private diligence, and, I am sorry to say, some shameless plagiarisms from three old numbers of poor Tom Hood's "Comic Annual," could get together, and the gallant captain concluded by observing that the noble lord whom they had that day the honour and happiness to congratulate,

intended, he understood, everything that was splendid and liberal and handsome, and that the town of Cardyllian, in the full radiance of the meridian sunshine, whose golden splendour proceeded from the *south*—"The cardinal point at which the great house of Ware is visible from the Green of Cardyllian"—(hear, hear, and laughter)—"there remained but one grievance to be redressed, and that set to rights, every ground of complaint would slumber for ever, he might say, in the great bed of Ware"—(loud cheers and laughter)[Pg 201]—"and what was that complaint? He was instructed by his fair, lovely, and beautiful clients—the ladies of Cardyllian—some of whom he saw in the gallery, and some still more happily situated at the festive board"—(a laugh). "Well, he was, he repeated, instructed by them to say that there was one obvious duty which the noble lord owed to his ancient name—to the fame of his public position—to the coronet, whose golden band encircled his distinguished brow—and above all, to the ancient feudal dependency of Cardyllian"—(hear, hear)—"and that was to select from his county's beauty, fascination, and accomplishment, and he might say loveliness, a partner worthy to share the ermine and the coronet and the name and the—ermine" (hear, hear) "of the ancient house of Verney" (loud cheers); "and need he add that when the selection was made, it was hoped and trusted and aspired after, that the selection would not be made a hundred miles away from the ivied turrets, the feudal ruins, the gushing fountains, and the spacious town-hall of Cardyllian" (loud and long-continued cheering, amid which the gallant captain, very hot, and red, and smiling furiously, sat down with a sort of lurch, and drank off a glass of champagne, and laughed and giggled a little in his chair, while the "cheering and laughter" continued).[Pg 202]

And Lord Verney rose, not at all hurt by this liberty, very much amused on the contrary, and in high good humour his lordship said,—

"Permítame decir - estoy seguro de que lo hará" - (escuchar, escuchar y gritos de "Lo haremos") - "Digo, estoy seguro de que me permitirán decir que las damas de Cardyllian, aa-sobre esto , me parece que he elegido un portavoz muy elocuente en el galante, y no tengo ninguna duda, distinguido oficial que acaba de dirigirse a la casa. Nos ha entretenido a todos la elocuencia del capitán Scollop "- [aquí el alcalde susurró algo deferentemente al noble orador] - "Le ruego que me disculpe - Capitán Grapnell - que se sienta a la mesa, con su copa de vino, al respecto - y muy buen vino es - su copa, digo, donde debe estar, en su mano "- (escuchar, escuchar y reír, y" Lo tienes ahí, capitán "). "[Pág. 203]honestamente, como un hombre que estaba recibiendo lo peor y lo sabía, pero se lo tomó con agrado). "No, no sería justo para las damas al respecto" (risas y vítores renovados), "y todo lo que *haré*digamos esto, al respecto: hay partes del discurso del capitán Scraplet que no me comprometo a responder en este momento. Siento que estoy invadiendo, al respecto, durante mucho más tiempo

del que tenía previsto "(gritos fuertes de" No, no, sigue, sigue ", y vítores, durante los cuales el alcalde susurró algo al noble señor , quien, habiéndolo oído dos o tres veces repetido, asintió con la cabeza al alcalde con evidente aprensión, y cuando se restableció el silencio, procedió a decir): "Acabo de escuchar, sin querer decir nada injusto, del galante capitán, Capitán Scalpel, que él mismo apenas está calificado para darme el excelente consejo que recibí de él; porque me dicen que prefirió huir, por eso, de sus colores, en esa ocasión "(Grandes risas y vítores)".[Pág. 204] parte, le prometo a mi valiente amigo, mi capitán, al respecto, que aunque pueda tomarme algún tiempo, como él "(risa fuerte)," aunque no puedo dejar caer, al respecto, cualquier observación que pueda comprometerme, sin embargo Prometo meditar en el excelente consejo que ha tenido la bondad de darme al respecto ". Y el noble señor volvió a sentarse en medio de gritos estruendosos y risas en general, preguntándose qué había sucedido para ponerlo en la vena, y lamentando que algunas personas de Downing Street no habían estado presentes para escucharlo y presenciar sus efectos.

---

[Pág. 205]

## **CAPITULO XVIII.**

### **VIEJOS AMIGOS EN EL VERDE.**

TOM SEDLEY vio a las chicas de Etherage en el green y, en lugar de ayudar como había planeado, en los grandes acontecimientos de la ciudad, se acercó para conversar con ellas.

Quienes conocen Cardyllian recuerdan los dos asientos, en parte de piedra y en parte de madera, que se colocan en el green, cerca del margen del mar, asientos sin respaldo, en los que uno puede sentarse con igual comodidad, de cara al agua y a las montañas lejanas. o la ciudad de fachada blanca y el antiguo castillo de Cardyllian. Mirando hacia esta última perspectiva, las damas se sentaron, interesadas, sin duda, aunque preferían una vista lejana, en el inusual bullicio del tranquilo y antiguo lugar.

En uno de estos asientos se sentaron Charity y Agnes, y mientras se acercaba, sonriendo, ¡se levantó Charity y caminó algunos pasos hacia él! mirando con amabilidad, pero sin sonreír, porque esa no era ella[Pág. 206] solía, y con su mano delgada, en un guante de piel de ciervo, se extendió para saludarlo.

"¿Cómo estás, Thomas Sedley? ¿Cuándo llegaste?" preguntó la señorita Charity, mucho más contenta de verlo de lo que parecía.

"Llegué esta mañana; estás bien, espero"; estaba mirando a Agnes y se habría alejado de la señorita Charity, pero ella lo sujetaba inmóvil de la mano.

"Todo muy bien, gracias, excepto Agnes. No creo que esté muy bien. Tengo mucho que contarte cuando tú y yo tengamos una oportunidad tranquila, pero no ahora", estaba hablando en voz baja. ; - "y ahora ve y pregúntale a Agnes cómo está".

Así lo hizo. Ella sonrió un poco lánguidamente, pensó, y no se veía muy fuerte, pero estaba más bonita que nunca, ¡ *muy* bonita! Ella también se sonrojó, muy brillantemente, cuando él se acercó; habría sido halagador no haber visto a Cleve Verney caminar rápidamente sobre el green hacia el grupo de Etherage. ¿Para quién fue el rubor? Dos caballeros habían disparado simultáneamente.

"¿Tu pájaro? ¿Prefiero pensar en *mi* pájaro? ¿No es así?"

Ahora Tom Sedley no pensaba que el pájaro fuera suyo y, de alguna manera, se sintió extrañamente molesto. Y superó su saludo incómodo; su [Pg 207] Cleve Verney, que se acercaba rápidamente, estaba alejada.

"¡Oh! Sr. Verney, ¡ *qué* hora es desde la última vez que lo vimos!" exclamó enfáticamente la señorita Charity; "Realmente comencé a pensar que *nunca* vendrías".

"Muy bien de su parte, señorita Etherage, al pensar en mí."

"¡Y nunca me diste tu suscripción para nuestras pobres ancianas, el invierno pasado!"

—¡Oh! ¿Mi suscripción? Te la daré ahora ... ¿qué iba a ser ... una libra?

"No, prometiste sólo diez chelines, pero *debería* ser una libra. Creo que menos sería *vergonzoso*".

Entonces, señorita Agnes, ¿será una libra? dijo, volviéndose hacia ella con una carcajada, con los dedos en el bolso, "haré lo que digas".

" *Agnes* -Por supuesto, una libra", dijo Caridad, en su estilo de vivero de la amonestación.

"Charity dice que debe ser una libra", respondió Agnes.

"¿Y tú lo dices?"

"Por supuesto que debo."

—Entonces una libra *es* ... y cuidado —añadió, riendo y volviéndose hacia la señorita Charity con la moneda en los dedos—, voy a figurar en su libro de benefactores, su libro dorado de santos, o *mártires*, mejor dicho. ; pero no necesitas dejar mi[Pág. 208] nombre, sólo 'La amiga de la vieja', o 'Amante de la franela' o 'Promotora de enaguas', o cualquier otro alias benévolo que creas que se convierta.

—La amiga de la anciana le irá muy bien —dijo Charity con gravedad—. "Gracias, Sr. Verney, y estábamos *tan* contentos de escuchar que su tío ha tenido éxito en el pasado a la nobleza. Él puede ser de tal *uso* -Realmente sería-él y que *ambos*, el Sr. Verney-bastante sorprendido y sorprendido, si supieras cuánta pobreza hay en este pueblo".

"Está bien que no lo sepa ahora, porque quiere todo su ingenio sobre él. Esta es una ocasión crítica, ya sabes, y la ciudad espera grandes cosas de un orador experimentado. Me he escabullido, solo por cinco minutos, para preguntarle la noticia. Estamos en Ware, por unos días; sólo dos o tres amigos con nosotros. Se cruzaron en mi barco hoy. Vamos a soltar a todos los comerciantes de la tierra sueltos en la casa en un en unos pocos días. Se hará en un tiempo increíblemente corto; y mi tío está hablando de contratar a algunas de sus parientes ancianas para que actúen como chaperones, y esperamos tenerlos a todos allí. Saben que todo está inventado, que un poco de frialdad entre mi tío y tu padre. Me alegro mucho. Tu padre le escribió hoy una nota tan bonita explicando su ausencia[Pág. 209]— Nunca se mete entre la multitud, dice— y Lord Verney le escribió una línea para decirle que, si se lo permitía, iría a Hazelden para presentar sus respetos esta tarde.

Este movimiento fue una sugerencia de Larkin, quien estaba bastante bien en estrategia electoral.

"He comprobado, milord, que es bueno para ciento treinta y siete votos en el condado, y su señoría lo ha manejado con un tacto tan consumado que un poquito más, con la bendición divina, inducirá a los más felices y Puedo decir, considerando la disparidad de las relaciones de su señoría y las suyas, los sentimientos más *obedientes* de su parte, lo que resultó, de hecho, en que su señoría obtuviera el mando absoluto de la circunscripción. Usted fue derrotado, milord, la última vez, sólo por cuarenta y tres votos, con su influencia contra usted. Si su señoría pusiera en marcha a su sobrino, el señor Cleve Verney, para la próxima vez, habiendo hecho su terreno bien con él, sería devuelto, humanamente hablando, por una amplia mayoría. "

"Entonces, Señor de Verney va a ver a papá! Agnes, *que* debería estar en casa. Él debe tener el almuerzo."

"No, mil gracias, pero todo eso se explica. Hay un almuerzo en el ayuntamiento, es parte del programa, y discursos[Pág. 210]—Y toda esa clase de basura; por lo que solo puede correr unos minutos, solo para decir: '¿Cómo estás?' y lejos de nuevo. Entonces, oren, no piensen en ir hasta allí, él vendrá aquí para que lo presenten y lo conozcan. Y ahora cuéntame todas tus novedades ".

"Bueno, esa gente extraña se fue de Malory", comenzó Charity.

—Oh, sí, escuché, creo, algo de eso —dijo Cleve, con la intención de cambiar de tema, quizás; pero la señorita Charity prosiguió, porque en esa escena sin acontecimientos un acontecimiento de cualquier tipo es demasiado precioso para borrarlo del registro por cualquier motivo.

"Se fueron tan misteriosamente como llegaron, casi, y tan repentinamente",

—Te olvidaste, Charity, querida, el señor Verney estaba en Ware cuando se fueron, y aquí dos o tres veces después de que salieron de Malory.

"Así *era* ", dijo Cleve, con una mirada inquieta a Tom Sedley; " *Sabía* que había oído algo al respecto".

—Oh, sí, y dicen que el viejo estaba loco y endeudado.

"¡Qué combinación!" dijo Cleve.

—Sí, se lo aseguro, y vino un judío con veinte o treinta alguaciles. Sólo le estoy contando lo que oyó el señor Apjohn y la gente de aquí.[Pág. 211]cuéntanos ... y un médico loco, y gente con chaleco de fuerza, y rodearon a Malory; pero era! - no se ha ido un ser humano sabía dónde, y esa chica guapo, no era ella bastante *abeja-au-tiful* ?"

"Oh, lo que todo el mundo dice, ya sabes, *debe* ser verdad", dijo Cleve.

"¿Qué es lo *que te dice*?" instó a Tom Sedley.

"Oh, les digo lo mismo a todos, por supuesto."

—Bueno, creo que sí, porque sabe que está desesperadamente enamorado de ella —dijo la señorita Charity.

"I? Why, I really never spoke to her in all my life. Now, if you had said Cleve Verney."

"Oh, yes! If you had named *me*. But, by Jove! there they go. Do you see? My uncle and the mayor, and all the lesser people, trooping away to the town-hall. Good-bye! I haven't another moment. You'll be here, I *hope*, when we get out; *do, pray*. I have not a moment."

And he meant a glance for Miss Agnes, but it lost itself in air, for that young lady was looking down, in a little reverie, on the grass, at the tip of her tiny boot.

"*There's* old Miss Christian out, I declare!" exclaimed Charity. "Did you ever *hear* of such[Pg 212] a thing? I *wonder* whether Doctor Lyster knows she is out to-day. I'll just go and speak to her. If he doesn't, I'll simply tell her she is *mad*!"

And away marched Miss Charity, bent upon finding out, as she said, all about it.

"Agnes," said Tom Sedley, "it seemed to me to-day, you were not glad to see me. Are you vexed with me?"

"Vexed? No, indeed!" she said, gently, and looking up with a smile.

"And your sister said——" Tom paused, for he did not know whether Charity's whisper about her not having been "very strong" might not be a confidence.

"*What* does Charity say?" asked Agnes, almost sharply, while a little flush appeared in her cheeks.

"Well, she said she did not think you were so strong as usual. That was all."

"That was *all*—no great consequence," said she, with a little smile upon the grass and sea-pinks—a smile that was bitter.

"You can't think I meant that, little Agnes, *I* of all people; but I never was good at talking. And you *know* I did not mean that."

"People often say—I do, I know—what they mean without intending it," she answered, care[Pg 213]lessly. "I *know* you would not make a rude speech—I'm sure of that; and as to what we say accidentally, can it signify very much? Mr. Verney said he was coming back after the speeches, and Lord Verney, he said, didn't he? I wonder you don't look in at the town-hall. You could make us laugh by telling all about it, by-and-by—that is, if we happen to see you again."

"Of *course* you should see me again."

"I meant this evening; to-morrow, perhaps, we should," said she.

"If I went there; but I'm not going. I think that old fellow, Lord Verney, Cleve's uncle, is an impertinent old muff. Every one knows he's a muff, though he *is* Cleve's uncle; he gave me just one finger to-day, and looked at me as if I ought to be anywhere but where I was. I have as good a right as *he* to be in Cardyllian, and I venture to say the people like me a great deal better than they like him, or ever will."

"And so you punish him by refusing your countenance to this—what shall I call it?—gala."

"Oh! of course you take the Verneys' part against me; they are swells, and I am a nobody."

He thought Miss Agnes coloured a little at [Pg 214] this remark. The blood grows sensitive and capricious when people are ailing, and a hint is enough to send it to and fro; but she said only,—

"I never heard of the feud before. I thought that you and Mr. Verney were very good friends."

"So we were; so we *are*—Cleve and I. Of course, I was speaking of the old lord. Cleve, of course, no one ever hears anything but praises of Cleve. I suppose I ought to beg your pardon for having talked as I did of old Lord Verney; it's petty treason, isn't it, to talk lightly of a Verney, in Cardyllian or its neighbourhood?" said Sedley, a little sourly.

"I don't know *that*; but I dare say, if you mean to ask leave to fish or shoot, it might be as well not to attack them."

"Well, I shan't in your hearing."

And with this speech came a silence.

"I don't think, somehow, that Cleve is as frank with me as he used to be. Can you imagine any reason?" said Tom, after an interval.

"I? No, upon my word—unless you are as frank to him about his uncle, as you have been with me."

"Well, I'm *not*. I never spoke to him about his uncle. But Shrapnell, who tells me all the [Pg 215] news of Cardyllian while I'm away"—this was pointedly spoken—"said, I thought, that he had not been down here ever since the Malory people left, and I find that he was here for a week—at least at Ware—last autumn, for a fortnight; and he never told me, though he knew, for I said so to him, that I thought that he had stayed away; and I think that was very odd."

"He may have thought that he was not bound to account to you for his time and movements," said Miss Agnes.

"Well, he *was* here; Mrs. Jones was good enough to tell me so, though other people make a secret of it. *You* saw him here, I dare say."

"Yes, he *was* here, for a few days. I think in October, or the end of September."

"Oh! thank you. But, as I said, I had heard that already from Mrs. Jones, who is a most inconvenient gossip upon nearly *all* subjects."

"I rather like Mrs. Jones; you mean the 'draper,' as we call her? and if Mr. Verney is not as communicative as you would have him, I really can't help it. I can only assure you, for your comfort, that the mysterious tenants of Malory had disappeared long before that visit." [Pg 216]

"I know perfectly well when they went away," said Sedley, drily.

Miss Agnes nodded with a scarcely perceptible smile.

"And I know—that is, I found out afterwards—that he admired her, I mean the young lady—Margaret, they called her—awfully. He never let me know it himself, though. I hate fellows being so close and dark about everything, and I've found out other things; and, in short, if people don't like to tell me their—*secrets* I won't call them, for everyone in Cardyllian knows all about them—I'm hanged if I ask them. All I know is, that Cleve is going to live a good deal at Ware, which means at Cardyllian, which will be a charming thing, a positive blessing,—won't it?—for the inhabitants and neighbours; and that I shall trouble them very little henceforward with my presence. There's Charity beckoning to me; would you mind my going to see what she wants?"

So, dismissed, away he ran like a "fielder" after a "by," as he had often run over the same ground before.

"Thomas Sedley, I want you to tell Lyster, the apothecary, to send a small bottle of *sal volatile* to Miss Christian immediately. I'd go myself—it's only round the corner—but I'm afraid of the [Pg 217] crowd. If he can give it to you now, perhaps you'd bring it, and I'll wait here."

When he brought back the phial, and Miss Charity had given it with a message at Miss Christian's trelliced door, she took Tom's arm, and said,—

"She has not been looking well."

"You mean Agnes?" conjectured he.

"Yes, of course. She's not herself. She does not tell me, but I *know* the cause, and, as an old friend of ours, and a friend, beside, of Mr. Cleve Verney, I must tell you that I think he is using her *disgracefully*."

"Really?"

"Yes, *most flagitiously*."

"How do you mean? Shrapnell wrote me word that he was very attentive, and used to join her in her walks; and afterwards he said that he had been mistaken, and discovered that he was awfully in love with the young lady at Malory."

"*Don't* believe a word of it. I wonder at Captain Shrapnell circulating such *insanity*. He must *know* how it really was, and *is*. I look upon it as *perfectly wicked*, the way that Captain Shrapnell talks. You're not to mention it, *of course*, to anyone. It would be *scandalous* of you, Thomas Sedley, to *think* of breathing a word[Pg 218] to *mortal—mind that*; but I'm certain you *wouldn't*."

"What a beast Cleve Verney has turned out!" exclaimed Tom Sedley. "Do you think she still cares for him?"

"Why, of course she does. If he had been paying his addresses to *me*, and that *I* had grown by his perseverance and *devotion* to like him, do you think, Thomas Sedley, that although I might give him up in consequence of his misconduct, that I could ever cease to feel the same kind of feeling about him?" And as she put this incongruous case, she held Tom Sedley's arm firmly, showing her bony wrist above her glove; and with her gaunt brown face and saucer eyes turned full upon him, rather fiercely, Tom felt an inward convulsion at the picture of Cleve's adorations at this shrine, and the melting of the nymph, which by a miracle he repressed.

"But *you* may have more constancy than Agnes," he suggested.

"Don't talk like a *fool*, Thomas Sedley. *Every nice girl* is the *same*."

"May I talk to Cleve about it?"

"On *no account*. No *nice* girl could marry him *now*, and an apology would be simply *ridiculous*. I have not spoken to him on the subject, and though I had intended cutting him, my[Pg 219] friend Mrs. Splayfoot was so clear that I should meet him just as usual, that I do control the *expression* of my feelings, and endeavour to talk to him indifferently, though I should like *uncommonly* to tell him how *odious* I shall always think him."

"Yes, I remember," said Tom, who had been pondering. "Cleve *did* tell me, that time—it's more than a year ago now—it was a year in autumn—that he admired Agnes, and used to walk with you on the green every day; he *did* certainly. I must do him that justice. But suppose Agnes did not show that she liked him, he might not have seen any harm."

"That's the way you men always take one another's parts. I must say, I think it is *odious*!" exclaimed Charity, with a flush in her thin cheeks, and a terrible emphasis.

"But, I say, *did* she let him see that she liked him?"

"*No*, of course she didn't. No *nice* girl would. But of course he *saw* it," argued Charity.

"Oh, then she *showed* it?"

"No, she did *not* show it; there was *nothing* in anything she *said* or *did*, that *could* lead anyone, by look, or word, or act, to imagine that she liked him. How *can* you be so *perverse* and *ridiculous*, Thomas Sedley, to think she'd *show* her liking?[Pg 220] Why, even *I* don't know it. I never *saw* it. She's a *great deal too nice*. You don't *know* Agnes. I should not venture to *hint* at it myself. Gracious goodness! What a *fool* you are, Thomas Sedley! Hush."

The concluding caution was administered in consequence of their having got very near the seat where Agnes was sitting.

"Miss Christian is only nervous, poor old thing! and Thomas Sedley has been getting *sal volatile* for her, and she'll be quite well in a day or two. Hadn't we better walk a little up and down; it's growing too cold for you to sit any longer, Agnes, dear. Come."

And up got obedient Agnes, and the party of three walked up and down the green, conversing upon all sorts of subjects but the one so ably handled by Charity and Tom Sedley in their two or three minutes' private talk.

And now the noble lord and his party, and the mayor, and the corporation, and Mr. Larkin, and Captain Shrapnell, and many other celebrities, were seen slowly emerging from the lane that passes the George Inn, upon the green; and the peer having said a word or two to the mayor, and also to Lady Wimbledon, and bowed and pointed toward the jetty, the main body proceeded slowly toward that point, while Lord Verney, accompanied[Pg 221] by Cleve, walked grandly towards the young ladies who were to be presented.

Tom Sedley, observing this movement, took his leave hastily, and, in rather a marked way, walked off at right angles with Lord Verney's line of march, twirling his cane.

---

[Pg 222]

## CHAPTER XIX.

## VANE ETHERAGE GREETES LORD VERNEY.

SO the great Lord Verney, with the flush of his brilliant successes in the town-hall still upon his thin cheeks, and a countenance dry and solemn, to which smiling came not easily, made the acquaintance of the Miss Etherages, and observed that the younger was "sweetly pretty, about it, and her elder sister appeared to him a particularly sensible young woman, and was, he understood, very useful in the charities, and things." And he repeated to them in his formal way, his hope of seeing them at Ware, and was as gracious as such a man can be, and instead of attorneys and writs sent grouse and grapes to Hazelden.

And thus this narrow man, who did not easily forgive, expanded and forgave, and the secret of the subsidence of the quarrel, and of the Christian solution of the "difficulty," was simply Mr. Vane Etherage's hundred and thirty votes in the county.

What a blessing to these counties is repre[Pg 223]sentative government, with its attendant institution of the canvass! It is the one galvanism which no material can resist. It melts every heart, and makes the coldest, hardest, and heaviest metals burst into beautiful flame. Granted that at starting, the geniality, repentance, kindness, are so many arrant hypocrisies; yet who can tell whether these repentances, in white sheets, taper in hand, these offerings of birds and fruits, these smiles and compliments, and "Christian courtesies," may not end in improving the man who is compelled to act like a good fellow and accept his kindly canons, and improve *him* also with whom these better relations are established? As muscle is added to the limb, so strength is added to the particular moral quality we exercise, and kindness is elicited, and men perhaps end by having some of the attributes which they began by affecting. At all events, any recognition of the kindly and peaceable social philosophy of Christianity is, so far as it goes, good.

"What a sensible, nice, hospitable old man Lord Verney is; I think him *the* most sensible and the *niciest man I ever* met," said Miss Charity, in an enthusiasm which was quite genuine, for she was, honestly, no respecter of persons. "And young Mr. Verney certainly looked very handsome, but I don't like him." [Pg 224]

"Don't like him! *Why?*" said Agnes, looking up.

"Because I think him perfectly *odious*," replied Miss Charity.

Agnes was inured to Miss Charity's adjectives, and even the fierce flush that accompanied some of them failed to alarm her.

"Well, I rather like him," she said, quietly.

"You *can't* like him, Agnes. It is not a matter of opinion at all; it's just simply a matter of *fact*—and you *know* that he is a most *worldly, selfish, cruel,* and *I* think, *wicked* young man, and you need not talk about him, for he's *odious*. And here comes Thomas Sedley again."

Agnes smiled a faint and bitter smile.

"And what do you think of *him*?" she asked.

"Thomas Sedley? Of course I like him; we all like him. Don't you?" answered Charity.

"Yes, pretty well—very well. I suppose he has faults, like other people. He's good-humoured, selfish, of course—I fancy they all are. And papa likes him, I think; but really, Charrie, if you want to know, I don't care if I never saw him again."

"Hush!"

"*Well!* You've got rid of the Verneys, and here I am again," said Tom, approaching. "They are going up to Hazelden to see your father." [Pg 225]

And so they were—up that pretty walk that passes the mills and ascends steeply by the precipitous side of the wooded glen, so steep, that in two places you have to mount by rude flights of steps—a most sequestered glen, and utterly silent, except for the sound of the mill-stream tinkling and crooning through the rocks below, unseen through the dense boughs and stems of the wood beneath.

If Lord Verney in his conciliatory condescension was grand, so was Vane Etherage on the occasion of receiving and forgiving him at Hazelden. He had considered and constructed a little speech, with some pomp of language, florid and magnanimous. He had sat in his bath-chair for half an hour at the little iron gate of the flower-garden of Hazelden, no inmate of which had ever seen him look, for a continuance, so sublimely important, and indeed solemn, as he had done all that morning.

Vane Etherage had made his arrangements to receive Lord Verney with a dignified deference. He was to be wheeled down the incline about two hundred yards, to "the bower," to meet the peer at that point, and two lusty fellows were to push him up by Lord Verney's side to the house, where wine and other comforts awaited him.

John Evans had been placed at the mill to [Pg 226] signal to the people above at Hazelden, by a musket-shot, the arrival of Lord Verney at that stage of his progress. The flagstaff and rigging on the green platform at Hazelden were fluttering all over with all the flags that ever were invented, in honour of the gala.

Lord Verney ascended, leaning upon the arm of his nephew, with Mr. Larkin and the mayor for supporters, Captain Shrapnell, Doctor Lyster, and two or three other distinguished inhabitants of Cardyllian bringing up the rear.

Lord Verney carried his head high, and grew reserved and rather silent as they got on, and as they passed under the solemn shadow of the great trees by the mill, an overloaded musket went off with a sound like a cannon, as Lord Verney afterwards protested, close to the unsuspecting party, and a loud and long whoop from John Evans completed the concerted signal.

The Viscount actually jumped, and Cleve felt the shock of his arm against his side.

"D—— you, John Evans, what the *devil* are you *doing*?" exclaimed Captain Shrapnell, who, turning from white to crimson, was the first of the party to recover his voice.

"Yes, sir, thank you—very good," said Evans, touching his hat, and smiling incessantly with the incoherent volubility of Welsh politeness.[Pg 227] "A little bit of a squib, sir, if you please, for Captain Squire Etherage—very well, I thank you—to let him know Lord Verney—very much obliged, sir—was at the mill—how do you do, sir?—and going up to Hazelden, if you please, sir."

And the speech subsided in a little, gratified laugh of delighted politeness.

"You'd better not do that *again*, though," said the Captain, with a menacing wag of his head, and availing himself promptly of the opportunity of improving his relations with Lord Verney, he placed himself by his side, and assured him that though he was an old campaigner, and had smelt powder in all parts of the world, he had never heard such a report from a musket in all his travels and adventures before; and hoped Lord Verney's hearing was not the worse of it. He had known a general officer deafened by a shot, and, by Jove! his own ears were singing with it still, accustomed as he was, by Jupiter! to such things.

His lordship, doing his best on the festive occasion, smiled uncomfortably, and said,—

"Yes—thanks—ha, ha! I really thought it was a cannon, or the gas-works—about it."

And Shrapnell called back and said,—

"Don't you be coming on with that thing,[Pg 228] John Evans—do you mind?—Lord Verney's had quite enough of that. You'll excuse me, Lord Verney, I thought you'd wish so much said," and Lord Verney bowed graciously.

The answering shot and cheer which were heard from above announced to John Evans that the explosion had been heard at Hazelden, and still smiling and touching his heart, he continued his voluble civilities—"Very good, sir, very much obliged, sir, very well, I thank you; I hope you are very well, sir, very good indeed, sir," and so forth, till they were out of hearing.

The shot, indeed, was distinctly heard at the gay flagstaff up at Hazelden, and the Admiral got under weigh, and proceeded down the incline charmingly till they had nearly reached the little platform at the bower, where, like Christian in his progress, he was to make a halt.

But his plans at this point were disturbed. Hardly twenty yards before they reached it, one of his men let go, the drag upon the other suddenly increased, and resulted in a pull, which caused him to trip, and tripping as men while in motion downhill will, he butted forward, charging headlong, and finally tumbling on his face, he gave to the rotatory throne of Mr. Etherage such an impulse as carried him quite past the arbour, and launched him upon the steep descent of the [Pg 229] gravel-walk with a speed every moment accelerated.

—¡Detenla! ¡Tranquilízala! ¡D ... tú, Williams! rugió el almirante, sin saber cuán ociosas eran sus órdenes. La silla de baño había tomado cabeza, el ritmo se volvió furioso; Los lacayos que corrían abandonaron la persecución desesperados, y el señor Vane Etherage se vio obligado a concentrar su más severa atención, como nunca antes, en la tarea de guiar su vehículo volador, hazaña que fue felizmente favorecida por el hecho de que el declive presentaba sin vueltas cortas.

Los sonidos se escucharon abajo: un extraño sonido de ruedas y una voz poderosa que gritaba: "¡Tranquilízala! ¡Detenla!" y algunas expresiones más fuertes.

"¿No puede haber un carruaje, sobre eso, *aquí*?" -exclamó lord Verney, deteniéndose bruscamente y solo impedido de saltar sobre la orilla lateral por un sentido de dignidad.

"¡No importa, lord Verney! No importa, yo me ocuparé de usted, soy su vanguardia", exclamó el capitán Shrapnell, con una alegría atrevida, inspirada por la certeza de que no podía ser un carruaje. y la convicción de que la aventura no sería más que unos niños y unas criadas jugando con un cochecito.

Sin embargo, sus sentimientos sufrieron una repulsión. [Pág. 230] cuando el viejo Vane Etherage, envuelto en manto y chales, sin sombrero, y su largo cabello canoso ondeando hacia atrás, con semblante salvaje, y ambas manos manejando la manija de dirección, apareció a la vista, rugiendo, maniáticamente,

"¡Tranquilízala! respaldarla! " y guiñando espantosamente en su descenso sobre ellos.

El capitán Shrapnell, dicen, palideció ante el espectáculo; pero sintió que ahora debía seguir adelante, o sacrificar para siempre ese castillo en el aire, del cual los acontecimientos del día habían sugerido la planta y la elevación.

"¡Dios mío! ¡Lo matarán, sobre eso!" exclamó Lord Verney, asomándose detrás de un árbol, con una energía inusual; pero si se refería a Shrapnell, o Etherage, o ambos, no lo sé, ya nadie en ese momento de sinceridad le importó mucho lo que quería decir. Me atrevo a decir que un hombre de primera línea en una plaza de Waterloo no sintió ante el galope de los Coraceros como lo hizo el valiente Capitán ante la carga del gran inválido que descendía sobre él. Todo lo que meditó fue una muestra decente de resistencia, y como tenía un bastón robusto en la mano, se podía hacer algo sin poner en riesgo sus huesos. Entonces, cuando el anciano caballero tronó hacia abajo, rugiendo: "Manténgala alejada, manténgala alejada", Shrapnell, rugiendo "¡ Soy tu hombre!" nerviosamente hizo estallar el extremo de su bastón[Pg 231] bajo la rueda delantera del vehículo, saltando él mismo hacia un lado, lamentablemente el equivocado, porque la silla en este cheque giró, y el siguiente espectáculo fue el Sr.Vane Etherage y el Capitán Shrapnell, envueltos en capas y bufandas, y rodando y abrazados unos a otros, como atletas en un combate mortal, el puño del Capitán visible, mientras rodaban, a la espalda del señor Vane Etherage, con su bastón todavía aferrado.

La silla yacía de lado, los caballeros se separaron y el capitán Shrapnell se puso de pie de un salto.

"¡Bueno, Lord Verney, creo que hice algo allí!" —dijo el valiente capitán, con aire de hombre que ha cumplido con su deber y lo sabe.

"¡Hiciste algo! ¡Me has roto el cuello, lubber!" jadeó el señor Vane Etherage, quien, al no tener las piernas disponibles, había sido colocado sentado en la orilla con unas capas sobre él.

Shrapnell sonrió y le guiñó un ojo expresivamente, y susurró confidencialmente: "Es un viejo alegre, nadie se preocupa por el almirante; lo dejamos hablar".

"Lord Verney", dijo su señoría, presentándose con una mirada y un aire de cortés preocupación.

"No, mi nombre es Etherage", dijo el inválido,[Pág. 232]Se equivocaba (creía que Jos. Larkin, que estaba exponiendo grandiosamente sus opiniones sobre el accidente a Cleve Verney en el fondo, no podía ser menos que un par) "Vivo allí, en Hazelden, diabólicamente cerca de ser *asesinado aquí* , por ese lubber allí. Por qué corría a una velocidad de veinticinco nudos por hora, si estaba

haciendo *uno* ; y lo recuerdo muy bien, señor, hay un cheque allí, justo antes de que usted llegue al molino. , y la pared allí; y habría clavado mis arcos directamente en ella, y no para nada peor, señor, si ese maldito tipo se hubiera mantenido fuera del ... curso del rey, ya sabe; y egad ! No sé ahora cómo es, supongo que estoy destrozado, señor.

—Espero que no, señor. Soy Lord Verney, sobre eso; y me dolería muchísimo saber que se han sufrido lesiones graves, o ... cosas, al respecto.

"Lo diré en un momento", dijo enérgicamente el doctor Lyster, que estaba en el grupo.

Entonces, después de una variedad de giros, llaves y golpes, Vane Etherage fue declarado sano y salvo.

"¡No sé cómo diablos escapé!" exclamó el inválido.

"Al caer sobre *mí* , muy simplemente", respondió el capitán Shrapnell con una risa animada.[Pg 233]

—Puede descansar, Shrapnell —dijo el Doctor, acercándose a él con aire de felicitación. "Está bien, esta vez; pero será mejor que le importe darle al viejo más rollos de ese tipo, el cántaro al pozo, ya sabe, y la próxima vez podría aplastarlo".

"Estoy más preocupado por aplastarme a mí mismo, gracias. La próxima vez que él pueda rodar hacia el diablo, y a través de quien quiera para mí, derribado con esa silla vieja y sinvergüenza, y ese gran tipo corpulento encima de mí, todo por tratar de ser útil, ¡egad! cuando todos ustedes lo pasaron mal, y ni un alma pregunta por *mis* huesos, egad! o mi cuello tampoco".

"¡Oh! Vamos, Shrapnell, todavía no estás preparando un perro viejo. Hay una diferencia entre tú y Etherage", dijo el Doctor.

"Eso espero", respondió el Capitán con sarcasmo, "pero la cortesía es la cortesía en todo el mundo; y puedo decirles que otro tipo haría suficiente alboroto por el dolor que estoy sufriendo".

Se descubrió, además, que una de las ruedas de la silla de baño estaba desorganizada y que el herrero debía venir del pueblo para arreglarla, y que Vane Etherage, que tan pronto podría haber subido un arco iris como la pendiente a Hazelden, debe vivaquear un rato donde estaba sentado.[Pág. 234]

Allí se hizo la visita y se cerró la emocionante gala de ese día, y el vizconde y su grupo marcharon hacia el embarcadero, con muchos amigos asistentes, y se embarcaron en el yate rumbo a Ware.

## CAPITULO XX.

### REBECCA MERVYN LEE SU CARTA.

THE evenings being short, the shops alight, and the good people of Cardyllian in their houses, Tom Sedley found the hour before dinner hang heavily on his hands. So he walked slowly up Castle Street, and saw Mr. Robson, the worthy post-master, standing, with his hands in his pockets, at the open door.

"No letter for me, I dare say?" asked Sedley.

"No, sir—nothing."

"I don't know how to kill the time. I wish my dinner was ready. You dined, like a wise man, at one o'clock, I dare say?"

"We do—we dine early here, sir."

"I know it; a capital plan. I do it myself, whenever I make any stay here."

"And you can eat a bit o' something hearty at tea then."

"To be sure; that's the good of it. I don't know what to do with myself. I'll take a walk[Pg 236] round by Malory. Can I leave the Malory letters for you?"

"You're only joking, sir."

"I was not, upon my honour. I'd be glad to bolt your shutters, or to twig your steps—anything to do. I literally don't know what to do with myself."

"There's no family at Malory, you know, now, sir."

"Oh! I did not know. I knew the other family had gone. No letters to be delivered then?"

"Well, sir, there *is*—but you're only joking."

"What is it?"

"A letter to Mrs. Rebecca Mervyn—but I would not think of troubling a gentleman with it."

"Old Rebecca? why I made her acquaintance among the shingles and cockles on the sea-shore last year—a charming old sea-nymph, or whatever you call it."

"We all have a great respect for Mrs. Mervyn, down here, in Cardyllian. The family has a great opinion of her, and they think a great deal of her, like us," said Mr. Robson, who did not care to hear any mysterious names applied to her without a protest.

"Well—so I say—so have I. I'll give her the[Pg 237] letter, and take a receipt," said Sedley, extending his hand.

"There really *is* a receipt, sir, wanting," said the official, amused. "It came this morning—and if you'll come in—if it isn't too much trouble—I'll show it to you, please, sir."

In he stepped to the post-office, where Mr. Robson showed him a letter which he had that afternoon received. It said,—

"SIR,—I enclose five shillings, represented by postage-stamps, which will enable you to pay a messenger on whom you can depend, to deliver a letter which I place along with this in the post-office, into the hand of Mrs. Mervyn, Steward's House, Malory, Cardyllian, to whom it is addressed, and which is marked with the letter D at the left-hand corner.

"  
I  
  
a  
m  
,  
  
s  
i  
r  
,

"J. DINGWELL."

"The letter is come," said Mr. Robson, taking it out of a pigeon-hole in a drawer, and thumbing it, and smiling on it with a gentle curiosity.

"Yes—that's it," said Tom Sedley, also reading the address. "'Mrs. Mervyn'—what a queer[Pg 238] old ghost of a lady she is—'Malory,' that's the ground—and the letter D in the corner. Well, I'm quite serious. I'll take the letter with pleasure, and see the old woman, and put it into her hand. I'm not joking, and I shall be back again in an hour, I dare say, and I'll tell you what she says, and how she looks—that is, assuming it is a love-letter."

"Well, sir, as you wish it; and it's very kind of you, and the old lady must sign a receipt, for the letter's registered—but it's too much trouble for you, sir, isn't it really?"

"Nonsense; give me the letter. If you won't, I can't help it."

"And this receipt should be signed."

"And the receipt also."

So away went our friend, duly furnished, and marched over the hill we know so well, that over-hangs the sea, and down by the narrow old road to Malory, thinking of many things.

The phantom of the beautiful lady of Malory was very much faded now. Even as he looked down on the old house and woodlands, the romance came not again. It was just a remembered folly, like others, and excited or pained him little more. But a new trouble vexed him. How many of our blessings do we take for granted, enjoy thanklessly, like our sight, our hearing, our[Pg 239] health, and only appreciate when they are either withdrawn or in danger!

Captain Shrapnell had written among his gossip some jocular tattle about Cleve's devotion to Miss Agnes Etherage, which had moved him oddly and uncomfortably; but the next letter disclosed the mystery of Cleve's clandestine visits to Malory, and turned his thoughts into a new channel.

But here was all revived, and worse. Charity, watching with a woman's eyes, and her opportunities, had made to him a confidence about which there could be no mistake; and then Agnes was so changed—not a bit glad to see him! And did not she look pretty? Was there not a slight look of pride—a reserve—that was new—a little sadness—along with the heightened beauty of her face and figure? How on earth had he been so stupid as not to perceive how beautiful she was all this time? Cleve had more sense. By Jove! she was the prettiest girl in England, and that selfish fellow had laid himself out to make her fond of him, and, having succeeded, jilted her! And now she would not care for any one but him.

There was a time, he thought, when he, Tom Sedley, might have made her like him. What a fool he was! And that was past—unimproved—irrevocable—and now she never could. Girls may affect those second likings, he thought, but they never really care after the first. It is pride, or pique, or friendship, or convenience—anything but love.

¡Amor! ¿Y qué tenía que ver él con el amor? ¿Quién se casaría con él con cuatrocientos al año y sin expectativas? Y ahora se iba a reprimir porque no había intervenido antes que Cleve Verney y se había asegurado el afecto de la pequeña Agnes. ¡Qué tonto era! ¿Qué negocio tenía él soñando tales sueños? Se había llevado muy bien sin enamorarse de Agnes. ¿Por qué debería empezar ahora? Si descubría *que esa* locura se estaba apoderando de él, dejaría Cardyllian sin quedarse la semana acostumbrada y nunca regresaría hasta que el sentimiento hubiera muerto tan completamente como las rosas del año pasado.

Por la colina marchó en su nuevo romance, como lo había hecho hace más de un año, por el mismo terreno, en el anterior, cuando a la luz de la luna, en la teja, había conocido a la misma anciana de la que era. ahora en búsqueda.

Los viejos árboles de Malory se alzaban ante él, oscuros y silenciosos, cada vez más altos a medida que se acercaba. Era una noche negra, sin luna; incluso las estrellas oscurecidas por líneas negras de nubes cuando abrió la puerta y entró en la oscuridad más profunda de la carretera de carruajes que conduce a través de los árboles.[Pág. 241]

Eran las seis en punto y estaba muy oscuro. Cuando llegó al espacio abierto antes de la puerta del pasillo, miró hacia el frente oscuro de la casa, pero allí no brillaba ninguna luz. El perro de boca honda en el patio del establo estaba

gritando su desafío, y asustó aún más el bosque solitario con repetidos golpes dobles que retumbaron a través del pasillo vacío y las cámaras de la casa desierta.

Desesperado por una entrada por fin, y sin saber qué camino tomar, tomó por casualidad el camino que lo llevó a la entrada de la casa del mayordomo, desde cuya ventana de diamantes brillaba una luz. La puerta estaba abierta; sólo se cerró el pestillo, tal es la seguridad primitiva que impera en esa región de pobreza y quietud.

Con su bastón golpeó un pequeño tatuaje, y una vela se colocó sobre la torpe barandilla, y la sirvienta preguntó con su claro acento galés qué quería.

Así que, terminados los preliminares, subió a la cámara en la que el señor Levi había sido admitido a una conferencia entre los delft y la porcelana, los ciervos, los pájaros, los oficiales y los cazadores, que, en tonos alegres y estilo anticuado, ocupaban cada coigne. de ventaja, y especialmente ese tocador central, que se montaba casi hasta las vigas del techo.[Pág. 242]

La habitación no es grande, los huecos son profundos, el trabajo en madera es de roble tosco y las decoraciones de teteras, jarras y bestias del campo del viejo mundo, y caballeros con sombrero de gallo en hermosos colores y dorados, alegre y espléndido, reflejando la luz de las velas y el resplandor vacilante del fuego desde mil curvas y ángulos; los viejos muebles relucientes y el reloj de roble tallado; la habitación en sí, y todas sus propiedades tan perfectamente ordenadas y ordenadas, no se veía ni un grano de polvo o una sola telaraña en ningún rincón o hendidura, que Tom Sedley estaba encantado con la escena.

Qué delicioso retiro, pensó, de las incómodas afectaciones del mundo. Aquí estaba el ideal de comodidad, brillo y calidez. Ascendía a una clase de belleza que lo fascinaba absolutamente. Miró con amabilidad a la anciana, que había dejado su tejido, y lo miró a través de un par de anteojos redondos, y pensó que le gustaría adoptarla como ama de llaves y vivir una vida solitaria de caza de conejos solitaria en Penruthyn Park, pesca de truchas en el arroyo y crucero en un yate imaginario por el estuario y la costa contigua.

Este pequeño plan, o más bien visión, se representó a sí mismo para la imaginación morbosa y morbosa de Tom Sedley.[Pág. 243] como la forma de vida más soportable a la que ahora podía aspirar.

La anciana, mientras tanto, lo miraba con expresión de asombro y ansiedad, y él dijo:

—Espero, señora Mervyn, no haberla molestado mucho. No es tan tarde como parece, y dado que el jefe de correos, el señor Robson, no ha podido encontrar un mensajero, y yo iba por aquí. se comprometió a llamar y entregarle la carta,

habiendo tenido una vez el placer de conocerle, aunque me temo que no me recuerda.

"Lo supe desde el momento en que su rostro entró en la habitación. Era el mismo rostro", repitió, como si hubiera visto una foto, no una cara.

"Justo debajo de los muros de Malory; estabas ansioso por saber si había una vela a la vista, en dirección a Pendillion", dijo, sugiriendo.

"No, no había ninguno; no estaba allí. La gente, otras personas, se habría cansado de mirar hace mucho tiempo; mis viejos ojos nunca deslumbraron, señor. Y *él* vino, así como. Vino, pensé que era un espíritu desde el mar; y aquí está. Hay algo en su voz, señor, y en su rostro. Es maravilloso; pero no un Verney, no, usted me lo dijo. Son hombres crueles, de una forma u otra todos fueron crueles, pero algunos más que otros, mi[Pág. 244]; Dios! mucho más. Hay algo en los ojos, el escenario, la luz, no se puede equivocar; algo en la curva de la barbilla, muy bonito, pero tú no eres Verney, me dijiste, y mira cómo viene aquí por segunda vez, sonriendo, y sin embargo, cuando se va, es como despertar de un sueño en el que estaban. , como solían lucir todos, hace mucho tiempo; y hay un dolor en mi corazón, por semanas después. Nunca volverá a ser, señor; Estoy envejeciendo. Si alguna vez llega, me encontrará tan cambiada, o muerta, a veces empiezo a pensar y trato de tomar una decisión. Hay un buen mundo, ya sabe, donde todos nos encontraremos y seremos felices, no más despedidas ni morir, señor. Sin embargo, me gustaría verlo aunque sea una vez, aquí, tal como era, un hermoso mortal. Dios es muy bueno; y mientras hay vida hay esperanza ".

"Ciertamente, esperanza, siempre hay esperanza; todos tienen algo que los disgusta. *Yo* tengo, lo sé, la Sra. Mervyn; y estaba pensando en el encantador salón que es este, y en lo delicioso que debe ser, el silencio y la comodidad y el resplandor de una habitación así. No hay salón en la tierra que me guste tanto ", dijo el bondadoso Tom Sedley, cuyas simpatías eran fáciles y le gustaba decir algo agradable cuando podía; "Y esta es la carta, y aquí hay un recibo impreso, que, cuando ha tenido la amabilidad de[Pág. 245] firmelo, he prometido dárselo a mi amigo, el señor Robson, de la oficina de correos ".

—Gracias, señor; esto está registrado, lo llaman. Hace mucho tiempo que tenía uno, con el mismo tipo de cinta verde alrededor. ¿No quiere sentarse mientras lo firmo?

—Muchas gracias —dijo Sedley, sentándose gravemente a la mesa y con un aspecto tan pensativo y, de alguna manera, tan en casa, que podría haber imaginado que su sueño de vivir en la Steward's House se había cumplido hacía mucho tiempo.

"Preferiría no recibir una carta, señor; no sé la letra de esta dirección, y una carta sólo puede traerme tristeza. Sólo hay una oportunidad bienvenida que podría sucederme, y que *puede* llegar todavía, solo una *esperanza*, señor. A veces se ilumina, pero ha estado baja todo el día".

"Lamento que haya estado desanimada, Sra. Mervyn, sé lo que es; yo mismo lo he estado, y lo *estoy*, más bien, ahora mismo", dijo Tom, que estaba, en esta reclusión hogareña, tendiendo hacia confianza.

"Ahora sólo hay dos escrituras que debería saber; una es suya, la otra de Lady Verney; todas las demás están muertas; y esta no es ninguna".

"Bueno, Sra. Mervyn, si no proviene de ninguna de las personas que cuida, aún puede[Pág. 246] contarle noticias de ellos", comentó Tom Sedley, sabiamente.

"Difícilmente, señor. Escucho cada tres meses de Lady Verney. Lo escuché el martes pasado. Gracias a Dios, está bien. No, no es nada que le concierna, y creo que puede ser algo malo. Tengo miedo de esta carta, señor - *Dime* que no necesito tenerle miedo".

"Conozco el sentimiento, Sra. Mervyn; yo mismo lo he tenido, cuando los duns eran problemáticos. Pero no tiene nada de eso en este retiro feliz, que realmente la envidio desde mi corazón".

—¡Envidia! ¡Ah, señor, feliz retiro! Poco sabe, señor. He estado durante semanas y meses a la vez medio loco de angustia, soñando con el mar. ¿Cómo puede saberlo?

"Muy cierto, no puedo saber; sólo hablo de ello como me golpea en este momento. Me imagino que me gustaría tanto vivir aquí, como un ermitaño, bastante fuera de las persecuciones de la suerte y las tonterías del mundo. . "

"Usted es maravillosamente como a veces, señor, es hermoso, es espantoso, cuando moví la vela entonces ..."

"Me sentaré de la manera que más le guste, señora Mervyn, con mucho gusto, y puede mover la vela e intentarlo; si le divierte, no, me refiero a que le interesa".[Pág. 247]

Si algunos de sus amigos de la ciudad hubieran podido asomarse por el ojo de una cerradura y haber visto a Tom Sedley y a la vieja Rebecca Mervyn sentados en lados opuestos de la mesa, en esta vieja sala muy extraña, tan parecida a Darby y Joan, habría importado un poco. historia cómica.

"¡Viene como un destello!"

Tom Sedley miró los ojos grandes y salvajes que lo miraban —ahora quitados los anteojos redondos— al otro lado de la mesa, y no pudo evitar sonreír.

—Sí, la *sonrisa* ... ¡ *es* la sonrisa! Me lo dijo, señor, que se llamaba Sedley, no Verney.

"Mi nombre es Thomas Sedley. Mi padre era el capitán Sedley, y sirvió durante una parte de la campaña peninsular. No tenía veinte años en la batalla de Vittoria, y estaba en Waterloo. Mi madre murió unos meses después de que yo naciera. "

"¿Era *ella* una Verney?"

"No; ella estaba relacionada lejanamente, pero su nombre era Melville", dijo.

"Conectado. Eso lo explica, quizás."

"Muy probable."

"¿Y tu padre, muerto?" dijo con tristeza.

"Sí, hace veinte años."

—Lo sé, señor; lo recuerdo. Están todos encerrados *allí*, señor, y no saldrán hasta que sean viejos.[Pág. 248]Lady Verney muere. ¿Pero no estaba relacionado con los Verney?

"No, eran amigos. Él administró dos de las propiedades después de dejar el ejército, y muy bien, me han dicho".

"Sedley, Thomas Sedley, recuerdo el nombre. No sabía el nombre de Sedley, excepto en una ocasión, me mandaron a buscar, pero no llegué a nada. Viví tanto en la oscuridad sobre las cosas", y suspiró. .

"Olvidé, Sra. Mervyn, lo tarde que se está haciendo y cuánto tiempo he estado aquí admirando su hermosa habitación, y temo interrumpirla", dijo Tom, recordando repentinamente su cena y poniéndose de pie. amablemente dame el recibo, lo dejaré a mi regreso "

La señora Mervyn había cortado el cordón de seda y ahora estaba leyendo la carta, y bien podría haber dirigido su pequeño discurso a la pastora de porcelana, con el disco de paja y cintas en la cabeza, con el corpiño y la enagua corta de brocado de flores. , apoyada en un árbol, con un cordero con la pata trasera y la cola cortadas, mirándola cariñosamente a la cara.

—No lo entiendo, señor; sus ojos son jóvenes, tal vez me lo lea, no es muy largo.

"Ciertamente, con mucho gusto", y Tom Sedley[Pág. 249] se sentó y, extendiendo la carta sobre la mesa, debajo de las velas, leyó lo siguiente a la anciana de enfrente:

" PRIVADO.

" SEÑORA , -Como un viejo e íntimo amigo de su marido reputado, me despido para informarle que él colocó una suma de dinero en mis manos para el uso de su hijo y la suya, si todavía estar viviendo. Debería ser tan , ¿sería tan amable de hacerme saber dónde le llegará? Una línea con Jos. Larkin, Esq., en Verney Arms, Cardyllian, o un mensaje verbal, si desea verlo, será suficiente. Larkin es el abogado solvente y religioso del actual Lord Verney, y tiene mi consentimiento para asesorarlo sobre el tema.

"Tengo el honor de ser,

"  
S  
e  
ñ  
o  
r  
a  
,

" J. DINGWELL ".

"PD: Supongo que usted sabe, señora, que soy el testigo que probó la muerte del difunto Hon. Arthur Verney, que murió de fiebre baja en Constantinopla, en julio de doce meses".

" *¡Murió!* ¡Dios mío! ¡Murió! ¿Dijiste *muerto* ?"

"Sí. Pensé que lo sabías. Se demostró un[Pág. 250]hace casi un año. El hermano mayor del actual Lord Verney ".

Siguió un silencio mientras se podía contar diez, y luego vino un grito largo, salvaje y amargo.

La niña se levantó, con los labios blancos, y dijo: "¡Dios nos bendiga!" Los gorriones en la hiedra alrededor de las ventanas revoloteaban, incluso Tom Sedley estaba helado y atravesado por ese grito desolado.

"Lo siento mucho, de verdad, lo siento muchísimo", exclamó Tom, encontrándose, sin saber cómo, de nuevo en pie y mirando el rostro pálido e implorante de la temblorosa anciana. "Realmente no lo sabía, no tenía ni idea de que sintieras tanto interés por alguien de la familia. Si lo hubiera sabido, debería haber tenido más cuidado. Estoy sorprendido por lo que he hecho".

"¡Oh! Arthur ... ¡oh! Arthur. Se ha ido ... *después de todo* , después de *todo* . Si solo nos hubiéramos conocido por un minuto, solo por una mirada." Estaba descorriendo la cortina de la ventana, mirando hacia el oscuro Pendillion y el mar sin estrellas. "Dijo que vendría de nuevo, se fue, y mi corazón se equivocó. Dije que nunca volverá, mi hermoso Arthur, nunca, nunca, nunca. Oh, cariño, cariño. Si pudiera ver tu tumba."

"Lo siento muchísimo, señora; desearía poder ser de alguna utilidad", dijo el honesto Tom Sedley, hablando muy bajo y amablemente, de pie junto a ella, con,[Pg 251] piensa, lágrimas en sus ojos. "Desearía tanto, señora, que pudiera emplearme de cualquier manera. Me alegraría mucho ser útil para su hijo, o para ver que el Sr. Larkin. No me gusta su cara, ma "Lo soy, y no le aconsejaría que confíe demasiado en él".

—Nuestro pequeño niño ha muerto. ¡Oh! ¡Arthur ... Arthur! —Una cosita hermosa; y tú, mi amor, —que he estado esperando durante tanto tiempo— para nunca volver — nunca, nunca — nunca — ahora no tengo a nadie. "

"Iré a verte por la mañana", dijo Tom.

Y caminó a casa en la oscuridad, y se detuvo en la cima de la colina, mirando hacia las luces parpadeantes de la ciudad, y de regreso hacia la solemne Malory, pensando en lo que había visto y en el mundo extraño que era.

---

[Pág. 252]

## CAPITULO XXI

### POR FERROCARRIL A LONDRES.

APROXIMADAMENTE una hora después, Tom Sedley, en soledad, meditó así:

"Me pregunto si los Etherages" - (queriendo decir la bonita señorita Agnes) - "considerarían aburrido si yo fuera a verlos. Es demasiado tarde para el té. Me temo que no les gustará. Nadie, de Claro, como Cleve ahora. Me encontrarían muy aburrido, me atrevería a decir. No me importa, subiré, y si veo las luces en las ventanas del salón, lo intentaré.

Caminó hacia arriba; vio las luces en las ventanas del salón; y lo intentó, con el resultado de encontrarse sobre la alfombra del salón un minuto después, de pie al lado de Agnes y charlando con la señorita Charity.

"¿Cómo está tu papá?" preguntó Tom, viendo el estudio desocupado.

"No, en *todo* bien, *yo* creo, que tuvo un accidente a día que no has oído.?" [Pg 253]

" *¡Accidente!* No, no lo hice."

—¡Oh! Sí. De alguna manera, cuando Lord Verney y las otras personas venían aquí hoy, iba a encontrarse con ellos, y entre ellos volcaron su silla de baño, y no sé realmente quién tiene la culpa. capitán Shrapnell dice que salvó su vida;.! pero, sin embargo sucedió, que estaba molesto y muy sacudido te veo reír, Thomas Sedley lo que en la tierra *puede* ? nos vemos en ella se ría de es tan exactamente como Agnes-ella *rió* ! que hizo, *de hecho* , Agnes, y si no hubiera *visto* que, con mis *propios ojos* , que *podría* no haber *creído* él!"

"Sabía que papá no estaba herido, y no pude evitar reírme, si me matas por eso, y dicen que pasó por encima del pie de Lord Verney".

"Eso no me rompería el corazón", dijo Sedley. "¿Escuchaste los detalles de Cleve?"

"No, no vi al Sr. Verney para hablar desde el accidente", dijo la Srta. Charity. "Por cierto, ¿quién era la chica alta y guapa, con el abrigo de piel de foca, con quien estuvo hablando todo el camino hasta el embarcadero? Creo que era la hija de Lady Wimbledon".

"Así era, ¿tiene ojos azules bastante grandes?"

"Si."

"¡Oh! Debe ser ella; esa es la señorita Caroline[Pág. 254]Oldys. Ella es una broma; ella es mayor que Cleve".

"¡Oh! Eso es imposible; es decididamente más joven que el señor Cleve Verney y, creo, extremadamente bonita".

"Bueno, tal vez ella *es* más joven, y yo *no* creo que es bonita, pero ella es una tonta, y ella ha sido terriblemente enamorada de él por no sé cuántos años-cada uno se reía de ella, dos o tres temporadas hace; ella *es* un manguito! "

"¿ *Qué* quieres decir con manguito?" demandó Charity.

—Bueno, entonces un ganso. Lord Verney es su tutor o fideicomisario, o algo así; y dicen que él y Lady Wimbledon habían acordado promover el asunto. Como ellos. Es una anciana tan intrigante; y Lord Verney es tal ... iba a decir, qué *manguito* , pero él es una *cuchara* . Sin embargo, Cleve está bien despierto y no creo que haga *eso* por ellos".

Creo que puede haber habido, en algún momento, algún pequeño fundamento de hecho para la teoría que suponía que los poderes superiores eran favorables a tal consumación. Pero el tiempo pone a prueba el valor de tales planes, y parece que Lady Wimbledon había llegado a la conclusión de que la especulación era estéril: porque, esta noche, en bata, sin peluca y con un fajo de seda.[Pg 255]sobre su cabeza calva, hizo una visita muy emocionante a la habitación de su hija y la hizo estallar a su manera horrible, luciendo como un turco enojado. "Se preguntaba cómo una persona con la *experiencia* de Caroline podía ser tan *idiota* como para dejar que ese joven siguiera burlándose de ella. Él no tenía otra idea que la de *burlarse* de ella ante el mundo. Ella, Lady Wimbledon , no tendría más de semejante locura insensata; sus perspectivas no deberían arruinarse, si pudiera evitarlo, y evitarlo *podría* y lo *haría*—Debería acabarse con esa odiosa tontería; y si optaba por convertirse en el hazmerreír del mundo, ella, lady

Wimbledon, cumpliría con su deber y la llevaría a Slominton, donde estarían bastante tranquilos en todo caso; y Cleve Verney, se atrevió a decir, riendo, no la seguiría ".

La joven estaba llorando y lloriqueaba en su romántica indignación hasta que sus ojos y nariz se inflamaron, y su mamá le pidió que mirara en el espejo y viera qué figura había hecho de sí misma, y la hizo bañarse la cara por una hora antes de irse a la cama.

No había otra señorita en Ware, y Cleve sonrió en su propia cara, en su espejo, mientras se vestía para la cena.

"Mi tío no perderá tiempo, no era mi intención[Pág. 256]esta; pero veo muy bien lo que quiere decir, y se sentirá decepcionado y sospechará si me retracto; y ella realmente no tiene nada que recomendarla, pobre Caroline, y él lo encontrará con tiempo suficiente, y mientras tanto pasaré algunos meses tranquilamente ".

De hecho, no hubo gran dificultad para ver que el noble anfitrión distinguía a Lady Wimbledon y su hija. Y lord Verney, apoyado en el brazo de Cleve, le preguntó a la ligera qué pensaba de la señorita Caroline Oldys; y Cleve, que tenía el don de la presencia de ánimo, elogió bastante a la joven.

"Mi tío preferiría a Ethel, cuando vea una esperanza en esa dirección, no escucharé mucho más de Caroline, y así sucesivamente, y estaremos envejeciendo, y el capítulo de accidentes, y todo eso".

Durante uno o dos días, lord Verney fue muy alentador, y se interesó por la joven, le mostró la casa y el lugar, desplegó todos los planos que estaban a punto de convertirse en realidades y consiguió que Cleve la llevara al otro lado. el lago, y caminó alrededor para encontrarse con ellos, y divirtió al joven al idear esa pequeña oportunidad. Pero Lady Wimbledon le reveló algo a Lord Verney, esa noche, sobre su juego de *ecarté* , que afectó sus puntos de vista.[Pág. 257]

Cleve estaba hablando con la joven, pero vio a Lord Verney mirar una o dos veces, en medio de una conversación muy seria con Lady Wimbledon, a Caroline Oldys ya él mismo, y ahora sin sonreír.

Era el trato de Lady Wimbledon, pero ella no lo hizo, y su oponente también parecía haber olvidado las cartas, y sus cabezas se inclinaron una hacia la otra mientras avanzaba la conversación.

Era aproximadamente la hora en que las damas encienden las velas de sus dormitorios y ascienden. Y Lady Wimbledon y Caroline Oldys desaparecieron en unos minutos más, y Cleve pensó: "Ella le ha dicho algo que le ha dado una nueva idea". Su tío estuvo bastante callado y seco durante el resto de esa noche,

pero la mañana siguiente parecía más o menos como de costumbre, solo Lord Verney aprovechó la oportunidad para decirle:

"He estado considerando, y he escuchado cosas, y, con referencia al tema de mi conversación contigo, en la ciudad, creo que deberías dirigir tus pensamientos a *Ethel*, al respecto, deberías tener dinero, no". Es muy importante, el dinero, muy bien ser *le fils de ses [oe] uvres*, y ese tipo de cosas; pero un poco de dinero no hace daño; al contrario, es muy deseable. punto de vista; no veo por qué no deberíamos hacerlo. Me pregunto esto [Pág. 258] pregunta: —¿Cómo le va a la gente en el mundo? Y yo respondo: en gran medida amasando dinero; y argumentando a partir de *eso*, creo que es deseable que tenga algo de dinero para empezar, y me he esforzado por expresarlo de manera lógica, para que pueda ver el sentido de lo que digo. "E hizo una excusa y envió Se fue a la ciudad al día siguiente antes que él.

Me ha llevado a un episodio la pregunta de la señorita Charity sobre la señorita Caroline Oldys; y al volver a Hazelden, encuentro a Tom Sedley despidiéndose de las señoritas para pasar la noche y dirigiéndose al Verney Arms con un cigarro entre los labios.

A la mañana siguiente, volvió a caminar hacia Malory y vio a la vieja Rebecca, que parecía, a su manera extraña, reconfortada al verlo, pero hablaba poco, casi nada; y él le encargó que no le dijera ni a Dingwell, de quien no había oído más que maldad, ni a Jos. Larkin, de quien intuitivamente tenía una profunda sospecha, cualquier cosa sobre su propia historia o el destino de su hijo, pero para observar el reserva muy cautelosa en cualquier comunicación que pudieran intentar abrir con ella. Y habiendo pronunciado esta orden en una gran variedad de idiomas, se despidió y llegó a casa muy temprano para desayunar y, curiosamente, subió corriendo a Londres en el mismo carruaje que Cleve Verney. [Pág. 259]

Tom Sedley estaba enojado con Cleve, me temo que no por un principio muy elevado. Si Cleve hubiera jugado con el afecto de la señorita Caroline Oldys, me temo que habría soportado el espectáculo de sus aflicciones con considerable paciencia. Pero a decir verdad, el honesto Tom Sedley estaba dejando a Cardyllian en una mascota. La ira, el dolor, los celos bullían en su corazón bondadoso. Agnes Etherage, *su* pequeña Agnes, le había pertenecido desde que tenía memoria; ella se había ido, y él nunca supo cuánto le había gustado hasta que la perdió.

¿*Ido*? No; en su crueldad desenfrenada, este apuesto forajido había *matado a su* ciervo, había *matado a tiros a su* dulce pájaro y allí yacía ella, en la soledad selvática que tanto había embellecido, *muerta*; y él, un arquero desalmado,

siguió su camino sonriendo, habiendo oscurecido el mundo para el inofensivo Tom Sedley. ¿Podría volver a gustarle?

Bueno, el mundo ahora no tolera actos heroicos; hay reservas. Los hombres cultivan una piel gruesa, el abrigo de piel de ante de la naturaleza, en la que, con poco dolor y una pequeña pérdida de sangre, el hombre de armas moderno cabalga alegremente a través de la batalla de la vida. Cuando la punta o el borde pasan un poco, como he dicho, hay reservas. No sirve de nada rugir, sonreír o maldecir. Los incautos solo se ríen de ti; por lo tanto, limpia la sangre en silencio[Pág. 260]y parece todo lo que pueda gustarle el resto. Mejor no dejarles ver ni siquiera *eso*. ¿No hay a veces más curiosidad que simpatía en el escrutinio? ¿Ni siquiera ves, a veces, la sospecha de una sonrisa en el rostro compasivo de tu amigo, cuando prescribe papel marrón húmedo o basilicón, o una telaraña, según su habilidad?

De modo que Tom y Cleve hablaron un poco —habría dicho un conocido, como de costumbre—, intercambiaron periódicos e incluso se rieron un poco de vez en cuando; pero cuando en Shillingsworth salió el último intruso y Tom y Cleve se quedaron solos, la idea dominante se impuso y Sedley miró apresuradamente por la ventana, guardó silencio durante un rato y fingió no oír a Cleve cuando le preguntó le preguntó si había visto el informe de la visita de Lord Verney a Cardyllian, como se muestra en el periódico del condado de ese día, lo que sirvió para divertirlo enormemente.

-No creo -dijo Tom Sedley, al fin, abruptamente- que esa simpática y bonita criatura, Agnes Etherage, la cosita más bonita, por Jove, creo que he visto en mi vida, digo que no tiene buen aspecto. "

"¿No es ella realmente?" —dijo Cleve, abriendo muy fríamente una hoja de su revista.

"¿No observaste?" exclamó Tom con bastante fiereza.

"Bueno, no, no puedo decir que lo hice; pero ya sabes[Pág. 261]mucho mejores que yo —respondió Cleve—, no puede ser mucho; Me atrevo a decir que está bien a estas alturas "

"¿Cómo *puede* usted hablar de esa manera, Verney, sabiendo todo lo que hacen?"

"¿Por qué, *qué* sé yo?" exclamó Cleve, mirando hacia arriba con asombro no afectado.

"Lo sabes todo: por *qué* está de mal humor, *por qué* se ve tan delicada, *por qué* no es como ella", dijo Tom con impaciencia.

"Por mi alma que *no* ", dijo Cleve Verney, con animación.

"Eso es extraño, considerando que le has medio roto el corazón", instó Tom.

"¿Le rompí el corazón?" repitió Cleve. "Ahora, en serio, Sedley, piensa en lo que estás diciendo".

"Yo digo que creo que le has roto el corazón, y su hermana también lo cree; y es una lástima terrible", insistió Tom con mucha gravedad.

"Realmente creo que la gente quiere volverme loco", dijo Cleve, irritado. "Si alguien dice que alguna vez he hecho algo que podría haber hecho que alguien de esa familia, que está en sus cabales, se imagine que estaba enamorado de la señorita Agnes Etherage, y que deseaba que ella lo supiera, es simplemente una *mentira*. Nunca lo hice, y no tengo la intención; y no puedo ver, por mi vida, Tom Sedley, qué asunto tuyo es. Pero por lo que digo,[Pág. 262]por mi honor, es una mentira. Miss Charity Etherage, una solterona, sin más sentido que una agachadiza, que vive en ese desierto bárbaro, donde si aparece un hombre, durante ocho meses de los doce, es un prodigio, y si camina por la calle con una dama cardylliana, se dice que está muy enamorado y, por supuesto, meditando en el matrimonio; digo que no es la crítica más confiable del mundo en un asunto de ese tipo; y todo lo que digo es, que yo he dado *no hay* motivos que justifiquen dicha idea, y quiero decir que, por mi honor; y pocas veces me he sentido tan asombrado en mi vida".

Había un aire de repudio franco e indignado en los modales y el semblante de Cleve, que más incluso que sus palabras convenció a Tom Sedley, quien sin duda era consciente de lo poco que los cardyllianos sabían del mundo, y de lo eminentemente sencilla doncella en todos estos asuntos. hogareña era la señorita Charity. Así que Tom extendió la mano y dijo:

—Bueno, Cleve, me alegro mucho, y le pido perdón, y sé que dice la verdad y reza para darme la mano; pero aunque no tiene la culpa, ahora estoy bastante *seguro de* que no lo es, los pobres la niña es muy infeliz y su hermana está muy enojada".

No "puedo ayudar a *que*. ¿Cómo es posible *que* evitarlo? Lo siento mucho, aunque no estoy seguro de que yo[Pág. 263]Debería importarme un céntimo las tonterías, los bufidos y los romances de otras personas. Podría contarte cosas sobre mí, muchas cosas que difícilmente creerías, *verdaderas* y *espantosas* molestias. Te digo Tom, odio la vida que llevo. Solo ves la superficie superior, y apenas eso. Estoy muerta de preocupación, y solo que debo tanto dinero y no puedo escapar, puedo decirte. No me importa lo más mínimo lo creas o no, debería haber estado alimentando ovejas en Australia. Hace un año."

"Mejor donde estás, Cleve."

"¿Cómo diablos *te* ? Sabe No se ofenda conmigo, Tom, sólo hacen asignaciones, y si a veces hablar un poco como un Bedlamite no repita mis delirios;. Eso es todo Mira que el molino de viento; no es es bonito? "

---

[Pág. 264]

## CAPITULO XXII.

### BOLA DE LADY DORMINSTER.

CLEVE VERNEY volvió a ponerse el arnés: asistió a la Casa con notable puntualidad; porque los ojos del noble par, su tío, estaban sobre él. Tenía las listas de división regularmente sobre su mesa, y si el nombre de Cleve faltaba en alguno de importancia moderada, su tío se despedía para pedir una explicación. Cleve también tenía sus propias razones para trabajar con diligencia en la monotonía de la vida pública. Su marcha no fue sobre tierra firme, sino sobre un pantano tembloroso, cada ondulación y vacilación fue respondida por un remordimiento en su corazón.

Sin embargo, fue sólo una buena gestión del tiempo y las personas; era una mera cuestión de presencia de ánimo, de vigilancia, de recursos, a lo que se sentía, al menos esperaba que lo encontraran igual, y todo *debía* terminar bien. ¿No fue su tío sesenta y seis su último cumpleaños? La gente podría charlar y decir que no se parecía en nada; pero el libro rojo es tan profesional[Pág. 265]pronunciado, y no hay nada en contra de ese registro sublime. Después de todo, su tío no era un peligro eterno. El tiempo y la hora terminarán el día más largo; y luego debe venir el título y las propiedades, y un corazón tranquilo por fin.

Cuando la Casa no interfirió, Cleve fue visto por supuesto en todos los lugares apropiados. En la noche de la que ahora estoy hablando hubo, entre otros, el baile de Lady Dorminster y una brillante reunión de personas distinguidas.

En ese piso abarrotado, en esos salones célebres, en un ambiente de luz y música, en el que se conmovió tanto de lo famoso, distinguido, espléndido, se ve la figura de Cleve Verney. Todos conocían esa figura fina y graciosa, y el rostro ovalado, los rasgos delicados y los ojos grandes, oscuros y soñadores, que nunca dejaban de impresionarte con el mismo sentimiento ambiguo. Era morisco, era hermoso; pero había una sombra allí, algo secreto y egoísta, y sonriente, silenciosamente insolente.

En esta sesión había salido un poco e hizo dos discursos muy prometedores. El ministro había felicitado a su tío por ellos, y también lo había felicitado a él. La musa estaba allí; algo original y por encima de la rutina —quizá un genio— y esa pasión por la distinción que rompe el corazón de un pobre y lleva a los ricos a la grandeza.[Pág. 266]

Un hombre de la edad de Cleve, con su posición, con su promesa, con la vida de Londres y la vida de París, todo aprendido de memoria, cortejado y perseguido, cauteloso, despectivo, sensual, inteligente, ambicioso, no es joven. Todo el mundo de los acompañantes, con sus artimañas, era un libro abierto para él. Para él, como el hombre de la leyenda alemana, la tierra bajo la que excavaban y excavaban se había vuelto transparente hasta sus ojos, y vio a los gnomos trabajando. Para él, las sonrisas de las señoritas no eran luz ni magia, solo fuegos de marismas y trucos. A él, viejos y jóvenes, se acercaban y le sonreían o lo adulaban; pero se pusieron hoyuelos, se miraron con los ojos o sonrieron, todo en el Palacio de la Verdad. La verdad es poder, pero no siempre bonita. Para los hombres comunes, la superficie es la mejor; todo lo que está más allá es conocimiento, una adquisición de dolor.

Por eso, a pesar de sus años, el óvalo oliváceo claro de su bello rostro, el escenario, vacío de línea o color, de esos ojos oscuros y profundos, tan entusiastas, pero tan fríos, la rica ondulación de su cabello oscuro, y la suave transparencia de las sienes y la frente, y todos los matices y signos de la hermosa juventud, Cleve Verney estaba muy afligido por años de conocimiento; y de ese triste regalo no habría renunciado ni un ápice a cambio de los encantos e ilusiones de la inocencia, tanto los hombres prefieren el poder a la felicidad.[Pág. 267]

"¿Cómo está, señorita Oldys?" dijo este brillante joven de actualidad y expectativas.

"¡Oh, Sr. Verney, *está* aquí!"

Esta señorita Caroline Oldys solo tenía veinticinco años. Vieja, como él, en la lúgubre psicología del mundo, pero con un tonto romance todavía en su corazón; traicionada en una sorpresa pasajera, sonriendo con genuina alegría, casi olvidándose de sí misma, y luciendo bastante campesina en la efusión momentánea. No es seguro afectar una emoción con hombres como Cleve, especialmente cuando no los halaga. A él no le importaba ni un céntimo si ella estaba sorprendida o no, feliz o arrepentida. Pero sus propios ojos y gestos le dijeron que lo había marcado mientras él estaba allí, y que había elegido el mismo asiento en el que su socio la había colocado de forma maliciosa. La buena actuación es necesaria para triunfar con un crítico como Cleve.

"Sí, estoy aquí, ¿y dónde está la maravilla?"

"¿Por qué, -que era que - *alguna* . Me dijo hace sólo media hora, estabas en algún lugar de Francia"

—Bueno, si se trataba de un hombre, contaba una historia, y si era una dama, se equivocaba —dijo Cleve con frialdad pero con aspereza, mirándola fijamente—. "Y la verdad es que quería un yate, y bajé a mirar[Pág. 268]ella, la probó, le gustó y la compró. ¿No suena muy parecido a un matrimonio? "

Caroline se rió.

"Esa es tu teoría: todos estamos a la venta y entregados al mejor postor".

"Bonito vals", dijo Cleve, agitando su esbelta mano al ritmo de la música. "¡Qué bonita!"

No usó mucha ceremonia con esta joven —su prima de alguna manera remota— que, bajo la hábil dirección de su madre, Lady Wimbledon, lo había perseguido una vez sin piedad durante casi tres años; y quien, aunque como hemos visto, su madre ya estaba bastante desesperada, sin embargo le gustaba con todo el romance que le quedaba.

"¿Y con quién te vas a casar, Caroline? Ahí está Sedley, lo veo allí. ¿Qué le dices a Sedley?"

—No, gracias, muchas gracias, pero Sedley, ya sabe, ha visto su destino en esa misteriosa dama de Gales o en algún lugar.

"¿Oh? ¿Lo ha hecho?" Hizo una seña a Sedley para que fuera con ellos.

Mirando a través de las grietas y abismos que de vez en cuando se abrían en la distinguida multitud de la que formaba una unidad, veía ocasionalmente la figura rígida y los pequeños rasgos de su pomposo[Pág. 269]tío, Lord Verney, que estaba hablando afablemente con Lady Wimbledon. Lord Verney no mostró su agradable sonrisa. Tenía esa expresión almidonada y lúgubre, más bien, que viene con los temas graves, y estaba dando golpecitos con los dedos de la mano derecha en el dorso de la izquierda, al ritmo de la cadencia de sus períodos, lo que hacía cuando hablaba particularmente bien. vale la pena escuchar. Claramente, no disgustó a Lady Wimbledon, cualquiera que fuera su discurso. "Me casaré con Caroline, supongo. Ojalá esa anciana estuviera en el fondo del Mar Rojo".

Cleve miró directamente a los ojos a la honorable señorita Caroline Oldys y dijo con una sonrisa: "Lady Wimbledon y mi tío están sumidos en algún misterio. ¿Es político? ¿Tiene una idea?"

Caroline Oldys había dejado de sonrojarse hacía mucho tiempo; pero hubo confusión, sin el matiz de un rubor en su rostro, cuando él dijo estas palabras.

Me atrevo a decir que mamá es una gran política.

"¡Oh! Lo sé. Por Dios, mi tío está mirando hacia aquí. Espero que no venga".

"¿Te importaría llevarme con mamá?"

—No, te ruego que te quedes un momento. Aquí está Sedley.[Pág. 270]

Y el joven, a quien conocemos bastante bien, de atrevidos ojos azules y bigotes dorados, y buen rostro franco y guapo, se acercó sonriendo.

"¿Cómo estás, Sedley?" —dijo Cleve, dándole dos dedos. "Caroline Oldys dice que ha tenido una aventura. ¿Dónde fue?"

"La dama de negro, ya sabe, en Gales", recordó la señorita Oldys.

"¡Oh, claro!", Dijo Sedley, riendo. "Era una dama de gris. La vi dos veces. Pero tiene más de un año y no ha habido nada desde entonces".

" *Continúa* ."

Sedley se rió.

—Era en Cardyllian, en la iglesia. Vivía en Malory, ese viejo y oscuro lugar que fuiste a ver con los Verney el día que estuviste en Cardyllian, ¿no te acuerdas?

"Oh, sí, ¡qué lugar tan romántico!"

"Qué viejo tan terriblemente enfadado, lo bastante mayor para ser su padre, pero con el aire de su marido, protegiéndola como un dragón y mirando a todos los que se acercaban como si fuera a derribarlo; un flaco, blanco ... Un viejo calvo y bigotudo, de cejas pobladas, rostro feroz, ojos saltones de la cabeza y cojo de un pie también. No es una belleza, de ninguna manera.[Pág. 271]

"¿Dónde viste *él* ?" dijo Cleve.

"No lo vi, pero en Navidades Owen, el barquero, me dijo".

"Bueno, ¿y cuál es tu destino, cuál es matarte, el esposo o la esposa?" -preguntó Cleve, mirando vagamente entre la multitud.

"Oh, la esposa, como él la llama, es realmente hermosa, melancólica y eso, ya sabes. Me habría enterado todo sobre ellos, pero se fueron antes de que yo tuviera tiempo de regresar, pero Verney estaba en Cardyllian, Cuando estuve allí."

"¿Cuando fue eso?" preguntó Cleve.

"Quiero decir cuando esta gente estaba en Malory. Cleve estaba mucho más perdida por ella que yo, al menos eso he oído", respondió Sedley.

—Eso es muy ingrato de tu parte, Sedley. Nunca interferiré, por mi honor. La vi una vez en la iglesia y lo acompañé en su búsqueda a petición suya, y nunca la volví a ver. ¿Vas a ir al Halbury's? ¿Carolino?"

"¿Si eres tu?"

"No, bastante agotado. No he dormido desde el miércoles por la noche."

Aquí vino un socio a reclamar a la señorita Caroline.

"Iré contigo", dijo Sedley.

"Muy bien", respondió Cleve, sin mirar atrás. "Ven a mi alojamiento, Sedley, te[Pág. 272]fumar, ¿de acuerdo? Tengo algunos puros de primera".

"No me importa. Yo también seguiré."

"¡Qué noche tan deliciosa!" exclamó Tom Sedley, mirando las estrellas. "Supongamos que caminamos, no está lejos".

"No me importa, vamos a caminar", dijo Cleve.

Así que caminaron. No estaba lejos del alojamiento de Cleve, en una calle de Piccadilly. Los jóvenes habían caminado en silencio; porque, como le pareció a Sedley, su compañero no estaba de humor para hablar mucho, o de manera muy agradable.

"¿Y qué hay de esta mujer gris? ¿Alguna vez lo seguiste? ¿El romance tomó fuego donde debería? ¿Es una llama mutua?" preguntó Cleve, como un hombre cansado que siente que debe decir algo y no le importa qué. —No creo que la hayas mencionado desde el día en que me enseñaste a Beatrice Cenci, encima de tu p ... d chimenea.

"Por supuesto que te lo habría dicho si hubiera tenido algo que contar", dijo Tom.

"¿No han estado en Malory desde entonces?"

"¡Oh! No, asustado, nunca los volverás a ver allí. No hay absolutamente nada en él, y nunca fue, ni siquiera una aventura. Nada más que lo poco que pasó hace mucho tiempo, y tú lo sabes todo", continuó. Sedley. "Ella es maravillosamente hermosa[Pág. 273]criatura, aunque; Ojalá la vieras de nuevo, Cleve. Eres un tipo tan inteligente que harías un poema de ella, o algo así, te llevaría de vuelta a los días de la caballería y ese estilo de cosas. Soy una especie de tipo, ya sabes, que se siente mucho, y creo, yo también *pienso* algo; pero no tengo la habilidad de

decirlo o escribirlo; no soy particularmente bueno en nada; pero fui esa mañana, ya sabes, al refectorio, ya sabes, hay tantas escaleras, y lugares y puertas largos que hace que un tipo sea bastante tonto, y allí estaba ella, ¿no te acuerdas? Ojalá pudiera describírselo haciendo jardinería allí con sus guantes puestos ".

"No lo intentes, lo has intentado tan a menudo, hay un buen tipo, pero dime su nombre." —dijo Cleve, mirando directamente al frente, por encima de las lámparas, las pizarras inclinadas y las chimeneas, hacia el cielo profundo, donde brillaba, a pesar del humo de Londres, la clara y triste luna.

¿Su nombre? Nunca lo supe, excepto Margaret, no lo sé, pero creo que no querían que se les dijera su nombre.

"Eso no se veía bien, ¿verdad?" sugirió Cleve.

"Bueno, no más que por lo general lo hace;. Pero no es culpa ella era, de hecho se-porque yo *lo* encuentro, me puede así dirá de edad, Sir[Pág. 274] Booth Fanshawe, sabes que está roto, no vale una guinea, y siempre corre de un lugar a otro para evitar ser perseguido, de hecho. No puede significar, ya sabes, ahora que lo pienso, mencionarlo, porque, por supuesto, se fue a otro lugar hace mucho tiempo ".

Eso dijo el pequeño y romántico Sedley, y Cleve se burló.

"Veo que puede decir una mentira en alguna ocasión, Tom, como otro hombre. Así que has descubierto el nombre, y lo sabía todo el tiempo que protestaban por la ignorancia. Y quién te ha dicho *que* ? La gente aquí cree que Sir Booth había ido a Italia . "

—Bueno, lo fue ... pero no debes decirle que te lo dije. Había un tipo judío en Malory, con una orden judicial y muchos tipos para atraparlo; pero el viejo se había marchado; y el judío, pensando que Wynne Williams sabía dónde estaba, llegó a su despacho y le ofreció un Hatfull de dinero que contar, y que iba a echarlo, y esa es la forma en *que* descubrió que era viejo Sir cabina; y él es terriblemente miedo meterse en un lío al respecto, si los ancianos supieran quién era el inquilino ".

—Entonces él ... el peor lío en el que estuvo, con mi *tío* , en todo caso. Y ese d-d Larkin se haría cargo de la gestión de todo, supongo. Espero que no se lo hayas contado a todo el mundo.[Pág. 275]

"Ni un alma, ni un ser humano".

Hay algunas personas de Cardyllian que difícilmente caen bajo ese término; y, por Dios, si se lo dices a uno de ellos, está por toda la ciudad, y mi tío

seguramente lo oirás; ¡y el pobre Wynne Williams! ... serás tu ruina, muy probablemente.

"Te lo digo, excepto a ti, te lo *juro*, no se lo he mencionado a nadie en la tierra", exclamó Tom.

—Bueno, creo que, por cuestión de conciencia y justicia, deberías callarte y mantener la fe en el pobre Wynne —dijo Cleve con rudeza—, y creo que fue un tonto monstruoso contártelo. Me interesa —continuó Cleve, al darse cuenta de que su vehemencia sorprendió a Tom Sedley; "porque no tengo fe en Larkin, creo que es un astuto, un hipócrita y un pícaro, por supuesto, eso es en confianza, y está haciendo todo lo que está en su poder para apoderarse rápidamente de mi tío y colarse en la casa de Wynne Williams lugar, y algo así, con un tipo duro e irracional como mi tío, le daría un empujón como no te imaginas".

"Pero no te lo voy a decir; a menos que *tú lo digas*, o *él*, no sé quién lo va a decir, *no lo haré*, lo sé".

"Y sobre Sir Booth, por supuesto que no está en [Pg 276] Inglaterra ahora, pero él tampoco está en Italia", dijo Tom.

"Está bien que te tenga a ti para que le guardes su 'registro'", dijo Cleve.

"Está en Francia".

"¡Oh!"

"Sí, en el norte de Francia, en algún lugar cerca de Caen", dijo Tom Sedley.

"Me pregunto si le dejaste acercarse tanto a Inglaterra. Parece bastante peligroso, ¿no?"

—Eso podría pensar, pero *ahí* está. Tom Blackmore, de los Guardias, ¿lo conoce?

"No, no quiero."

"Bueno, vio al viejo Fanshawe allí. Da la casualidad de que estaba de permiso".

"¿Viejo Fanshawe?"

"No, Tom Blackmore. Le gusta hurgar en lugares apartados".

"Me atrevo a decir."

"Tiene un gran giro por lo pintoresco y todo eso, y dibuja muy bien".

"El arco largo, me atrevo a decir."

"Bueno, no importa, él estaba allí, el viejo Fanshawe, quiero decir, Blackmore lo vio. Conoce perfectamente su apariencia, solía cazar con sus perros, y ese tipo de cosas, y a menudo hablaba con él, por lo que no podía equivocarse. ... y allí estaba tan grande como la vida ".[Pág. 277]

"¿Bien?"

No conocía a Tom ni un poco, y Tom no hizo preguntas; de hecho, no le importaba saber dónde se esconde el pobre anciano, prefería no hacerlo, pero Madame una cosa u otra, olvido su nombre, le dio una historia, casi tan cierta como Jack el Asesino de Gigantes, del excéntrico caballero inglés, y le dijo que había alquilado una gran casa antigua, y que tenía a su familia allí, y una esposa joven muy hermosa, y estaba tan celoso como cincuenta demonios "Así que ya ves que Margaret debe haber estado allí. Por supuesto que era ella", dijo Tom.

"¿Y se lo dijiste a tu amigo Blackmore?" sugirió Cleve Verney.

"Sí", dijo Tom.

"Me parece que quieres que lo atrapen."

—Bueno, yo no pensé, espero que no, y no sabía que te interesabas por él —dijo Sedley con bastante inocencia.

"El interés! *Me -mè!* Interés, en verdad! ¿Por qué diablos debería *yo* tener un interés en la cabina de Sir Fanshawe? ¿Por qué usted parece olvidar todos los problemas y molestias que me ha costado. Interés, de hecho! Todo lo contrario. Sólo me Creo que a uno no le gustaría meter a ningún pobre diablo en peores problemas de los que tiene, sin ningún objeto, o para ser[Pág. 278] se supone que está recopilando información sobre él ".

"Nadie podría suponer algo así de mí", dijo Tom Sedley.

-Le ruego que me disculpen; pueden suponer cualquier cosa de cualquiera - respondió Cleve, y al ver que Tom parecía ofendido, añadió-, y cuanto más absurdo e imposible, más probable. Ojalá escucharas las cosas que se han dicho de *mí*, *lo* suficiente para ponerte los pelos de punta, ¡por Dios!

"¡Oh! Me atrevo a decir."

Ahora estaban doblando hacia la calle donde Cleve se había alojado.

"Ya no soportaba a esos tipos. Mi tío ha llenado la casa con ellos, barniz y pintura y ese yeso asfixiante, así que me quedé aquí un rato".

"Me gustan estas calles. No estoy muy lejos de ti", dijo Tom. Y hablando de ese asunto en Caen, ya sabes, dijo, por Dios que sí, que *te* vio allí.

"¿Quién dijo?"

"Tom Blackmore de los Guardias".

—Entonces, Tom Blackmore, de los guardias, *miente*, eso es todo. Nunca lo vi, nunca le hablé, no lo conozco; ¿y cómo debería conocerme? Y si lo hizo, yo no estaba allí; y [Pág. 279] si lo hubiera sido, ¿qué diablos era para él? Entonces, además de decir mentiras, dice mentiras *impertinentes*, y debería ser pateado".

—Bueno, como lo dices, debe haber cometido un error, pero Caen está tan abierto a ti como a él, y no hay nada malo en el lugar; y te conoce por tu apariencia.

"Parece que conoce a todo el mundo por su apariencia, y nadie lo conoce a él; y, por Dios, se describe más como un alguacil que como un guardia".

"Es un caballero concienzudo en cada *idea*. Tom Blackmore es un hombrecito tan agradable como hay en el mundo", luchó Tom Sedley por su amigo.

"Bueno, me gustaría que persuadir a ese caballero intachable para mí y mi preocupación por no hablar de que tengo una razón en este caso;. Y no me importa si te digo que *estaba* en Caen, y supongo que *no* me vea. Pero no hubo romance en la materia, excepto el romance de la Bolsa y un Judío, y deseo, Tom, que acababa de tener en cuenta *conmigo* tanto como lo hace el viejo barón, por mi propio bien, es decir, porque *yo también estoy* bastante sumergido, y no quiero que todos sepan cuándo o adónde voy en busca de mis judíos. No *estaba* muy lejos de eso hace unos cuatro meses; y si vas a contárselo a todo el mundo, por Jove mi tío lo adivinará [Pág. 280] lo que me trajo allí, y a los viejos no les gustan los *post-obituarios* sobre sus propias vidas".

"Mi querido Cleve, no tenía ni idea ..."

"Bueno, todo lo que puede hacer por mí ahora, teniendo difusión del informe, es decir que yo *estaba* no existe-estoy grave. Aquí estamos."

**FIN DEL VOL. II.**

**BRADBURY, EVANS Y CO., IMPRESORAS, WHITEFRIARS.**